DIARIO ÁRTICO

UN AÑO ENTRE LOS HIELOS Y LOS INUIT

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

INTRODUCCIÓN DE JAVIER CACHO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE ediciones

DIARIO ÁRTICO

UN AÑO ENTRE LOS HIELOS Y LOS INUIT

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

TRADUCCIÓN DE
RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

INTRODUCCIÓN
DE JAVIER CACHO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | N.° 8

SOBRE LOS AUTORES

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY
(Washington D.C., 1863 - Portland, 1955)

Hija de emigrantes alemanes en Estados Unidos, su padre fue traductor en el Smithsonian Institute de Washington. Conoció muy temprano al que iba a ser el famoso explorador del Polo Norte, Robert Peary, con quien se casó y realizó sus dos primera exploraciones al ártico. Su papel siempre fue más allá del estrictamente familiar. Abrazó la causa polar, apoyó y buscó patrocinadores para las expediciones de su marido y fue la primera mujer blanca en hibernar en la larga noche polar, además de contribuir al conocimiento de la cultura inuit con sus detalladas observaciones.

En 1893, durante su segunda expedición a Groenlandia, dio a luz una hija a 77º 44' latitud norte, donde jamás ninguna mujer blanca lo había hecho. Escribió tres relatos sobre su experiencia que fueron en su día verdaderos éxitos de ventas: *Diario ártico. Un año entre los hielos y los inuit*, que traducimos por primera vez y *Snow baby* y *Children of the Artic* enfocados a lectores juveniles.

JAVIER CACHO

Escritor, científico y divulgador polar. Es autor de *Shackleton, el indomable, Amundsen-Scott: duelo en la Antártida, Nansen, maestro de la exploración polar* y *Yo, el Fram*, todos ellos en la editorial Fórcola.

SOBRE EL LIBRO

Uno de los escasos relatos en la historia de la exploración polar protagonizado por una mujer inusual. Cuenta su vida durante el año que pasó en Groenlandia con ocasión de la expedición de 1891 comandada por su marido, Robert Peary, que habría de ser una de las figuras centrales en la conquista del Polo Norte. En la bahía McCormick, al norte de la isla, construyen un refugio en madera y allí convive, en duras condiciones, con la población local. Tras el impacto que le provocan sus extrañas costumbres, nuestra dama comparte experiencias con las mujeres inuit, de cuya vida, hábitos y cultura deja registro detallado en estas páginas. Nos habla del cosido y tratamiento de las pieles con las que se visten, de la comida, de la vida familiar en el interior del iglú, de sus desplazamientos en trineo, del emparejamiento o de hábitos terribles como el infanticidio cuando se quedan viudas. Presencia escenas de extrema violencia hacia ellas y hasta un episodio de Pibloktop, o histeria ártica, un trastorno psíquico ligado a la dureza de su condición femenina.

Información enormemente valiosa para la incipiente etnología de la época que desconocía la vida cotidiana de las poblaciones aborígenes árticas, pero también asoma en estos diarios el aguijón de la aventura extrema, la observación y registro de la belleza feroz de ese entorno hostil, junto a un plácido canto a la vida al aire libre y el placer de los pequeños detalles. Isabel Coixet se inspiró en esta valerosa mujer para el personaje principal de su película *Nadie quiere la noche.*

Su diario se diferencia del de otros exploradores occidentales anteriores

en que destila felicidad. Aquel lugar, pese a todos los aspectos negativos, tenía una belleza especial que, desde el primer momento, impregnó su alma de bienestar y serenidad.

JAVIER CACHO

Diario ártico
Un año entre los hielos y los inuit

JOSEPHINE
DIEBITSCH PEARY

Título original: *My Artic Journal. A Year Among Ice-Fields and Eskimos*
Primera edición original: Longmans Green and Co, 1894

Título de esta edición: *Diario ártico. Un año entre los hielos y los inuit*
Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, abril de 2019
© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, 2019
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la traducción y prólogo: Ricardo Martínez Llorca
© de la introducción: Javier Cacho

© de la maquetación y el diseño gráfico: Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

ISBN ePub: 978-84-17594-33-6 | IBIC: WT, RGR

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

MAPA DE LA EXPEDICIÓN EN LA EDICIÓN ORIGINAL DE 1894

LA DAMA BLANCA

JAVIER CACHO

Ver zarpar una embarcación siempre ha congregado a familiares, amigos y curiosos. Por eso, siguiendo esa tradición que hunde sus raíces en los primeros seres humanos que decidieron desafiar el mar, el 6 de junio de 1891 una multitud abarrotaba los muelles del puerto de Brooklyn. Era una ocasión muy especial, no se trataba de un barco cualquiera, aquel buque llevaba una expedición polar que

enfrentaría los rigores del corazón del Ártico.

A una orden, periodistas, autoridades y familiares comenzaron a descender con desgana la pasarela. Cuando la cubierta se despejó todos los ojos pudieron centrarse en una figura femenina que permanecía a bordo. Vestida con discreta elegancia, su rostro angelical contrastaba con las caras de los rudos marinos que la acompañaban. Para todos los que llenaban los muelles ella era el auténtico objeto de atención, curiosidad y admiración o desdén en proporciones muy similares. A su lado, Robert Peary, el jefe de la expedición, se sentía orgulloso de que su encantadora esposa, Josephine, se fuese a convertir en la primera mujer en participar en una expedición al Ártico.

Todo el que se encontraba en los muelles era consciente de que Josephine Peary era una mujer muy especial. Para unos era el arquetipo del amor conyugal, dado que hacía falta estar muy enamorada para seguirle en la aventura de pasar un año en unas latitudes inhóspitas, desafiando gélidas temperaturas y bestias sanguinarias que podrían terminar con su vida, como ya le había ocurrido a más de un avezado explorador. Para otros muchos, quizás la mayor parte de aquel gentío, aquello era una locura propia de una desvergonzada; una mujer que se preciase no debería convivir un año en una cabaña de reducidas dimensiones con otros cinco hombres; además, ¿qué probabilidades de sobrevivir podía tener una frágil mujer en un mundo de una dureza inconmensurable y del que los pocos hombres que se habían atrevido a desafiarlo, y habían regresado con vida, describían con horror?

Desde hacía semanas la prensa dedicaba grandes espacios a esta aventura. Parecía regodearse en los aspectos más bárbaros, así la entrevista al cocinero del barco resaltaba que este, que ya había visitado la zona, había tenido que comer la carne de distintas razas de perros y recordaba el repugnante sabor de cada uno de ellos. Con toda esta información arraigada en el imaginario popular, aquel lugar de sacrificios, padecimientos y comidas inmundas no parecía propio de hombres civilizados y mucho menos de una dama.

Sin embargo, hacia aquel lugar se dirigía Josephine Diebitsch Peary, segura de sí misma, consciente de los peligros, curiosa por conocer de primera mano ese mundo del que tanto había oído hablar a su marido y anhelante por vivir sus mismas experiencias. Este libro, que es el diario que escribió durante su estancia allí, es su visión de aquella tierra y sus habitantes, del impacto que le produjeron las aventuras que allí vivió y de las emociones que fue atesorando durante aquellos meses.

Una mujer adelantada a su tiempo

Josephine era hija de inmigrantes prusianos que tuvieron que rehacer su vida en los Estados Unidos. Enérgica, inteligente y trabajadora, compaginó sus estudios con un empleo en la Smithsonian de Washington; en dicha institución la calidad de su trabajo llevó a la dirección a pagarle el mismo salario que a sus compañeros, algo que no era corriente en aquella época.

Su ingenio, belleza y elegancia hacían que no pasase desapercibida entre los hombres que la rodeaban, pero ella no se sintió atraída por ninguno de ellos hasta que, con diecinueve años, conoció a un joven oficial de la Armada, Robert Peary, del que se enamoró perdidamente, aunque era nueve años mayor que ella. Es posible que fuera esa madurez que daba la edad lo que le hizo preferirle sobre el resto de pretendientes.

Mantuvieron un noviazgo de seis años, muy largo si lo comparamos con los patrones de nuestra época, dado que Robert, obsesionado por alcanzar la fama, temía que el matrimonio le hiciese perder su libertad de movimientos, que en aquellos momentos ya se dirigían hacia las tierras polares. La boda no hubiese reportado interés para incluir en estas líneas, de no ser porque la madre de Robert, que era hijo único, les acompañó durante todo el viaje de luna de miel y posteriormente se mudó para vivir con ellos en el hogar de la pareja.

Dos meses después, la paciencia de Josephine llegó al límite y planteó a su marido que eligiese entre las dos. Aunque la madre de Robert hizo las maletas y se marchó, nunca desapareció de la vida de su hijo, hasta el punto de que la joven esposa pronto comprendió que siempre ocuparía el segundo puesto en el corazón de su marido. Lo que no sabía en ese momento es que años después la ambición por el Ártico de Robert Peary volvería a entrometerse en su relación y ella tendría que asumir pasar al tercer puesto en la prioridad afectiva de su marido —y durante algún tiempo al cuarto, pero no adelantemos acontecimientos—.

Su bautismo polar

Uno tiende a pensar que las expediciones árticas comienzan cuando se llega a esos remotos parajes, olvidando que el propio viaje de aproximación ya es parte de la aventura y por lo tanto lleva riesgos

asociados. Esto fue lo que sucedió. En un momento determinado el barco que los transportaba hizo una maniobra violenta y el timón golpeó con fuerza a Peary, rompiéndole la pierna y condenándole a permanecer tendido sobre un camastro hasta que los huesos soldasen, cosa que podría durar varios meses. Con el jefe incapacitado, los científicos se plantearon dar por terminada la expedición y regresar a puerto. Puede que así hubiera ocurrido de no haber estado allí Josephine que, sin dudarlo, asumió el papel de portavoz de su marido y ordenó al capitán continuar.

EN MCCORMICK CON MANÉ Y SUS HIJAS

Al llegar a su destino, una playa de piedras completamente desierta del norte de Groenlandia, fue ella quien, después de recorrer la zona con algunos de los científicos, decidió cual iba a ser el lugar para instalar el campamento. Las frases que esa noche anota en su diario: «Flores de todos los colores […] brotan por todas partes […] formando una alfombra de hermosura

indescriptible», no dejan lugar a dudas sobre el impacto que le había producido la belleza del entorno. Ese día se enamoró del Ártico para siempre.

Días después, y mientras todavía se preparaba la cimentación del edificio, «Mr Peary» —que es la forma en que Josephine se refiere a su marido en su diario—, no pudo aguantar más la ansiedad y ordenó que le trasladasen a tierra. Cuatro fornidos marinos le bajaron postrado y atado a una plancha de madera, primero a un bote y luego a la playa. Esa noche, una de las últimas en que el barco les acompañaba, y mientras el resto de los científicos aprovechaba para dormir en el confort de los camarotes, ellos dos durmieron en la playa sin más cobijo que una tienda de campaña.

Allí Josephine soportó como pudo el frío, la humedad y las incomodidades, velando a su marido. Una y otra vez el viento amenazó con hacer saltar por los aires la lona, mientras sonidos y ruidos, completamente desconocidos para ella, le hacían pensar en la proximidad de un oso que, de un zarpazo, podría destrozar su exigua protección y terminar con ellos. Pese a que esas horas se le hicieron eternas, ni despertó atemorizada a su marido, ni le hizo partícipe de sus miedos cuando este estaba despierto. Era una expedicionaria como los demás, y como tal se comportaría. Eso sí, no volvería a separarse de su rifle, que se había dejado en el barco, y tendría todo el tiempo a mano su colt 45 que, para sorpresa de sus compañeros, manejaba con seguridad y precisión.

Monos polares

Poco después pudieron terminar de construir el pequeño edificio que les daría cobijo durante un año. Era una sala única de forma rectangular. En uno de los extremos unos mamparos delimitaban un espacio de escasos nueve metros cuadrados que era el dormitorio del matrimonio. El resto, de aproximadamente el doble de superficie, era la cocina, comedor y el dormitorio de los otros cuatro miembros de la expedición. Allí celebraron, unos días más tarde, el tercer aniversario de su boda. Fue una fiesta sencilla, pero llena de candor y buen humor. Aquella noche Josephine escribió en su diario: «Puede que nuestros platos fueran de estaño, pero jamás se sentó a cenar una pandilla más alegre». El embrujo del espíritu de equipo y de exploración se había adueñado de ella y ya no le abandonaría por el resto de su vida, pese a las duras pruebas que

tendría que pasar. Una de ellas fue la llegada de los habitantes de la zona a su idílico rincón.

La aparición de los primeros esquimales[1] fue celebrada por todos, en especial por su marido. Peary necesitaba a los hombres para que les ayudasen a cazar, y a sus mujeres para que les confeccionasen los trajes de pieles, la única indumentaria adecuada para soportar los rigores del frío. Sin embargo, para Josephine fue una sorpresa no exenta de espanto. El fuerte olor que emanaban sus ropas, la mugre que cubría sus cuerpos y los cabellos apelmazados por la suciedad, le resultaron tan repulsivos que a punto estuvieron de provocarle nauseas. Pero lo que verdaderamente le horrorizó, y le llevó al borde de la histeria, fueron los pequeños inquilinos (piojos, pulgas, chinches y demás insectos) que habían colonizado los pliegues de sus ropas y pululaban por sus cabellos.

También fue un choque brutal para ella sus conductas sociales y hábitos de salud y limpieza. Así, uno de los peores momentos de su vida, que llega a producir hilaridad cuando uno lo lee en su diario, fue tener que pasar con su marido una noche en un iglú de un asentamiento esquimal. La entrada en el recinto fue una de las impresiones más fuertes que tuvo que soportar; después de reptar por el angosto pasadizo repleto de objetos, entre ellos carne cruda, se encontró con un grupo de cuerpos semidesnudos que abarrotaba totalmente el interior. Sentados sobre pieles de reno, que «podían moverse de la cantidad de insectos que contenían», hombres, mujeres y niños apoyaban sus pies descalzos sobre una masa amorfa de carne de morsa cruda, de la que cortaban pequeños trozos para comérselos directamente. Todo ello soportando un hedor indescriptible y viendo cómo mayores y pequeños hacían sus más íntimas necesidades fisiológicas, sin el más mínimo pudor, en un rincón. Después de soportar todas esas pruebas, hasta parece natural que llegara a desahogarse en su diario diciendo que «se parecen más a monos que a humanos».

Una convivencia agobiante

No es sencilla la convivencia en una comunidad reducida, aislada, rodeada por una naturaleza agresiva y recluida entre cuatro paredes durante meses por la noche polar. Todos los exploradores que, hasta ese momento, habían vivido esa experiencia hablaban de su agobiante dureza, del hartazgo que produce el ver siempre las mismas caras, de oír siempre las mismas historias, y de la crispación

de un trato continuo que pronto se hace opresivo. Aquella expedición tampoco fue una excepción, agravada por el trato autoritario de Robert Peary y por el hecho de que este estuviese gozando de una vida sexual normal con su mujer, mientras que el resto de expedicionarios se veían obligados a un celibato de un año entero. Luego, como era de prever, los roces y disensiones surgieron, y se fueron profundizando con el paso del tiempo.

Tampoco el carácter de Josephine facilitaba mucho las cosas. Su rostro angelical no era incompatible con una voluntad y determinación que no se amilanaba ante nada ni nadie. A diferencia de su esposo, que podía convivir sin problemas con la suciedad, tanto si procedía de los esquimales, como de sus propios hombres, nuestra exploradora no era así. Si bien fue capaz de admitir la mugre de los esquimales y sobrellevarla como algo implícito a su condición, no quiso aceptarla cuando procedía de sus compañeros, hombres que venían de un mundo civilizado. Y no se recató de expresar su opinión, primero de forma clara, y después de la manera más hiriente posible. Ni ella ni el resto de expedicionarios estaban dispuestos a ceder, y las relaciones se deterioraron progresivamente; nuestra dama se recluía en su habitación y ellos rehuían su trato, en parte por no verse expuestos a sus incisivos comentarios.

Con lo que Josephine no podía transigir era con ese enjambre de diminutos insectos que traían los esquimales. Evidentemente no podía fumigarlos, pero sí al menos trazar un cordón sanitario. Así, como las mujeres esquimales iban a preparar las pieles que ellos

luego iban a utilizar, decidió que lo hicieran en su habitación, para evitar que las abigarradas colonias de piojos, chinches y demás bichos que poblaban sus iglús pasasen a sus nuevas ropas. Eso sí, las hacía coser sentadas en el suelo, no las dejaba que tocasen su cama y cuando se iban procedía a desinfectar meticulosamente todo lo que hubiera estado en contacto con ellas. Y cuando observó que sus compañeros de expedición acarreaban tan infames criaturas con total indiferencia, la barrera que ya se había establecido entre ellos se acrecentó y el trato se redujo al mínimo imprescindible.

Un diario muy diferente

Con todo esto podría pensarse que la expedición polar supuso para Josephine una tortura interminable y que las páginas de su diario estarían plagadas de sinsabores físicos y emocionales. Nada más lejos de la realidad. Precisamente, su diario se diferencia del de otros exploradores occidentales anteriores, en que destila felicidad. Aquel lugar, pese a todos los aspectos negativos, tenía una belleza especial que, desde el primer momento, impregnó su alma de bienestar y serenidad.

Todos los días, siempre que el tiempo no fuese muy adverso, salía a dar un largo y solitario paseo, por supuesto armada, para empaparse de aquella naturaleza en estado puro que la rodeaba. Mientras que, para sus compañeros, y en particular para su marido, aquel era un entorno que había que soportar para poder alcanzar los objetivos que se habían propuesto, para ella era algo que la arropaba haciéndola sentir y vivir en plenitud.

Su diario también se diferencia del de sus compañeros varones, tanto de esta expedición como de otras muchas, en la forma detallada y concienzuda con que retrata la cultura esquimal. Puede que los otros exploradores estuviesen tan concentrados en sus investigaciones o en la preparación del equipamiento de sus viajes, que los esquimales que les rodeaban eran para ellos poco más que un decorado exótico, o mano de obra barata que pudiera serles de utilidad para sus planes. No fue así en el caso de Josephine, puesto que los preparativos y proyectos eran cosa de su marido, ella pudo centrarse en los seres humanos que le rodeaban. Costumbres distintas, comportamientos diferentes, creencias desconcertantes… nada escapaba a su mirada escrutadora. Así su diario se fue salpicando de la cultura de aquellas personas que habían permanecido aisladas de la influencia de otras sociedades.

Su mirada se centra, en especial, en las mujeres, con las que tuvo una intensa convivencia, pese a la repugnancia que sentía por su hedor, suciedad y costumbres. Así nos cuenta el trabajo que realizaban, sus obligaciones domésticas, la forma de cuidar a los hijos, incluso el tipo de divorcio que imperaba entre ellos y que permitía que la mujer, después de un año de casados si creía que se había equivocado en la elección del marido, pudiera romper el vínculo matrimonial regresando a la casa de sus padres.

Da cuenta del machismo de esa sociedad que trata a las mujeres como objeto de intercambio entre los maridos. Algo que ellos realizaban con total naturalidad, sin considerar los sentimientos de las mujeres que, como Josephine pudo comprobar, se veían obligadas a aceptar esa componenda sin opinar. Se horroriza por la violencia con que los hombres trataban a sus mujeres. Las golpeaban con total impunidad, en algún caso las dejaban tan maltrechas que durante días no podían levantarse, y todo ello sin que el resto del poblado hiciera nada por impedirlo, ni siquiera por censurarlo. En una ocasión, presenció cómo una mujer tuvo que huir con su hija, después de que el marido le hubiera clavado varias veces un puñal en la pierna, y la hubiese amenazado con matar a la niña. Por fortuna, en este caso el clan evitó que el marido saliese en su persecución.

Igualmente fue testigo, y fue la primera en documentarlo, de un caso de «histeria ártica», que los esquimales denominaban «Pibloktoq», en el que una mujer aparentemente enloquecida era confinada en un iglú para impedir que saliese al exterior desnuda con temperaturas extremas. Aunque los psiquiatras no han llegado a comprender exactamente este trastorno mental, se piensa que tenía su origen en el sometimiento social de las mujeres al capricho de los hombres en aquellos clanes minúsculos y bajo los efectos opresivos de la noche polar.

Finalmente, describe, sin juzgar, la crueldad de una sociedad que lleva a las mujeres al infanticidio en caso de muerte del marido, dado que ella por sí sola no va a poder alimentar a su familia y ningún hombre la va a tomar como esposa si tiene un niño pequeño. Relata cosas curiosas, como que los hombres tienen sus propias comidas, al igual que las mujeres y los niños, y que ninguno de estos grupos puede comer lo que es exclusivo de los otros; aunque ella se encargó de que dos mujeres trasgredieran esa norma comiendo huevos, eso sí, a escondidas, ya que solo les estaba permitido a los hombres. O la forma de besarse, consistente en frotarse las caras. Nada escapaba a su escrutadora mirada.

La espera no solo fue angustia

Con la entrada de la primavera se organizaron las salidas de los grupos de apoyo, a los que luego seguiría Peary, para continuar hacia el norte y dilucidar de una vez si Groenlandia era una isla o se prolongaba hasta el polo norte. Fueron meses de inquietud. Puesto que no existía la radio, en cuanto salieron los expedicionarios una cortina de silencio envolvió todo lo relacionado con ellos. Josephine no podía hacer nada, tan solo esperar. Para añadir tensión a esos momentos, hubo rumores de que algunos esquimales querían aprovechar que se habían dividido para matarlos y quedarse con sus pertenencias. Y para aumentar todavía más su angustia, cuando se acercaba el plazo previsto para la vuelta de Peary, los esquimales comenzaron a consolarla por la pérdida de su marido, dado que uno de ellos así lo había visto en un sueño.

No fue un periodo fácil para ella y de nuevo así lo refleja en su diario. Sin embargo, no era el tipo de mujer que espera encerrada en casa la vuelta de su esposo; era una expedicionaria que dedicaba su tiempo a explorar, cazar, convivir con los esquimales y, sobre todo, a disfrutar de un lugar que, después de la noche invernal, eclosionaba en toda la gama de colores y al que llegaban bandadas de miles de aves llenándolo todo de vida.

Al final, con una pequeña demora respecto a la fecha acordada, Peary vuelve triunfante. Había llegado hasta el límite septentrional de Groenlandia y, por lo tanto, había demostrado que era una isla. Poco después regresaron con el barco a Estados Unidos y el país se rindió a sus pies. Ni siquiera la muerte casual de uno de los científicos, al final de la expedición, ensombreció su gloria. Los honores llegaban de todos los estratos de la sociedad americana, pero el matrimonio se encargaría de que solo se les atribuyeran a ellos dos, ignorando a los otros miembros del equipo.

Por fin, Robert Peary había encontrado el camino para alcanzar la fama que tanto había ansiado desde pequeño. Pero su deseo de gloria no se contentaba con ese triunfo, se había despertado en él la ambición de conquistar el polo norte para, de esa forma, entrar con letras doradas en el libro de la Historia. A esa empresa dedicaría veintitrés años de su vida, sin importarle tener que abandonar a su familia tantas veces como hiciera falta y durante todo el tiempo que fuera necesario. Si en aquel momento Josephine hubiera podido prever el futuro que le esperaba, quizás hubiera hecho algo para evitarlo.

Sacando partido a la popularidad

Sabían que tenían que aprovechar el éxito de la expedición para organizar otra lo antes posible. Para lo cual, era necesario conseguir dinero y, puesto que todo el mundo quería escuchar su aventura, Peary se embarcó en una agotadora gira de conferencias. Estuvo viajando tanto tiempo que su mujer se quejaría por verle menos que cuando estaban en el ártico.

Tampoco Josephine permaneció ociosa. Las minuciosas anotaciones que había tomado, durante los doce meses que pasó en Groenlandia, también podrían interesar al público, y comenzó a preparar el diario para su publicación. Fue un trabajo arduo. Nunca es sencillo convertir en un texto literario unas notas manuscritas, a veces redactadas atropelladamente para vencer al sueño o el cansancio. Además, dado que las páginas de su diario habían sido el aliviadero psicológico de las tensiones con sus compañeros, tuvo la delicadeza de evitar en el texto final todos aquellos comentarios que hubieran podido perjudicar el prestigio de los otros expedicionarios.

No tuvo ese comportamiento con los esquimales. El texto que se publicó refleja exactamente la sorpresa, el bochorno e, incluso, la repugnancia que le produjo su primer contacto con ellos. Así como la evolución que fue experimentando y donde se atisba un respeto y afecto, especialmente hacia las mujeres, que había trascendido su apariencia física o costumbres sociales. Por todo ello el libro que aquí presentamos y que apareció con el título *My Artic Diary. A Year Among Ice-Fields and Eskimos* era de un gran valor antropológico que el paso del tiempo no ha hecho más que incrementar.

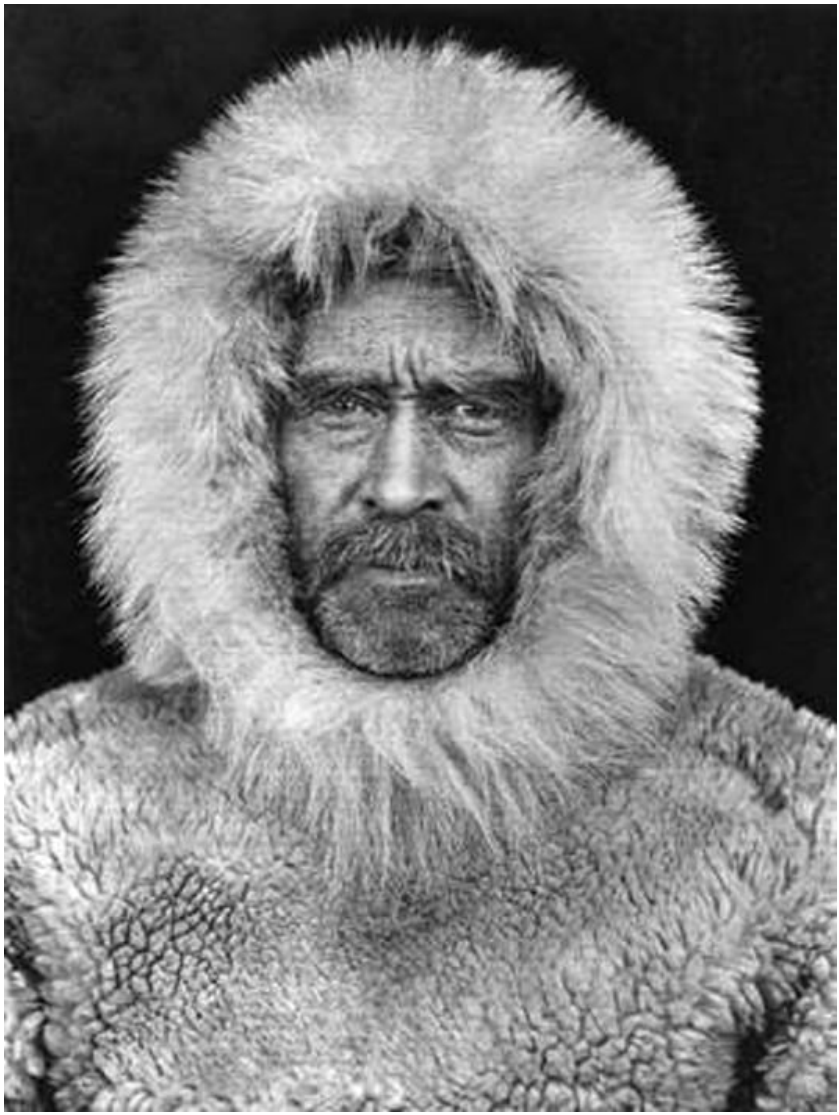
Mientras Josephine preparaba su libro, su marido seguía recorriendo el país de costa a costa, entre multitudes enfervorizadas por su hazaña. No era para menos, había hecho el viaje en el trineo más largo y más rápido de la historia polar. Peary supo amortizar su popularidad. En poco más de tres meses pronunció 165 conferencias, llegando a cobrar hasta dos mil dólares por algunas, unos honorarios asombrosos para la época. Con esa desorbitada fuente de ingresos y sus patrocinadores dispuestos a seguir financiándole nuevas aventuras, los preparativos de la siguiente expedición se realizaron a un ritmo vertiginoso.

Vuelta a los hielos

En menos de un año todo estuvo listo y, a los pocos días de dar comienzo el verano de 1893, el muelle volvió a estar ocupado por una multitud, todavía mayor que hacía dos años, para despedirles de nuevo. La única diferencia es que, sobre la cubierta del barco, Josephine no podía ni quería ocultar que estaba en un avanzado estado de gestación. Nuevamente la prensa y la opinión pública se dividieron. Para unos, ella era el arquetipo de amante esposa que, incluso en sus circunstancias, era capaz de seguir a su marido en una aventura propia de hombres. Para otros, era una insensata que, por un capricho personal, estaba poniendo en peligro a la criatura que llevaba en las entrañas.

Por suerte el viaje en barco se desarrolló sin incidentes y, al mes de llegar a su nuevo emplazamiento en Groenlandia, Josephine, bajo los cuidados de una comadrona que le acompañaba, dio a luz a una niña. Era la criatura de raza blanca que había nacido más cerca del polo norte, y precisamente esa característica del color de su piel hizo que durante los meses siguientes todos los esquimales de la región se acercasen a conocerla. Como era tan blanca les parecía que era de nieve, y no solo querían verla, sino también tocarla para asegurarse de que estaba caliente; cosa que su madre, dados sus reparos a la suciedad, evitaba golpeando con un paraguas las manos que se acercaban demasiado a su hija.

La llamaron Marie Ahnighito, pues el segundo nombre era el de la mujer esquimal que confeccionó el primer vestido de pieles a la pequeña. Un claro homenaje de Josephine, tanto a esa persona, como al resto de las mujeres esquimales.



ROBERT PEARY, AUTORRETRATO DE 1909

Problemas económicos

Esa vez la expedición estaba prevista para dos años, por lo tanto, cual no sería su sorpresa cuando al verano siguiente vieron aproximarse un barco. En su país, la incertidumbre por lo que hubiera podido pasar durante el parto, y el miedo a que un bebé recién nacido no pudiera sobrevivir en un entorno tan poco

civilizado, hizo que se organizase un viaje de socorro para saber qué había ocurrido y traerles de vuelta. Puesto que la expedición estaba prevista para dos años, Peary se negó en redondo a regresar, pero ordenó que lo hicieran su mujer y su hija.

Para ella fue un momento muy doloroso. Dejaba atrás a su marido y un lugar cuya belleza le había atrapado, y no podía comprender las preocupaciones de sus familiares, amigos y el resto de la sociedad. Si allí se criaban saludables los hijos de los esquimales, ¿por qué no podía criarse la suya, ahora que los peores momentos habían pasado? Por si fuera poco, cuando llegó a casa descubrió con amargura que la situación económica de la expedición, y la suya propia, eran desastrosas.

Desde hacía tiempo la mitad de la paga que su marido recibía como oficial de Marina iba a parar a su suegra. Mientras hubo una masiva entrada de dinero procedente de las conferencias, la economía doméstica no se había resentido. Sin ese aporte adicional, los gastos que tenía que hacer frente eran tres veces mayores que los ingresos. En cuanto al presupuesto de la expedición: las arcas estaban vacías. El alquiler del barco que había ido a buscarlas se había pagado con la suma con la que se pensaba contratar el del año siguiente. Tenía que buscar financiación o no podría fletar otro barco para recoger a los expedicionarios. La situación era desesperada.

En esa marea de incertidumbre económica, también había buenas noticias. Su libro había tenido una magnífica acogida y sus aventuras polares la habían convertido en una celebridad. Supo hacer uso de su fama para vender pasajes en el barco a científicos, aventureros o turistas; le daba igual quien fuese, con tal de que pagasen. Pero ni de esa manera consiguió reunir lo suficiente. Entonces le ofrecieron hacer como su marido: dar conferencias. La simple propuesta le horrorizó más que los insectos de los vestidos de los esquimales, ya que tenía una profunda aversión a hablar en público. Pero no había otro remedio y aceptó el reto.

Su primera aparición en un escenario fue todo un éxito. A diferencia de Peary, al que le encantaba la teatralidad y daba las conferencias disfrazado de explorador polar con ropa de pieles y un tiro de perros de trineo a sus pies, Josephine vestía con elegancia y hablaba con distinción, sin ocultar que la única razón para estar allí era conseguir dinero para el viaje de vuelta de su marido. Sin embargo, hablaba de lo que había sentido, y sus palabras llegaban al corazón de los oyentes, haciendo volar la imaginación de aquellas personas de su mismo sexo que sabían que nunca podrían vivir esas

experiencias. Poco después, y con la ayuda de una cuestación que publicaron varios periódicos, se consiguió la cantidad suficiente para alquilar un segundo barco.

Con las manos vacías

Verdaderamente Peary hubiera preferido que ningún barco fuese a buscarlo y haber tenido que volver sorteando mil peligros hasta el asentamiento civilizado más cercano. Al menos así hubiera hecho algo espectacular, porque en dos años de expedición no había logrado nada y sabía que, si volvía sin algo que ofrecer a sus patrocinadores, su trayectoria como explorador habría terminado.

Para evitar ese fracaso decidió expoliar a los esquimales dos de los tres meteoritos que utilizaban para fabricar sus armas de hierro; también profanó varias tumbas, incluso de personas que había conocido en vida, para vender sus esqueletos a museos americanos, una de las formas en que en aquellos tiempos se hacían los estudios antropológicos. Con estos logros tan mezquinos, pero bien orquestados por la prensa, amigos y patrocinadores, consiguió que su regreso tuviera una apariencia de triunfo. Incluso pudo recaudar dinero para volver al año siguiente a por el meteorito restante, cuyo tamaño le había impedido traérselo, y como tampoco lo logró, volvió a fletar un nuevo barco durante el verano.

En esa ocasión sí que lo consiguió, y a su botín añadió seis esquimales vivos de diferentes edades y género. Su llegada a Nueva York fue el acontecimiento del año. La ciudad entera se congregó para verlos, como si de animales exóticos se tratase. Sin embargo, el espectáculo pronto se convirtió en tragedia: cuatro murieron de pulmonía en un corto periodo de tiempo, y los dos restantes, en particular uno de ellos, el más pequeño, se convirtió en una pesadilla para el matrimonio Peary, que hizo todo lo posible por desmarcarse de su triste destino.

Unidos en la misma causa

Desde que volvió con su hija de Groenlandia, Josephine fue consciente de que, en el futuro, su papel se limitaría a ser la esposa de un explorador. Sin embargo, no quiso limitarse a ser la mujer que espera el regreso del aventurero y se involucró con pasión en la

decisión de su marido de alcanzar el polo norte, aunque para eso también ella tuviera que invertir los mejores años de su vida. Así, mientras él recorría el país dando conferencias o atrayendo patrocinadores a su causa, ella negociaba contratos con editores, ofrecía artículos o exclusivas a directores de periódicos y revistas; incluso llegó a entrevistarse con una destacada figura del gobierno de su país, dado que la Marina, cansada de pagar las nóminas de Peary mientras él se dedicaba a sus exploraciones, quería que volviese inmediatamente al servicio activo.

Aunque no consiguió su objetivo, poco después intervendría en su favor el mismísimo presidente de los eeuu y la Marina tuvo que dejarle ir de nuevo, esta vez a una expedición de cinco años de duración y, por supuesto, pagándole mensualmente el sueldo. Quien también tuvo que resignarse a verle marchar para tan larga separación fue Josephine que, cuando el barco zarpó en julio de 1898 hacia el Ártico, llevaba otro hijo suyo en las entrañas.

En los meses siguientes las cosas no pudieron ir peor para la familia Peary. Él, empujado por su loco deseo de ser el mejor, acometió una marcha invernal en la que sufrió serias congelaciones en los pies, consecuencia de lo cual le tuvieron que amputar siete dedos con herramientas muy precarias y sin anestesia. Ella dio a luz a una niña, pero unos meses después la pequeña murió.

Desesperada por la pena, Josephine embarcó con Marie Ahniguito en el barco que, en el verano de 1900, iba a aprovisionar a la expedición. Su intención era explicar a su marido lo ocurrido y juntos tratar de buscar consuelo a tan lamentable pérdida. No podía imaginar que volvería a pasar un año entero en el Ártico y mucho menos en las circunstancias en que iba a tener lugar.

MARIE AHNIGUITO PEARY, LA HIJA QUE JOSEPHINE TUVO EN EL ÁRTICO

Una sorpresa mayúscula

Cuando el barco alcanzó el lugar acordado de antemano en la costa noroeste de Groenlandia les informaron que Peary había cruzado a la isla de Ellesmere, en el actual Canadá, y que les esperaba allí. La estación estaba muy avanzada y los hielos obstruyeron el cruce, que solía hacerse en pocas horas, por lo que a ellos les costó más de una semana.

Al llegar al nuevo punto convenido sufrieron una nueva decepción, el explorador norteamericano había adelantado su campamento más de cuatrocientos kilómetros hacia el norte. Era imposible llegar hasta él y Josephine tuvo que dar la orden de desembarcar las provisiones y regresar a casa sin ver a su marido. Aunque en esos momentos, no estaba muy segura de si quería volver a verle, dado que acababa de enterarse de que le estaba siendo infiel con una jovencita esquimal.

Su orden de volver no llegó a cumplirse. Faltaban escasas horas para terminar la descarga cuando un iceberg cerró la entrada de la bahía donde se había refugiado el barco, condenándoles a pasar el invierno en aquel lugar y a Josephine a la compañía no deseada de la amante de su marido.

Peary siempre había sido partidario de la presencia de mujeres en sus exploraciones polares. Con el mayor descaro había llegado a decir que tenía por objeto servir de desahogo físico y emocional a los hombres, de modo que la relajada conducta sexual de las esquimales parecía ideal para ponerla en práctica. Además, en sus escritos, el norteamericano había preconizado que se necesitaba una nueva raza de hombres para alcanzar el polo norte. Esa nueva estirpe surgiría de la relación entre las mujeres esquimales, que aportarían la adaptación al frío, y los hombres blancos que contribuirían con su inteligencia.

Josephine había creído que esas frases no pasaban de ser simples elucubraciones personales, hasta que ese verano, en el barco en el que iban a llevar las provisiones a su marido, comprendió que había sido una ingenua. Como siempre, un nutrido grupo de esquimales subió a bordo para acompañarles. Entre ellos una joven esquimal que, acercándose a ella y con la mayor candidez, le señaló al niño que llevaba en la espalda, mientras le decía que era hijo de Peary.

Relegada al cuarto puesto

Siempre había sabido que, en el corazón de su marido, alcanzar la

fama era su prioridad afectiva, seguida del cuidado de su madre, pero acababa de comprobar que, al menos por una temporada, aquella muchachita la había relegado al cuarto puesto. Su respuesta no se hizo esperar y en una larga carta de veintiséis páginas vertió su desengaño, frustración e impotencia en los términos más amargos que uno pueda imaginar. Curiosamente, en esa larga misiva se incluyen cinco páginas en las que cuenta los pormenores de las finanzas de la expedición y los proyectos que está preparando para él cuando regrese.

El invierno cayó sobre el barco, la oscuridad y el frío lo invadieron todo, pero el calor humano permaneció en el alma de aquellas dos mujeres que se vieron forzadas a convivir en la proximidad forzada del barco. Dice mucho de Josephine que dejase jugar a Marie Ahniguito con su hermanastro y que, cuando la enfermedad sacudió a su rival e hizo temer por su vida, hiciese prometer a los familiares que fueron a buscarla que, en caso de producirse el fatal desenlace, no terminarían con la vida del pequeño, como ella sabía que era la norma en aquella sociedad, sino que se lo traerían.

Una vez pasado el invierno y parte de la primavera, Peary, al que ya los esquimales habían llevado la carta de su esposa, se acercó al barco para estar unos días con su familia. Poco después volvía a dejarlas para dirigirse de nuevo al Norte, en pos de su ambición. Lógicamente, en cuanto los hielos se dispersaron y dejaron libre la boca de la bahía, el barco puso rumbo a los Estados Unidos.

Ese año mismo de 1901, Josephine publicó un nuevo libro *The Snow Baby*, que era el nombre con que los esquimales llamaban a su hija. Es una narración sencilla y candorosa, con gran despliegue de fotografías, donde describe el mundo esquimal y relata el nacimiento de su hija, sus primeros meses en Groenlandia y los veranos que allí pasó aprovechando los barcos que llevaban provisiones a su padre. Dirigido a un público infantil, no defraudó a los adultos que lo leyeron, hasta el punto de que se vendió mucho mejor que los pormenorizados y aburridos relatos de su marido sobre sus viajes al Ártico. Tal fue el éxito, que dos años después volvió a publicar otro libro, esta vez orientado a la juventud, que también tuvo buena acogida por los lectores. En los dos últimos libros es curiosa la inclusión de su apellido de soltera, Diebitsch, separado del de Peary, a pesar de que en el primero aparecían unidos con un guion. Una sutileza femenina que, es muy posible, su marido no percibió.

Hasta su hija le pide que abandone

En el verano de 1902 Josephine vuelve a visitar Groenlandia con el barco que iba a traer a Peary de regreso y lo que se encuentra es desalentador: la expedición no ha logrado avances significativos, y hasta el propio líder llegaba a confesar que «el juego ha terminado, mi sueño de diecisiete años de conquistar el polo ha llegado a su fin». Sin embargo, en cuanto regresó a los Estados Unidos volvió a involucrarse en ciclos de conferencias, entrevistas a la prensa y búsqueda de patrocinadores. La vida familiar se resentía. Ni siquiera el nacimiento, un año después, de su primer hijo varón consiguió apartar de su mente la obsesión por el polo.

A los pocos meses de volver comenzó de nuevo los preparativos para una nueva expedición. Su familia se enteró por la prensa y su hija, con apenas diez años, afectada por la noticia, le escribió una dolorida carta en la que clamaba que estaba harta de verle solo en fotos, y lanzaba un grito desgarrador: «Quiero ver a mi padre». Eran las palabras de la hija y los sentimientos de la madre.

De nada sirvió. En julio de 1905 volvió a partir hacia el Ártico. Mientras él estaba fuera, quedó vacante la jefatura de la Oficina de Astilleros y Puertos de la Marina, un puesto que Peary siempre había ambicionado, entre otras cosas porque llevaba asociado el rango de almirante. Durante meses Josephine se empleó a fondo para tratar de que otorgasen el puesto a su marido, en el convencimiento de que el cargo le apartaría del Ártico antes de que aquellos hielos terminasen con él. Sin embargo, no lo consiguió y la plaza se la dieron a otra persona.

Al año siguiente el explorador regresó del Ártico derrotado una vez más. Había batido el récord de aproximación al polo, pero todavía se había quedado a más de trescientos kilómetros de alcanzar su ansiado objetivo. Ni el nuevo fracaso consiguió apartarle de su sueño, que ya hacía bastante tiempo se había convertido en una pesadilla para su familia, y propuso una nueva expedición que se hizo a la mar en el verano de 1908. Por entonces tenía más de cincuenta años, demasiados para el extenuante trabajo de explorador polar. Aquella iba a ser su última oportunidad y él era plenamente consciente.

Como en sus viajes anteriores un silencio cayó sobre la expedición. Sin equipos de radio nadie podía saber qué estaba pasando. Por fin llegaron noticias, pero no eran las que Josephine esperaba. A la vez que Peary, otro norteamericano, Cook, el médico que les había acompañado en su primer viaje a Groenlandia, había

organizado su propia expedición al Ártico; a su regreso, el 2 de septiembre de 1909, declaró que había alcanzado el polo norte hacía unos meses. Como en un juego sarcástico del destino cuando, poco después, Peary llegó al primer lugar civilizado para telegrafiar orgulloso que por fin había alcanzado su objetivo, se enteró de que hacía unos días Cook había reivindicado para él dicho logro. La batalla entre los dos exploradores estaba servida.

Durante meses la opinión pública y las organizaciones geográficas se dividieron. Ninguno de los dos hombres parecía aportar pruebas significativas que pudiesen certificar sus reclamaciones y dio comienzo una agria discusión entre ellos. Mientras el mundo entero permanecía expectante por conocer el resultado de la confrontación, Josephine se mantenía tranquila, fuese quien fuese el vencedor, el polo ya había sido alcanzado, su esposo no volvería allí, y podrían retomar su vida familiar. En casi un cuarto de siglo de matrimonio había pasado con su marido en casa poco más un millar de días.

Los argumentos de Cook no tardaron mucho en desinflarse y, aunque los de Peary no llegaron a convencer por completo, un gran número de instituciones norteamericanas se posicionaron a su favor, de modo que se le consideró el primero en alcanzar el polo norte. Poco después, la carrera al polo sur entre Amundsen y Scott, que se desarrolló entre 1910 y 1913, hizo perder notoriedad a la batalla que se libró en el norte y el estallido de la Gran Guerra, con su secuela de muerte y destrucción, terminó por enterrar en el olvido esas aventuras polares. En 1920, tras dos años de enfermedad, Robert Peary falleció. Josephine aún vivió treinta y cinco años más en los que siguió contribuyendo a honrar la memoria de su marido. Uno de sus últimos actos públicos fue para entregar a la National Geographic Society la bandera de seda, que ella misma había cosido en 1898, para que la llevase su marido en sus expediciones. Como ya tenía noventa y dos años, y su salud era muy frágil, fue su hija, Marie Ahniguito, quien pronunció unas emotivas palabras en las que hizo constar que siempre había creído que su padre «nunca hubiese alcanzado el polo norte si no hubiera sido por mi madre».

JAVIER CACHO
Inari (Finlandia), febrero 2019

DIARIO ÁRTICO

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

24 de junio, miércoles. Hemos navegado sin dejar de sentir que nos zarandeaban; nos abrimos paso a través de las banquisas de hielo del estrecho Belle Isle, y una vez más flotamos sobre las olas del inmenso Atlántico. Nuestro bailoteo de tres días en el hielo ha supuesto un anticipo de lo que será la navegación ártica, pero el

bueno del *Kite*[2] avanza hacia el norte con una confianza que inspira tal sensación de seguridad que ni siquiera los famosos trasatlánticos pueden igualar. El genial capitán Pike está en el puente y nada se escapa a su ojo de halcón que busca tierra sin cesar. Hoy, cuando salí a cubierta, descubrí la vasta y salvaje costa de Groenlandia a la derecha. Era un espectáculo maravilloso: los negros y escarpados acantilados, verticales desde las alturas hasta que se sumergen en el mar, con sus cumbres cubiertas de nieve deslumbrante, y el hielo del interior flotando por los valles y entre las cimas. Al pie de los acantilados brillaban cerros de varios tamaños y formas, algunos de un hermoso azul, otros blancos como la nieve. La noticia del día fue el glaciar Frederikshaab, que baja hasta el mar en la latitud 62º 30'. Sin embargo, no me impresionó su tamaño, tal vez a causa de la distancia a la que nos encontrábamos. Su frente abarca veintisiete kilómetros, y a nuestros ojos se nos muestra con el aspecto de una pared de mármol blanco. Mucho tiempo después de haber pasado frente a él, todavía parecía estar a nuestro lado y siguió acompañándonos a lo largo de toda la jornada. Nada más dejarlo atrás, se reveló ante nosotros el más hermoso paisaje de montaña imaginable. El tiempo era deliciosamente cálido y vino a mostrarnos un aspecto nuevo del clima ártico. Resulta extraño sentarse en cubierta con un abrigo ligero, sin siquiera necesidad de abrocharlo, y una capucha sobre mi cabeza, bajo el cielo más luminoso y observar las montañas nevadas.

25 de junio, jueves. Se nos prometía otro día encantador, pero durante la tarde el tiempo cambió y se levantó un viento frío, que favoreció nuestra singladura. Hoy nos acompañará el sol de medianoche por primera vez, y faltarán semanas, incluso meses, antes de que se ponga de nuevo para nosotros. Todo sobre cubierta gotea por culpa de la niebla que nos envuelve.

26 de junio, viernes. A pesar de la espesa niebla hemos avanzado bien y esperamos estar en Disko, o más propiamente en Godhavn[3], a mediodía de mañana.

Vimos nuestros primeros patos eider. Numerosos cerros vuelven a brillar a lo lejos, probablemente sobre la lengua del glaciar Jakobhavn.

30 de junio, viernes. Desde el sábado por la mañana hemos sido presas de una gran emoción, pues pusimos pie por primera vez en la costa helada de Groenlandia. El práctico del puerto, un

esquimal mestizo, subió a bordo y nos guio a Godhavn poco después de las nueve en punto. Peary, el capitán Pike, el profesor Heilprin y yo nos acercamos a tierra, presentamos nuestros respetos al inspector Anderssen y a su familia. Fueron muy amables con nosotros y nos invitaron, al señor y a la señora Peary, a quedarnos con ellos durante nuestra estancia en Godhavn.

Durante la tarde, una expedición de miembros del Kite inauguró nuestro primer paseo ártico, cuyo objetivo era la cima de los acantilados de basalto que se elevan por encima del puerto. Mi atuendo consistía en un abrigo fabricado a partir de un grueso paño rojo que llegaba hasta las rodillas, altas medias de punto, una falda larga de franela y los *kamiks*, unos mocasines de caña alta que había comprado en Sidney. El día era excepcionalmente bueno y soleado, y partimos con la mejor de las ilusiones. Nunca había visto tantas y tan variadas plantas silvestres floreciendo a la vez. Me resultó imposible pisar sin aplastar flores de diferentes especies. El señor Gibson resbaló, intentando cazar una mariposa, y una cuerda le oprimió el pie izquierdo, así pues, tuvo que regresar al barco. Jamás había pisado un musgo tan blando y hermoso, que mostraba todas las sombras del verde y del rojo, y en algunas zonas estaba tan densamente cubierto de minúsculas flores rosas que no era posible reposar la cabeza entre ellas. Recogimos y prensamos tantas flores como podíamos cargar: anémonas, amapolas amarillas, rosas de montaña, varias *ericaceae*[4], etc. En ocasiones el sendero atravesaba ventisqueros, y otras veces las flores y el musgo nos cubrían hasta los tobillos. En cada pequeña cañada los arroyos formaban cascadas y el agua era tan deliciosa que parecía imposible sortearlos sin detenerse a beber. Nos movíamos muy despacio y no éramos capaces de resistir la tentación de pararnos constantemente para deleitarnos con la belleza del paisaje. La bahía Disko, azul zafiro, densamente poblada de icebergs de todos los tamaños y coloreados por los rayos de sol, se extendía a nuestros pies, con el pequeño asentamiento de Godhavh a un lado y los castillos de los acantilados elevándose sobre él. Hasta donde podíamos ver, el mar estaba tan salpicado de icebergs que parecían una flota de barcos de vela. La imagen era, sencillamente, indescriptible. Llegamos a la cima, que se levantaba a setecientos treinta metros, y construimos un túmulo con piedras, donde colocamos una caja de lata que contenía un papel, en el cual habíamos escrito nuestros nombres, y algunas monedas americanas. Desde la cima de los acantilados caminamos sobre la capa de hielo. La temperatura era de 32º al sol y 13º a la sombra. A medida que descendíamos una niebla azul se descolgaba

ocultando la parte sombría de los acantilados y el contraste con las lomas blancas brillando sobre las aguas de zafiro era muy sugerente. Caminamos de regreso y llegamos al pie del acantilado después de las ocho. El domingo hicimos otra expedición, a Blaese Dael, o *El valle del viento*, donde una bonita cascada se vierte desde lo más alto, atravesando rocas y erosionándolas hasta formar un profundo canal. Recogimos más flores y también algunas algas; los mosquitos, de los que habíamos tenido un anticipo el día anterior, eran un incordio que no se podía aguantar y nos devolvieron a la memoria las costas de Nueva Jersey. Cuando llegamos a la primera cabaña esquimal, numerosas *picaninnies*[5] se acercaron para ofrecerme ramos de flores salvajes y a cambio les entregamos unas galletas. Se mostraron felices.

Peary, el profesor Heilprin, otros dos miembros de la expedición y yo cenamos con el inspector, junto con otros miembros de la comunidad danesa. El menú consistió en bacalao fresco con salsa de alcaparras, perdices nivales asadas, patatas hervidas doradas y, a modo de postre, *Rudgrud*, un puré de almendras y uvas. Como es habitual en Europa, bebimos una gran variedad de vinos.

Tras la cena, los caballeros subieron a examinar las colecciones, geológica y ovológica, del inspector, mientras las damas preferimos charlar tomando café. De no ser por los alrededores, habría sido difícil darse cuenta de que estábamos en el lejano reino ártico, así de sinceramente hogareña era la vida en la casa, y tan pequeños los actos que daban alegría, comodidad y placer a un lugar como este. El total de la comunidad apenas alcanza las ciento veinte almas, de las cuales el noventa por ciento son esquimales, sobre todo mestizos; el resto se compone de funcionarios daneses y sus familias, cuyo entretenimiento se reduce, casi por completo, a los círculos sociales que se establecen entre ellos.

Hacia las nueve visitamos el almacén, donde se celebraba un baile típico del lugar. Varios de nuestros muchachos danzaban con campanas esquimales, pero a mi juicio el olor era demasiado fuerte como para permitirme afirmar que contemplarlo era «puro placer». Los ritmos estaban construidos para música de cuerda, que los mestizos dominaban con maestría y los bailarines y espectadores tenían el ánimo por las nubes, pero sin estruendo. A la hora de terminar, sobre las diez, cualquier muestra de hilaridad se había evaporado.

Confiábamos en zarpar pronto al día siguiente, pero hasta las dos del mediodía la niebla no empezó a levantarse haciendo la salida imposible. Disparamos la salva oficial, soltamos tres hurras

en honor de nuestros primeros anfitriones en Groenlandia y navegamos alejándonos del dique del puerto. Pronto aclaró y pudimos avanzar a la velocidad de siete nudos. Esta mañana ha amanecido con niebla durante un rato, pero despejó y ahora sencillamente estamos costeando. Esperamos llegar a Upernavik, el asentamiento danés más septentrional, sobre las nueve de la tarde.

2 de julio, jueves. No alcanzamos Upernavik hasta las dos y media de la mañana de ayer, debido a una corriente marina fortísima que nos empujaba en dirección contraria a Godhavn. Permanecimos despiertos toda la noche, y a la 1:30 a.m. disfrutamos de un radiante amanecer. Peary tomó numerosas fotografías entre la medianoche y la mañana. Upernavik es un lugar muy diferente a Godhavn. Apenas lo forman cuatro casas y una pequeña iglesia. Los nativos viven en cabañas de hierba y madera, unas viviendas de aspecto miserable, construidas sobre el barro. En cuanto nuestro barco arribó al puerto, en el que habían anclado dos navíos daneses, el gobernador, Herr Beyer, subió a bordo con su lugarteniente, un joven que había llegado hace tres días. Les devolvimos la visita a mediodía y el gobernador y su mujer, una persona dulce, recién entrada en los treinta, con la que apenas llevaba un año casado, nos recibieron encantados; el apego de la mujer por la decoración hogareña se reflejaba en sus pinturas, colecciones, en sus bordados de fantasía y en sus plantas con flores, que estaban dispersas por todas partes, y conseguían dar el aspecto de un hogar apacible. Como en el resto de las casas del país, a los huéspedes se les recibía con vino nada más llegar. El gobernador me ofreció un ramo de flores de Upernavik atado con los colores de Dinamarca. Nos hicieron regalos sin medida, algunos de ellos eran hermosas tallas esquimales, también nos obsequiaron con una docena de botellas de cerveza de Groenlandia y una caja de golosinas para la señora Peary, que debería abrirse, como recuerdo, la víspera de Navidad. No podía ser más cálida la hospitalidad con la que nos acogieron y de tal afecto nació una amistad que permaneció viva durante años.

La visita fue breve, de forma un tanto obligada, dado que pretendíamos izar anclas a primera hora de la tarde. Nos alejamos de Upernavik y nos dirigimos hacia el norte. La niebla se había disipado y descubrimos una enorme montaña sobre el puerto. El sol brillaba intensamente, y el mar, azul turquesa, estaba liso como el cristal. La noche se prometía hermosa, pero yo me resistía a la tentación de acostarme, lo que era un gran esfuerzo teniendo en

cuenta que había estado despierta la noche anterior y buena parte de la previa.

A las cuatro de la madrugada el capitán Pike llamó a la puerta para informarnos de que en media hora arribaríamos a las islas Duck. Precisamente pretendíamos desembarcar allí con la intención de dar caza a algunos patos y recoger huevos de cara al invierno. Al rato nos hallábamos en la orilla y entonces comenzó un espectáculo del que había leído con frecuencia, pero pensaba que nunca lo vería: los patos volaban en densas bandadas sobre nuestras cabezas y por todos lados había nidos tan grandes como los de gallina, fabricados con plumas, que contenían de tres a seis huevos. Los nidos aparecían sobre las rocas, a la vista, no se molestaban en esconderlos. ¡Ay!, llegamos demasiado tarde: los patos estaban criando y de los casi mil huevos apenas pudimos disponer de ciento cincuenta en condiciones. Dado que no llevaba mi carabina, pasé el tiempo agachándome y recogiendo hasta veinte kilos en cinco horas. Tras regresar al Kite para el desayuno, visitamos una segunda isla, donde, para mi satisfacción, apresé un pájaro. En total, batimos noventa y seis patos.

2 de julio, jueves. Nos hallamos al otro lado del Dedo del Diablo[6], latitud 74º 20', y ahora, a las ocho de la tarde, nos abrimos paso lentamente a través del hielo de la entrada a la bahía Melville.

3 de julio, viernes. La capa de hielo era tan gruesa que el Kite no podía avanzar y a media noche detuvieron las máquinas. A las 6:30 a.m. retomamos la marcha y emprendimos la ruta durante una hora, hasta que nos vimos obligados a detenernos una vez más. A las once en punto lo volvimos a intentar, pero tras dos horas a pleno vapor, descubrimos que estábamos en punto muerto. Así permanecimos hasta más allá de las cinco, cuando las máquinas se pusieron a funcionar de nuevo. Avanzamos en condiciones durante dos horas y estábamos convencidos de que pronto nos hallaríamos en aguas abiertas, pero el denso hielo nos obligó a detenernos. Mientras estábamos en cubierta, el vigía gritó: «¡Un oso! ¡Un oso!». En la distancia se podía apreciar un objeto que flotaba, o más bien nadaba, y al minuto los muchachos saltaron a los botes amarrados en las bordas del Kite, armados con rifles, aunque pronto descubrieron que no todos estaban cargados. El oso resultó ser una foca, pero no acertó ninguno de los treinta disparos que se hicieron. Ahora son cerca de las 11 p.m., el sol brilla y todo está en calma. Tan solo me abrigo con una chaqueta de primavera que me parece

suficiente para esta temperatura balsámica. A medianoche dispararon el cañón, arriaron la bandera, los muchachos dispararon sus rifles y gritaron tres hurras celebrando el cuatro de julio. El termómetro marcaba 0°C.

4 de julio, sábado. El hielo sigue siendo terco y condiciona el viaje. En la distancia que abarcamos con la vista, no se ve nada más que la inamovible banquisa, aquí lisa como una mesa y en otros sitios salpicada por crestas que parecen tartas de hielo. Líneas de agua aparecen y desaparecen, y su presencia nos da la esperanza de una pronta liberación. La noticia del día ha sido la cena con el capitán Pike, en la que participamos la mayoría de nosotros. Tras la cena, algunos exploraron el hielo buscando focas hasta atrapar a dos especímenes, uno que pesaba doce kilos y el otro quince.

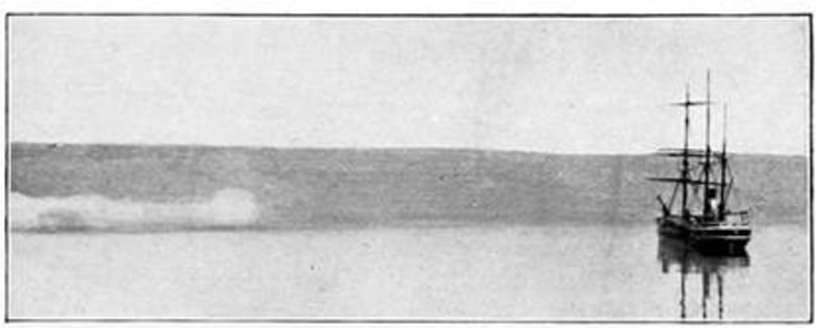
5 de julio, domingo. Por la noche apenas nos movimos, despacio, pero a las 8 a.m. nos vimos obligados a detenernos otra vez. El día estaba resultando desagradable, con niebla, lluvia y hasta nieve. Lo único que hemos hecho es comer y dormir. Una gaviota marfil flotaba perezosamente aventurándose a tiro de rifle, hasta que la añadimos a nuestra colección.

7 de julio, martes. Ayer el tiempo fue triste y áspero, pero hoy parece más cálido. Ha cesado de caer nieve, aunque el cielo sigue cubierto, y la niebla nos impide ver el horizonte. A mediodía el sol se abrió entre las nubes durante un instante, y la niebla se levantó lo suficiente como para que el capitán estudiara nuestra posición y determinara que estábamos a una latitud de 74º 51'. El viento se apaciguó por la tarde, e hicimos un intento de atravesar el hielo. Pero, tras embestir la inamovible banquisa durante una hora, y apenas avanzar la longitud del barco, concluimos que estábamos quemando carbón para nada. Peary, con Gibson, Astrup, Cook y Matt, ha estado ocupado toda la tarde, acondicionando la madera para nuestra cabaña en el fiordo Whale. Parte del trabajo del día fue la cura de numerosas pieles de ánade que tenemos intención de convertir en ropa interior para el invierno.

9 de julio, jueves. Ayer y hoy la niebla se levantó a ratos lo bastante como para permitirnos ver tierra a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia. Una toma de datos nos sitúa exactamente a 74º 51' de latitud y 60º oeste de longitud. Peary fijó las medidas con su sextante de bolsillo y la brújula del barco y después dibujó

un boceto de los cabos de la costa. El hielo parece descompuesto, pero nos atrapa tan firmemente que todavía no nos permite abrirnos paso. Medimos algunos de los témpanos y encontramos que el más grueso tendría unos ochocientos centímetros. Se nos ha antojado un día muy crudo, debido, en gran medida, a un ligero viento del noroeste; y, por primera vez, la media de la temperatura ha bajado del punto de congelación.

10 de julio, viernes. Esta mañana los aparejos estaban cubiertos de escarcha, dándole al Kite el aspecto de un buque fantasma. La niebla se cerraba pesadamente a nuestro alrededor impidiéndonos vislumbrar tierra. Avanzada la tarde sondeamos la profundidad, pero a 343 brazas todavía no habíamos tocado fondo. Mientras cenábamos, el Kite comenzó a moverse sin previo aviso. Pusimos las calderas en marcha y durante hora y media rompimos hielo, pues estaba muy descompuesto, y los témpanos se desmigaban en muchos trozos en cuanto arremetía el Kite. Habíamos avanzado unos cinco kilómetros cuando nos vimos obligados a volver a parar por culpa de la niebla. Lo poco que nos habíamos movido bastó para alentar el valor de algunos de los expedicionarios que habían empezado a creer que nos habíamos atorado definitivamente para pasar allí el invierno.



Aunque nos resultaba evidente que todavía estábamos atrapados entre los hielos de la bahía Melville, no podíamos sino regocijarnos dado lo peculiar que resultaba nuestra prisión. Los esfuerzos para escapar, llenos de promesas de éxito, seguidos de impotencia absoluta, provocaban, alternativamente, un estado de euforia y depresión en nuestras almas. Las novedades sobre el escenario, sin embargo, nos ayudaron a encontrar buenos sentimientos en nuestro interior, y para cuando escuchamos la orden «en marcha», y tras ella el sordo retumbar de la hélice metálica, dimos destierro al

desaliento. Jamás nos cansamos de ver a nuestra embarcación cortar el hielo para abrirse camino. Las grandes masas de hielo se hacían a un lado con presteza; en ocasiones, un gran témpano salpicaba trozos de hielo que se acumulaba bajo otro más grande, apartándolo así de la ruta, con una conmoción próxima a la del agua que hierve. Luego embestíamos un témpano durísimo, que no se movía nada cuando el Kite chocaba contra él. El barco se aupaba sobre su lomo y luego se deslizaba hasta que golpeaba contra una zona más blanda. Entonces el témpano se estremecía como una hoja de vidrio se estremece ante un duro golpe. El bueno del Kite empujaba el hielo, haciéndolo a un lado, dejándolo atrás crujiendo y gimiendo de dolor. El día ha sido plácido, a pesar de una temperatura media de 2º bajo cero.

14 de julio, martes. ¡Qué distinto parece todo desde que escribí por última vez en este diario! El sábado el tiempo fue, como es habitual, frío y con niebla y entonces, a las 5:30 p.m., cuando comenzamos de pronto a movernos, el vigía gritó que podía ver tierra desde su nido de cuervo. Peary estaba especialmente contento, y afirmó que alcanzaríamos el fiordo Whale el 15 de julio, la fecha límite que se había propuesto. Tras la cena, él y yo subimos a cubierta, observamos como el Kite cortaba el hielo cual mantequilla. Llevábamos un tiempo en cubierta cuando Peary me dejó calentarle los pies en el camarote. Regresamos a cubierta, se asomó un instante al puesto de mando e, inmediatamente después, vi las manos de los timoneles arrancándose del timón, que comenzó a rodar a tal velocidad que no se podían ver los radios. Uno de los hombres cayó sobre él, pero al recuperarse pegó un brincó, se hizo a un lado y enseguida me di cuenta de que algo debía haberle sucedido a mi marido. No sé cómo llegué hasta él, pero fui la primera en alcanzarle y le encontré a la pata coja, pálido como un muerto. «No te asustes, querida. Me he roto una pierna», fue todo lo que dijo. El señor Gibson y el doctor Sharp le ayudaron, o más bien le transportaron hasta el camarote y lo tumbaron sobre la mesa. Estaba frío como el hielo y mientras yo le cubría con mantas, nuestros facultativos le proporcionaban whisky, y le cortaban la bota y los pantalones para arrancárselos. Encontraron que los dos huesos de la pierna derecha estaban rotos en algún punto entre la rodilla y el tobillo. Colocaron la pierna en una escayola y la envolvieron en algodón. La fractura es de las que los médicos llaman «de las buenas», pues no fue necesario devolver los huesos a su sitio. El pobre Bert agonizaba a pesar de que lo cuidaron con

todo el cariño del mundo. Nos resultó imposible trasladarlo a nuestro camarote, así pues, improvisaron una cama en la zona alta del castillo de popa y allí quedó acostado el pobre sufriente. Es tan bueno y tiene tanta paciencia como pueda permitírselo las circunstancias. El accidente sucedió como sigue: el Kite llevaba un buen rato luchando, o, como dicen los balleneros, dándose de cabezazos, abriéndose paso entre el hielo, despacio, pero sin desfallecer, forjándose camino a través de las láminas esponjosas que le habían encarcelado durante una semana. Para tomar carrerilla era necesario retroceder cada dos por tres, y durante una de esas maniobras se soltó un buen trozo de hielo que, golpeando el timón, aplastó un mástil de hierro contra el puesto de mando donde estaba Peary, a quien le dio en la pierna, y él, antes de percatarse del dolor, la oyó crujir.

15 de julio, miércoles. Peary ha pasado buena noche y ha dormido bien sin morfina, con lo que se siente mejor. En cuanto a mí, no pude aguantar más y a las 11 a.m., después de que el doctor Cook le vendara la pierna con una nueva escayola, me fui a descansar y no supe de ningún ruido ni movimiento hasta más allá de las cinco en punto. Era mi primer sueño desde la noche del viernes. El doctor Cook, que había sido mucho más que amable, fabricó un par de muletas para el lisiado, aunque no pudo utilizarlas hasta un mes más tarde.

Hoy nuestra latitud es de 75º 1', y la longitud 60º 9'; de lo que se deduce que avanzamos muy despacio. Parece que cuando el hielo está suelto, la niebla es demasiado espesa para que viajemos con seguridad y cuando la niebla levanta, el hielo se cierra a nuestro alrededor. En cierto momento, el hielo se abrió de repente y se agrietó permitiéndonos navegar seis kilómetros de una tacada. La mayor parte de la noche, y del día, dimos marcha atrás y adelante, aquí y allá, intentando abrirnos paso entre el hielo, para evitar que el Kite quedara atrapado entre témpanos. Poco después de que la niebla se cerniera sobre nosotros, y antes de que pudiéramos culminar el paso por un espacio estrecho y tortuoso, a través del cual pretendíamos escapar de los témpanos que nos acosaban, nos vimos capturados entre dos enormes banquisas. El hielo tenía cerca de cuarenta centímetros de espesor y el Kite estaba en riesgo de ser aplastado. Así y todo, el capitán Pike, con los recuerdos frescos de anteriores desastres en la cabeza, no disfrutaba de la situación y a las 8:15 p.m. comenzó a abrirse camino haciendo estallar pólvora.

Una hora más tarde, el capitán llamó para que fuéramos a ver a

un oso acercándose al barco. Los muchachos llevaban tiempo anhelando toparse con un oso desde que dejamos atrás Nueva York. Esta vez ahí estaba, un auténtico oso polar dirigiéndose al Kite. Era una estampa preciosa, con su hocico negro, y negros sus ojos y dedos. Contra el blanco de la nieve, parecía de color crema. La cabeza se iba alzando a medida que se encaminaba a nuestro encuentro, y cuando, a escasa distancia del Kite, una gaviota voló sobre el oso, ejecutó un salto de malabarista, inconsciente del destino que le esperaba. Once hombres armados aguardaban en cubierta, atentos a la advertencia del capitán para empezar a disparar. Una bala le atravesó una de las piernas delanteras, mientras otra acertaba en la cabeza del animal, que se tiñó al instante de carmesí. El oso se detuvo, rodó, cayó sobre su cabeza y trató de incorporarse. Para entonces llovían balas sobre la pobre bestia, a pesar de lo cual se tambaleaba en dirección al agua. Gibson, que saltó sobre el hielo en cuanto hubo disparado, estaba aproximándose, y cuando el oso comenzó a nadar alejándose le disparó al cuello, con lo que el animal se detuvo en seco. Bajamos un bote y lo subimos al Kite. Medía más de dos metros de largo y calculamos que pesaría entre cuatrocientos y cuatrocientos cincuenta kilos.

17 de julio, viernes. Esta ha sido la peor noche de mi lastimado marido. Le dolió la pierna más de lo que lo había hecho, y rogó que le diera cualquier analgésico, a lo que consintió el doctor. Incluso así, durmió delirando de puro sufrimiento. Me rogó hacer lo que fuera por su pierna. Tras practicar todo lo que se me ocurrió, le pregunté: «¿Puedes decirme dónde te duele más y que se supone que puedo hacer?». Me respondió: «Querida, ¡envuélvela en hielo hasta que alguien le pueda pegar un tiro!». Así pasamos la noche y esta mañana se hallaba completamente exhausto. El doctor Cook consiguió acomodarle la pierna, aliviándole, y ahora descansa. Resulta duro imaginar que no puedo llevarle a algún lugar donde descanse tranquilo.

21 de julio, martes. Desde la última entrada en mi diario, hace cuatro días, avanzamos sin descanso acercándonos al cabo York. Confiamos en que se deshielen pronto las aguas de la bahía Melville y poder pasar, así, a mar abierto. Nuestras esperanzas, sin embargo, se ven contrariadas con frecuencia, día a día, incluso cuando la tierra está próxima perdemos la confianza de liberarnos de nuestra cárcel. Enormes colinas puntean las masas de hielo y hasta que no

muestren signos de moverse por sí solas hay pocos visos de una ruptura total.

El sábado vimos un oso con dos crías sobre el hielo e, inmediatamente, todos saltaron por la borda a su caza. Con ternura hacia sus hijos, la madre les guio en la retirada, colocándose detrás de ellos y alternándose para incitar a uno y otro a moverse rápidamente. Nuestros muchachos, que estaban familiarizados con el arte de viajar rápido sobre las duras planchas de hielo, enseguida admitieron que la carrera era desigual. Pronto estuvieron muy lejos. Con la excitación del momento, uno de los hombres se unió a la caza sin su arma y cuando volvió al Kite estaba tan falto de aliento que fue necesario auparlo como si se tratara de una foca muerta. Yació, en cubierta, todo lo largo que era y sin respiración, durante al menos cinco minutos para mofa de la tripulación y de casi todos los miembros del viaje. Un peso aproximado de noventa kilos era responsable de tal derrota. El lunes por la mañana, a eso de las dos en punto, la niebla se levantó y nos vimos de repente junto al litoral. La costa se extendía desde el cabo York hasta la isla Wolstenholme y pudimos divisar, claramente, los cabos Dudley Diggs y Atholl. Llevé a Peary un catalejo para que pudiera vislumbrar algo de la línea de costa. ¡Pobrecito! Tenía infinitas ganas de subir a cubierta, creyendo que si estaba amarrado a un madero se podría mover con seguridad, hasta que el médico le persuadió de lo contrario. Dado que todos los médicos estuvieron de acuerdo en que dentro de seis meses su pierna estaría tan sana como antes, rechazó la idea. El aire es casi negro, con bandadas de mérgulos[7] atravesándolo, y una partida de caza trajo dieciséis de ellos en un rato.

22 de julio, miércoles. Los doctores Hughes y Sharp trajeron sesenta y cuatro aves, fruto de una cacería nocturna. Todavía estamos sobre el hielo, sin nada que nos indique que podremos salir, aunque el capitán dice que nos hemos desplazado treinta kilómetros hacia el norte desde el lunes por la mañana. Ahora estamos al amparo de la isla Conical Rock. El segundo de abordo, Dunphy, acaba de darnos la noticia de que ha visto, desde el nido de cuervo del mástil, un barco de vapor saliendo del cabo York, invisible para nosotros, hasta el punto de que dudamos que nos esté diciendo la verdad.

24 de julio, viernes. El barco no ha aparecido. O bien el compañero se ha equivocado, o bien el buque se alejó de nosotros.

Ayer por la mañana el hielo se agrietó pronto, para alivio de la mayoría, y desde entonces avanzamos sin demora. La extensa línea de montes del cabo York, con algunos que medían al menos sesenta o noventa metros y quizá un kilómetro y medio de longitud, apunta en dirección a aguas americanas. El paisaje de esta parte de Groenlandia es sorprendentemente delicado: pequeños glaciares descienden hasta el agua interrumpiendo el dibujo de escarpados acantilados rojos y marrones. La entrada al fiordo Wolstenholme, custodiada por enormes montes, era especialmente hermosa con la isla Saunder a lo lejos y Dalrymple Rock en las inmediaciones, alzándose como descomunales gigantes en contraste con los montes blancos que los rodean como a los acantilados de la costa principal. Cada vez que algo especialmente hermoso aparece, se me reclama en cubierta y desde mi posición me apaño para ofrecer a Peary una estampa de los alrededores. Esta tarde, a la nueve en punto, sorteamos el cabo Parry y a eso de las diez nos detuvimos en la aldea esquimal de Netchiolumy, en la bahía Barden, donde confiábamos en conseguir una casa indígena, trineos, kayaks y varias herramientas y utensilios para la exposición universal de Columbia. Nuestros exploradores solo hallaron tres casas en el asentamiento y los habitantes se reducían a un grupo solitario de seis adultos y cinco niños, además de cinco perros. Poseían gran cantidad de pieles de foca y colmillos de narval y los adquirimos casi todos a cambio de cuchillos, sierras y otras herramientas. La mayor demanda era de madera de cualquier tipo para la fabricación de trineos, kayaks, lanzas y mangos de arpones y muy poco les importaron nuestras ropas, incluso los artículos más vistosos. Esta mañana nos detuvimos en la isla Herbert, donde esperábamos visitar un cementerio local, pero no hallamos las tumbas.

26 de julio, domingo. Peary se va encontrando mejor. Pasa unas noches bastante buenas y se siente más fuerte cada día; ahora le molesta más la espalda que la pierna. Ayer por la mañana, a las tres en punto, se le despertó para comunicarle que el hielo nos impedía llegar al cabo Acland y que nos estábamos aproximando a la bahía McCormick sin que pudiéramos adentrarnos más en el fiordo; visto lo cual, decidió que nos asentáramos en la bahía. Ahora el problema era elegir qué lado de la bahía sería más adecuado como hogar. A las 9 a.m., junto a varios miembros de la expedición, remamos hasta la costa sureste y caminamos unos cinco kilómetros, buscando el mejor lugar y elegimos el cerro que nos pareció más apropiado.

Regresamos al Kite hacia mediodía. Tras la comida, el profesor Heilprin, el doctor Cook, Astrup y otros tres hombres se acercaron a la otra orilla, y por la tarde volvieron para informar de que el lugar era de una perfecta desolación y nada apropiado para acampar. Después de cenar regresamos a la costa sudeste para ver si podíamos mejorar la ubicación elegida por la mañana, pero tras rastrear kilómetros y kilómetros a nuestro alrededor, volvimos al mismo lugar. No se puede decir que sea un sitio atractivo, pero también mentiríamos al describirlo como falto de encanto. Con una gran variedad de colores, las flores brotaban abundantemente por todos lados espolvoreadas sobre una umbría alfombra verde que dibujaba un tapiz de sorprendente belleza. Ascendían a nuestra espalda acantilados de piedra arenisca, de hasta cinco o seis metros de altura, en los que las fuerzas volcánicas han construido largos muros de basalto y sobre las cimas se dejaba ver la eterna capa de hielo. Tan solo en algunos puntos de la base de los cerros las aguas estaban algo congeladas, extendiéndose así a lo largo de ocho kilómetros o más hasta la orilla opuesta, y quizás hasta tres veces esa distancia hacia el este. Un gran número de ociosos icebergs hacían guardia entre nosotros y las aguas abiertas del horizonte, al oeste, donde los farallones moteados de hielo de las islas Northumberland y Hakluyt se desvanecían en el aire.

Por la mañana los miembros de la expedición se internaron en tierra con piquetas y palas. Ahora están cavando los cimientos de nuestra cabaña junto al mar. Han plantado una tienda para nuestro lisiado comandante y desde allí puede supervisar las obras. Los hombres trabajan en ropa interior o en pantalones con el suficiente calor como para estar en la cubierta del barco sin chaqueta, incluso cuando no se hace ejercicio. Si estuviéramos en casa, pensaríamos que hace mucho frío. Hemos bajado estufas de aceite con intención de calentar la tienda, de ser necesario.

29 de julio, miércoles. Los últimos tres días he estado muy ocupada con la mudanza y atendiendo a Peary. El lunes, después de comer, los muchachos terminaron de cavar los cimientos y se subió a Peary a cubierta donde cuatro hombres lo transportaron del Kite a un bote. Atravesaron la bahía, le llevaron hasta la tienda, junto al lugar donde se construía la casa, y le acomodaron en un colchón duro. Ahora está lo bastante cerca como para supervisar los trabajos y todo evoluciona favorablemente.

Esta noche ha sido extraña. Los muchachos dormían a bordo del Kite, dejándome sola del todo con mi imposibilitado marido. Olvidé

bajar el rifle y no pude dejar de pensar qué habría sido de mí si un visitante indeseado, uno con forma de oso, por ejemplo, se hubiera asomado a la tienda. Mientras imaginaba toda suerte de cosas, escuché unos gruñidos y bufidos de lo más extraños que venían de la playa y al asomarme vi una manada de belugas jugando en el agua. Parecían jugar al pilla pilla, buscándose unas a otras, buceando y salpicando como niños. Me sorprendió la facilidad con que ejecutaban sus ejercicios, deslizándose, en ocasiones casi llegando a la playa. La noche transcurrió sin incidentes, pero he decidido que Matt duerma cerca la próxima vez. En caso de una tormenta de viento, yo sola no podría amarrar la tienda y alguien debería encontrarse cerca para auxiliarme. Sentí nostalgia del hogar cuando los que están a punto de regresar a casa vinieron a despedirse, pero un año pasa a toda velocidad y también nosotros volveremos.

30 de julio, jueves. De madrugada se pidió a los que iban a quedarse que abandonaran el barco, pues el Kite pondría proa en dirección al hogar. Al no estar acostumbrada a las tareas de enfermera y ama de llaves, me encontraba muy cansada, a lo que hay que añadir que apenas había dormido y no me enteré de los hurras de despedida entre los expedicionarios y la tripulación. Apenas cinco minutos después escuchábamos el sonido de la campana y los silbidos de los marineros.

Tres o cuatro horas más tarde nos azotó una tormenta de viento y lluvia. Los muchachos continuaron trabajando mientras pudieron confiando en terminar el techo, pero la furia de la tormenta hacía imposible transportar y apoyar las vigas, con lo que se vieron en la tesitura de resguardarse bajo el poco techo construido. A la hora de comer se acumularon dentro de nuestra tienda, sentados en cajas y cubos, y sosteniendo las sartenes en el regazo. Las llenamos con alubias, maíz, tomates y ternera, mientras la lluvia golpeaba la tienda y el viento la agitaba de un lado a otro. Cada poco, una de las cuerdas de amarre saltaba con un ruido como el de una explosión. Uno de los muchachos se veía obligado a dejar su comida en el suelo y salir en plena tormenta para repararlo. Terminado el almuerzo, los muchachos regresaron a la casa, donde disponían de algo más de espacio.

Nunca olvidaré la desdichada noche que siguió a la partida del Kite. La niebla que bajaba de los acantilados partió la parte trasera de la tienda, arrastrándola, de modo que una mitad voló mientras la otra parte se nos vino encima. Entró el agua con tal fuerza que al

poco había provocado una corriente de varios centímetros de profundidad que ocupaba casi todo el espacio del suelo. Durante toda la noche me aupé a una de las viejas cajas, creyendo que en cualquier momento la tienda echaría a volar y el hombre discapacitado que yacía junto a mí quedaría así expuesto a la furia de la tormenta. Lo único que nos reconfortaba, lo único a lo que estábamos agradecidos, era que durante la noche disponíamos de luz del día; en otras palabras, había tanta luz a las dos de la madrugada como hubo a las dos de la tarde. Cuando llegó la hora del desayuno, encendí la estufa de aceite que rescaté del agua en la que vagaba a la deriva y preparé café. Junto al café, desayunamos galletas y carne de ternera.

Y así continuó todo hasta la tarde, cuando la tormenta terminó por amainar y los muchachos retomaron el trabajo construyendo el techo. Todavía había agua en la tienda. Para moverme sin caer en el barro coloqué maderos y así conseguí ponerme manos a la obra para preparar un almuerzo en condiciones.

El sábado por la mañana a nuestra habitación ya le habían colocado el techo, la estufa estaba en un sitio temporal, pero en condiciones de uso; la chimenea asomaba a través de una ventana y ya podíamos hacer fuego con los trozos de madera que rescatamos de la inundación. Enseguida la casa estuvo seca, o al menos no parecía inundada comparada con el interior de la tienda, y se trasladó a Peary a una cama hecha con cajas de provisiones, cubierta con mantas. Aunque no teníamos puertas ni ventanas, sentíamos que ya podía llover tanto como quisiera, que nada nos iba a impedir terminar la casa ni conseguir comida.

Poco a poco la casa comenzó a parecer rematada: colocaron el revestimiento interior, así como las puertas y ventanas. No padecimos más tormentas, pero sí la lluvia durante una semana. El 8 de agosto escampó y, dado que era el cumpleaños de Matt, Peary pidió a los muchachos que salieran a cazar un ciervo, pues una de las reglas de la casa era que en su cumpleaños cada uno escogería la cena para celebrarlo, dentro de las posibilidades de nuestras reservas. Antes de partir, Matt eligió el menú, que yo debía preparar mientras estaban fuera los cazadores. Cocinamos pudding de ciruelas, tal y como habíamos aprendido en la cocina del Kite. Tras la partida de todos, Peary me sorprendió diciendo que tenía intenciones de levantarse y venir a la habitación donde preparaba la cena. Faltaba un día para que el médico le quitara la escayola que le inmovilizaba y le pusiera una férula, y era la primera vez que se veía con fuerzas como para moverse desde el 11 de julio. Intenté

persuadirle para que permaneciera acostado un día más, pero cuando vi que estaba decidido, le vendé la pierna y le ayudé a vestirse. Luego traje las muletas que fabricó el doctor Cook y con su ayuda se dirigió a la otra habitación. Desde allí, a través de la puerta abierta, podía ver las olas batiendo contra la playa mientras yo preparaba el festín. La carta que había preparado Matt consistía en:

Sopa de tortuga.
Guiso de alca con guisantes.
Pechugas de pato asadas.
Alubias al estilo Boston, maíz y tomates.
Tarta de albaricoque, pudding de ciruela con salsa al brandy.
Melocotón.
Café.

Con la sopa serví un cóctel, idea de Peary, y en adelante fue bautizado entre nosotros como *Cóctel de la casa Redcliffe*; con el asado, dos botellas de *Liebfrauenmilch* y con el resto de la cena, *Sauterne*. A eso de las cinco escuchamos los gritos de los muchachos y al salir los vi bajando de los acantilados con cargas voluminosas. Corrí a comentárselo a Peary que inmediatamente dijo: «Traen un ciervo. Tengo que salir». Cojeó hasta una de las esquinas del exterior de la casa, desde donde, viendo a los cazadores regresar, ordenó que le trajera la máquina de fotos. Antes de que los muchachos se recuperaran de la sorpresa de ver a Peary, a quien habían dejado acostado, sobre tres piernas, la avanzadilla ya había sido inmortalizada. Los muchachos estaban felices por el éxito y traían un hambre digna del festín que estaba casi listo. A las seis nos sentamos a la mesa de madera sin pulir, fabricada con los restos que habían sobrado de la construcción de la casa y lo bastante grande como para acomodar a siete personas. Las cajas sustituyeron a las sillas que no habíamos tenido tiempo de construir. Puede que nuestros platos fueran de estaño, pero jamás se sentó a cenar una pandilla más alegre.

Cinco días más tarde, el 12 de agosto, Peary envió a los muchachos, excepto a Matt, en uno de los botes a buscar las islas Herbert y Northumberland con intención de encontrar un asentamiento esquimal y, a ser posible, tentar a una familia a que se trasladara cerca de la casa de Redcliffe. El cabeza de familia podría así mostrarnos los mejores territorios para la caza y asesorarnos en la supervivencia, mientras la mujer nos ayudaría a fabricar y

conservar botas de piel. También se les pidió que llegaran hasta los lugares donde anidaban los colimbos y trajeran tantos como pudieran.

Mientras estuvieron fuera, Matt trabajó en un muro de contención y Peary estuvo ocupado, lo mejor que pudo, haciendo fotografías y prensando flores y especies vegetales que yo había recolectado. Incluso se adentró un poco en los acantilados, pero era una tarea durísima pues el suelo estaba tan blando que a veces las muletas se hundían más de medio metro. El tiempo se mantenía brillante y sereno, y yo ni siquiera precisaba de una linterna cuando me adentraba en las colinas.

Los muchachos regresaron al cabo de una semana trayendo consigo a un hombre del lugar llamado Ikwa, a su mujer, Mané, y dos hijas pequeñas: Anadore, de dos años y seis meses y un bebé de seis meses al que llamábamos Noyah, abreviatura de Nowyahrtlik.

Resultaron ser unos esquimales muy extraños, los más sucios que se puedan encontrar. Envueltos del todo en pieles, me recordaban más a los monos que a los seres humanos. Ikwa, el hombre, tenía una altura de un metro y sesenta centímetros, gordito, con una cara suave y enorme en la que casi desaparecían dos ojos negros minúsculos, una nariz plana y una boca ancha. El grueso pelo negro caía enredado sobre la cara, oreja y cuello, hasta los hombros, sin intención de intentar peinárselo ni nada parecido. Se tapaba con pieles de pájaros, conocidas entre ellos como *ahte*, con las plumas hacia el interior. El atuendo se remataba con un abrigo de pieles de foca, a las que llamaban *netcheh*. Este atuendo se diseñaba para que se ajustara al cuerpo, estrechándose en las caderas. Cosían una capucha al cuello, una capucha que siempre se subían en cuanto salían al exterior. Los pantalones eran también de piel de foca, conocidos como *nanookies*, hasta por debajo de las rodillas, donde se topaban con las botas, a las que llamaban *kamiks*. Más tarde supimos que los pantalones de foca eran un atuendo que solo llevaban quienes ostentaban el privilegio de haber cazado un oso. En invierno utilizaban pantalones de piel de perro, que son tan cálidos como los de oso, pero no tan estilizados. En invierno y en verano llevaban calcetines hasta las rodillas de piel de liebre del Ártico.

Al principio pensé que el atuendo de las mujeres era idéntico al de los hombres y me extrañó que me dijeran que no, pero en un par de días ya estaba en condiciones de apreciar las diferencias. Como los hombres, las mujeres vestían el *ahte* y el *netcheh*, pero a diferencia del diseño del atuendo de los hombres, en la espalda se

había cosido una capa extra que daba forma a una bolsa que recorría el dorso a todo lo largo y se estrechaba en las caderas. En la bolsa cargaban a los bebés, con el cuerpo apenas protegido por una camisa, hecha de piel de zorro, que llegaba hasta la cintura. Protegían la cabeza del bebé con una capucha de piel de foca y el cuerpo quedaba bien sujeto a la espalda de la madre, con la cabeza apoyada en los hombros, así podían llevar consigo siempre al bebé, estuviera dormido o despierto, y con apenas ropa, hasta que pudiera caminar, que es cuando le abrigarían con pieles, siguiendo el modelo del padre o de la madre, en función de su sexo. Cuando se trata del benjamín, después de que aprenda a caminar, todavía hará uso del saco cuando esté cansado, al igual que las madres americanas alzan a sus niñitos para acunarles.

Los *nanookies*, los pantalones de las mujeres, eran de piel de zorro y se perdían al dar con las botas de caña larga, *kamiks*, de piel de foca, y los calcetines de piel de reno, *allahsy*. En conjunto, la familia nos pareció tan rara como nosotros a ellos. Jamás habían visto una tela y eran incapaces de comprender la textura, insistiendo en preguntar de qué piel de animal americano se trataba.

Trajeron consigo al perro, el trineo, una tienda, el kayak, sus utensilios y el menaje de hogar que se reducía a dos o tres pieles de ciervo sobre las que dormían; una estufa de cerámica, de la forma de nuestros recogedores, para quemar grasa de foca utilizando musgo seco a modo de mecha y un plato del mismo material que colgaban sobre la estufa y en el que fundían hielo para obtener agua para beber, a la vez que donde calentaban la carne de foca y morsa. Y digo calentaban pues el frío se encargaba de cocinarla, de encurtirla, en cuanto sacaban a los animales del agua.

Con la tienda en pie y todas las cosas en su sitio, la casa estuvo lista para ser habitada. Al resultar casi imposible encontrar madera, nos servimos de dientes de narval para elevar la tienda, que estaba hecha con pieles de foca curtidas y cosidas con tendones del mismo cetáceo. Esta gente sentía mucha curiosidad por la mujer blanca que estaba en el iglú americano y cuando Peary y yo salimos nos miraron de arriba abajo. Entonces Ikwa preguntó: «¿Soonah koonah?» Por supuesto que desconocíamos a qué se refería, pero se hizo entender y supimos que le intrigaba averiguar quién de los dos era la mujer. Estuvo encantado conmigo, después de regalarle una navaja, con lo que me gané su favor. Su esposa, Mané, se ruborizó cuando le regalamos algunas agujas; mientras que Anadore, la mayor de las hijas, se entretuvo gesticulando frente al espejo que le

regalamos. Por primera vez veían su propia imagen, lo que divertía tanto a padres como a hijas. Preguntaron muchas cosas, pero como no nos podíamos entender la conversación resultó más entretenida que didáctica.

Más tarde, los muchachos zarparon en el bote ballenero, mientras Peary, Gibson, Verhoeff, Matt y yo, con nuestro nuevo amigo Ikwa, bajábamos al cabo Cleveland, a cuatro kilómetros de Redcliffe, donde los muchachos habían preparado un depósito con la carne de una ballena cazada en el fiordo Murchinson. Nos llamó la atención cómo Ikwa cortaba al gigantesco animal, de más de setecientos kilos, con un cuchillo de apenas quince centímetros. Sabía con precisión donde quedaban las articulaciones y no astilló un solo hueso, cortando al animal en pedazos como si para un solo hombre fuera fácil hacerlo y como si no tuviera esqueleto. Una vez terminada la tarea subimos los trozos al bote para llevarlos a Redcliffe. Aquí, en el cabo Cleveland, la hierba era muy verde y en algunas partes alcanzaba más de sesenta centímetros. Recogimos muchas flores, entre ellas la amapola amarilla del Ártico y cazamos patos eider, gaviotas y mérgulos. Peary cojeó por toda la playa con sus muletas, rodeó el cabo y disfrutó de su primer paisaje en el fiordo Whale y el golfo Inglefield. Nada más volver a Redcliffe colgamos la carne en la trasera de la casa, para utilizarla como comida para los perros durante el invierno. Era demasiado fuerte para nuestro gusto y decidimos reservarla no fuera a ser que fracasáramos a la hora de cazar ciervos.

Pocos días después, por la mañana temprano, Ikwa entró en la casa, excitado, gritando: «¡Awick! ¡Awick!» Que ya sabíamos que quería decir «morsa». Los muchachos se dejaron caer de la cama y en breve estuvieron en los botes con Ikwa, remando en la dirección en que resoplaban las morsas. Al poco regresaron remolcando una enorme hembra y su hijo. Habían sacrificado a la madre, pero el hijo, una bola de grasa de algo más de un metro de largo, estaba vivo, y demasiado, como supimos más adelante. Peary quería fotografiarlo antes de pegarle un tiro y mientras se vestía, lentamente, claro, los muchachos entraron en la casa, dejando al bebé morsa a cien metros de distancia en la playa. De repente escuchamos gritos de auxilio que venían de la orilla. Al asomarme a la ventana vi una estampa muy cómica: el bebé morsa se dirigía muy despacio al agua, mientras que Mané, con su hija a la espalda, estaba sentada en la arena con los tobillos tan hundidos en el suelo como era posible sujetando la correa con que amarramos a la morsa, que no detenía su avance y arrastraba a Mané por la grava y

la arena. Mientras miraba el cuadro, Matt corrió para ayudarla y agarró la correa un poco más adelante de donde lo hacía Mané, le dio dos o tres vueltas alrededor de su muñeca y pensó, evidentemente, que todo lo que tenía que hacer era clavar los talones en la arena y echarse para atrás. Pero enseguida se vio tumbado en la arena y ambos, Matt y Mané, araban el terreno, mientras la arena volaba disparada y ellos imploraban ayuda. La criatura era tan fuerte que, de no haber llegado los otros muchachos, habría arrastrado a Matt y a Mané hasta el agua. Siempre he lamentado no haber dispuesto de una cámara de fotos en ese momento.

Estábamos a finales de agosto y los preparativos, de cara a la primavera, progresaban bien, incluida la patrulla que se envió para instalar un depósito avanzado en el hielo interior para la travesía en trineo por el gran desierto blanco a través del norte de Groenlandia. Se decidió que Astrup, Gibson y Verhoeff emprenderían el viaje, mientras que el doctor Cook y Matt permanecerían con nosotros en Redcliffe.

El 3 de septiembre, con todos los preparativos listos para la expedición, todos, excepto Matt y Mané con sus hijos, navegamos hasta el fondo de la bahía McCormick, desde donde los muchachos treparían por los acantilados para afrontar el hielo. Remamos los veinticinco kilómetros que nos separaban del lugar, dado que no soplaba la más ligera brisa.

Era tarde y rodeamos un espigón natural para poder ver el verde valle estirándose desde el borde del agua hasta los gigantescos y oscuros acantilados y desde allí hasta la frontera del hielo interior. Mientras observaba, percibí objetos moviéndose en una de las colinas, animales que, al verlos por el catalejo, me parecieron del tamaño de las vacas. Enseguida supimos que se trataba de renos y su aspecto enorme se debía a un espejismo. Astrup bajó a tierra con un Winchester en un sitio desde el que podría rodear a la manada y pillarlos despistados mientras pastaban. Confiábamos en que no le verían y que se embolsaría más de uno. Tras desembarcar Astrup, avanzamos hasta hallarnos en la otra orilla del valle. Amarramos el bote y decidimos acampar.

Peary me sugirió caminar por las rocas y por el valle para entrar en calor, pues me había enfriado tras tanto tiempo sentada en el bote sin hacer ejercicio. Así pues, en cuanto le vi a él a salvo me puse en marcha allí donde teníamos intención de acampar. Subiendo a una colina, justo detrás del lugar de acampada, pude ver la manada de renos y escuchar cómo percutía el rifle de Astrup. Al

momento se dispersaron en todas direcciones. Aunque Astrup disparó una vez tras otra, ninguno cayó. Sin embargo, uno de los animales corrió un poco, trastabilló y se desplomó, yaciendo quieto durante un momento, luego se levantó, corrió unos metros y se tumbó de nuevo. Dado que no se movía, creí que alguna de las balas de Astrup había hecho diana. Olvidando lo engañosas que son las distancias cuando el aire es puro y limpio comencé a correr hacia la criatura que me pareció que estaba a menos de un kilómetro y medio. Al echar la vista atrás vi a Ikwa y al doctor Cook que venían hacia mí y les esperé. Cuando me alcanzaron, el doctor dijo que iban a echar una mano a Astrup para traer la pieza. Les pedí que prestaran atención a la pequeña mancha blanca en la hierba y les dije que se trataba de un ciervo.

Dado que no podíamos ver a Astrup, decidimos vigilar al animal. El doctor Cook cargó su rifle con doce cartuchos, Ikwa tenía una carabina cargada y disponía de munición y yo llevaba mi canana y un revolver, un Colt de calibre 38. Tras la caminata, o el trote, para ser exactos, llegamos a un arroyo que bajaba a lo largo del valle y que atravesamos para llegar donde queríamos. Por suerte, el doctor calzaba sus botas de caucho de caña alta, pues pronto descubrimos que la única manera de llegar al otro lado era vadear la corriente. Lo intentamos por varios lugares, hasta que el doctor encontró el adecuado; cargó primero con las armas y municiones y regresó para llevarme a cuestas. Luego continuamos en dirección a la mancha blanca que no se había movido en todo ese rato. Después de caminar cerca de una hora, estábamos lo bastante próximos como para ver que, tras el postrado ciervo, se erguía una pequeña criatura blanca y negra, un cervatillo. No sé si nos vio y le suspiró algo a su madre, pero en cuanto lo espantamos, la madre alzó la cabeza, nos miró y tras levantarse despacio, comenzó a caminar sin prisa. Nos apresuramos tras ella y echó a correr. Cien metros más adelante el doctor Cook descargó su rifle varias veces, pero solo la hirió en la pierna trasera, algo que no parecía detenerla. En varias ocasiones estuvimos lo bastante cerca como para dispararle sin problemas, pero estábamos tan excitados, eso que los cazadores conocen como *la fiebre del dólar*, que errábamos los disparos. Para añadir más dificultades, la cierva se dirigió hacia un lago y, en el esfuerzo por detenerla antes de que alcanzara las aguas, el doctor Cook disparó hasta vaciar el cargador. Tan solo nos quedaba la esperanza de que el animal herido decidiera volver a la orilla entre las rocas, al alcance de las pistolas y cerca de donde le aguardábamos. Era evidente que estaba demasiado débil para nadar y resultaba

conmovedor ver al cervatillo animando a su madre en el agua. Una o dos veces intentó subirse al hielo, pero este era demasiado delgado y se rompió bajo su peso. Estábamos hambrientos y nos disgustaba la idea de regresar con las manos vacías. Finalmente, mientras hablábamos de volver, vimos a Astrup a lo lejos y le llamamos para que se uniera a la partida. Cuando nos alcanzó dijo que no había tenido suerte. Apenas le quedaba munición. Astrup nos urgió a regresar, pues él también estaba cansado. Pero nos resistíamos a dejar a la cierva herida, especialmente al pensar que era solo cuestión de tiempo capturarla, pues no podía ir muy lejos. Poco a poco, se acercó al hielo donde estábamos, reclinándose como para recoger fuerzas cuando, de repente, el doctor saltó al agua helada y antes de que el animal se diera cuenta de cuáles eran sus intenciones, le había agarrado y le empujaba hacia la orilla. El pequeño abandonó a su madre y corrió tan rápido como pudo, sobre las rocas, hasta desaparecer tras las colinas.

El doctor tuvo algún problema para arrastrar al animal fuera de un hielo que no cesaba de romperse. Permaneció todo ese tiempo de rodillas, sumergido en el agua, y no tardó mucho en pedir el relevo. Sus pies y rodillas estaban tan entumecidas que no se podía sostener erguido. Como Astrup calzaba zapatos, no se atrevía a auxiliarle, así pues, me tocó a mí auxiliarle. Mis botas engrasadas me salvaron del agua durante unos breves segundos. Luego no fui capaz de dragar a la pobre criatura, y aunque no era difícil sujetarla, pues no ofrecía resistencia, no podía arrastrarla. Cuando el doctor consiguió que le volviera la sangre a las piernas, se acercó a mí y entre los dos sacamos al animal. Se me pidió, entonces, que lo sacrificara con el revólver, pero no me vi con fuerzas. Astrup se hizo con el arma y libró a la cierva del sufrimiento. Colocamos el cuerpo en un peñasco grande y plano, lo cubrimos de piedras y lo abandonamos. El doctor Cook y yo estábamos congelados y corrimos hacia el campamento. Nos aproximábamos a la medianoche y yo llevaba fuera del campamento desde las seis en punto. Era difícil saber la hora pues el sol brillaba con la misma intensidad que a mediodía. Llegamos al río, donde el pobre doctor tuvo que hacer tres viajes vadeándolo: el primero para acarrear las armas, el segundo para cargar conmigo y el tercero para ayudar a Astrup. Dado que Astrup pesaba ochenta kilos, y el agua corría veloz, el avance era necesariamente lento. El doctor tenía que sentir seguras las pisadas sobre los cantos del fondo y apenas se atrevía a levantar los pies. Por fin nos encontramos a salvo e Ikwa, que se había desprendido de las botas y los calcetines para vadear el río, yacía de espaldas, sobre el

musgo, partiéndose de risa al ver cómo el doctor cargaba con Astrup. Una vez que atravesamos el río, redoblamos la velocidad y llegamos pronto al campamento, donde encontramos a Peary, acompañado por Gibson y Verhoeff, esperándome con ansias.

Los muchachos pasaron los siguientes dos días empaquetando provisiones y equipo que acarreaban más allá de las cimas de los acantilados, hasta la linde del hielo, mientras yo permanecía en el campamento cocinando e Ikwa se dedicaba a cazar. El cuarto día, lunes, 7 de septiembre, tras el desayuno los chicos partieron con la última carga y, a pesar de la nieve, que no había dejado de caer, se mostraron dispuestos a continuar su marcha hacia el interior. El doctor Cook les acompañó, ayudándoles a cargar las provisiones y en cuanto regresó nos pusimos en marcha de vuelta a Redcliffe.

Como habíamos librado al bote de la carga, la tormenta de viento que arreció nos empujaba con facilidad contra las rocas. El mar se mostraba feroz y el viento helado, lo que prolongó la sensación de espera hasta que llegó el doctor, que nos comentó que había dejado a los miembros de la expedición resguardados en los sacos de dormir y que ahora nevaba con furia sobre el campo de hielo. Siete horas más tarde, cuando alcanzamos Redcliffe, nos encontramos con una capa de treinta centímetros de nieve.

Estábamos muy cansados, así pues, Peary decidió esperar uno o dos días antes de emprender otra expedición de caza por el interior de la bahía. Era el 10 de septiembre, jueves por la mañana, cuando echamos el candado a las puertas y dejamos una nota que indicaba: «Hemos ido de caza al valle Tooktoo, durante dos o tres días. Por favor, dejen sus mensajes». Luego nos dirigimos hacia el este.

Para aprovechar la brisa navegábamos en zigzag por la bahía. A mitad de camino decidimos preparar algo de comer. En cuanto la quilla del bote tocó arena, Ikwa saltó con intención de guiarnos, pero apenas había pisado tierra cuando soltó un grito de sorpresa y señaló huellas en la arena. Todos nos sobresaltamos. Eran las pisadas de dos personas dirigiéndose a Redcliffe. Qué sensación tan especial es encontrar signos de vida humana en un lugar donde crees que tus colegas y tú sois los únicos humanos por los alrededores. Tras examinarlas con cuidado, Ikwa consideró que eran de Gibson y Verhoeff. Peary se preocupó, pues suponía que algo malo le había pasado a uno de ellos y que los otros le llevaban de regreso a Redcliffe. Al rato encontramos las pisadas de los tres muchachos y supimos que, efectivamente, volvían a la casa en Redcliffe. Sabiendo que se reconfortarían al llegar allí, donde les esperaban ciertas comodidades, Peary decidió seguir con nuestra

partida de caza. Durante esos tres días, en un valle maravilloso, Ikwa y Matt batieron nueve ciervos. Hasta yo fui a cazar un par de veces sin éxito. Si bien la mayor parte del tiempo lo empleé en hacer fotografías de los glaciares y custodiar el campamento. La arena era demasiado profunda y las colinas demasiado escarpadas para la pierna de Peary, por lo que agradeció tener compañía.

El lunes cargamos el bote con los trofeos de caza y navegamos de regreso al hogar.

Astrup nos contó que la tormenta no había amainado en todo el tiempo que estuvieron fuera y que la nieve era demasiado profunda como para permitir caminar más de unos cientos de metros al día; nos contó que a Verhoeff se le congeló toda la cara y que decidieron volver a Redcliffe para consultar con Peary. Tras llegar a Redcliffe, organizamos una pequeña fiesta y una expedición en bote de regreso a la boca de la bahía para traer el equipo y las provisiones que habíamos dejado allí. Pretendíamos situarlas en un lugar más accesible. Gibson y Verhoeff salieron a cazar ciervos mientras Astrup exploraba los acantilados y los glaciares con el fin de encontrar la ruta más fácil para los perros y los trineos. Regresaron cuatro días después y de inmediato comenzamos a programar la logística necesaria para una expedición de dos personas, en lugar de las tres que habíamos considerado necesarias hasta hoy. Tres días más tarde, el 22 de septiembre, Astrup y Gibson partieron hacia el campo de hielo del interior.

23 de septiembre, miércoles. A las 9:30 de la mañana, Peary, Matt, el doctor Cook, Ikwa y yo subimos al bote bautizado como *Mary Peary* para un viaje por el golfo Inglefield. No había una pizca de brisa y los muchachos tuvieron que remar desde el primer momento. Antes de haber recorrido dos kilómetros, varias gaviotas hiperbóreas volaron sobre nuestras cabezas. Después encontramos una bandada de eiders, pero no disparamos un solo tiro. En cuanto dejamos atrás el cabo Cleveland vimos varias morsas en el medio de la bahía y nos dirigimos hacia ellas. Disparamos varias veces y herimos algunos animales. Pero, como dijo Ikwa, seguro que encontraríamos *amissuar*(muchos) *awick* en el golfo, con lo que no esperamos a que los animales heridos regresaran a la superficie para darles caza. Descansamos durante dos horas antes de continuar nuestra expedición. Más tarde, una gruesa capa de hielo nos detuvo. Estaba creciendo a un ritmo que casi se podía observar cómo aumentaba de tamaño. Lo único que sabíamos seguro era que no podíamos continuar el viaje en bote, así pues, Peary decidió

organizar una caza de morsas para conseguir marfil. Podíamos ver morsas por todas partes y nos dirigimos hacia un témpano sobre el que dormían quince criaturas. Peary agarró su cámara y se ensimismó tanto a la hora de disparar la fotografía que se olvidó de dar la orden de detenerse, pero el bote estaba tan cerca del hielo que antes de que nadie pudiera hacer nada arremetió contra él y levantó la proa hasta que apuntó al cielo. Las morsas saltaron al agua y cargaron contra el bote durante el tiempo que tardamos en hacerle volver al agua provocando que Matt se cayera de espaldas; luego escuchamos un chillido, que emitía un animal al que Ikwa había clavado un arpón y la morsa nos arrastró, haciendo que el bote, con nosotros dentro, se deslizara por el agua. Y así aguantamos veinte minutos, tiempo en el que los muchachos mantuvieron un tira y afloja con la morsa, mientras sus compañeras nos asediaban. Había no menos de doscientas a nuestro alrededor y parecía imposible evitar un ataque. Pero conseguimos mantenerlas a una distancia prudente abriendo fuego.

No puedo describir los sentimientos que tuve mientras nos rodeaban los monstruos, con sus grandes colmillos casi tocando el bote y las balas silbando en los oídos. Cada vez que recibían una descarga, toda la manada saltaba fuera del agua para hundirse a continuación, dejándonos con la duda sobre su posible y amenazador retorno. Si se les ocurriera aparecer por debajo del bote y empujarnos, seríamos nosotros los que caeríamos al agua. Era una experiencia excitante, sobre todo cuando las bestias subían y bajaban en grupos, de forma que manteníamos una batalla contra unas cien de ellas mientras las demás buceaban alrededor.

Evidentemente, Ikwa nunca había visto tantos *awick* juntos y comenzó a tener miedo. Comenzó a golpear los laterales del bote con su arpón y gritó tan alto como era capaz con Matt haciéndole coro. Cuando conseguimos salir del lío, teníamos cuatro cabezas de morsa en nuestro poder y habríamos conseguido alguna más, pero los cuerpos muertos se hundían antes de que pudiéramos atraparlos. Como no pudimos continuar nuestra marcha, acampamos a cinco kilómetros al sudeste del cabo Cleveland. Varamos el bote en la arena y con la ayuda de sus mástiles y un par de lonas, improvisamos una cómoda tienda.

24 de septiembre, jueves. Decidimos que el doctor Cook y Matt partirían hacia *Nowdingyah's*, un campamento esquimal que llevábamos tiempo buscando. Salieron pronto, con sus rifles y algo de pemmican. A eso de las diez, los muchachos vinieron

lamentablemente cansados, afirmando que habían caminado sesenta kilómetros para encontrar un campamento con los iglús vacíos. Ikwa dijo que los esquimales estaban *pehter-ang-ito*, lejos, cazando. Los esquimales del norte acostumbran a abandonar sus asentamientos durante largas temporadas, a los que regresan periódicamente.

25 de septiembre, viernes. A las nueve en punto y antes de despedirnos del campamento Ikwa, que llevaba una hora escrutando los alrededores, volvió muy alegre asegurando que había descubierto una foca. Preguntó a Peary si podría subirla al bote, arguyendo que se trataba de la mejor carne para su familia. No podíamos saber por qué esta foca en particular debería ser mejor que las de Redcliffe, pero tenía muchas ganas de hacerse con ella. Se le dio el permiso necesario y partió diciendo que regresaría de inmediato. Media hora más tarde nos llegó el hedor más horrible al que nos habíamos enfrentado, una peste que aumentaba a cada segundo y que nos obligó a investigar. Al otro lado de las rocas, encontramos al esquimal cargando a la espalda una foca inmensa, que parecía llevar dos años enterrada. Grandes churretones de grasa caían del cuerpo a cada paso que daba Ikwa y el olor era insoportable. Peary le dijo que de ningún modo subiría eso al bote y hasta dudamos de si deberíamos desinfectar al hombre antes de que subiera a bordo. Pero este hijo de la naturaleza no lo entendía y se enfadó por tener que abandonar su tesoro. Nos dijo que cuanto más corrupta está la carne de la foca, más deliciosa resulta. Creía que el olor era *pe-uh-di-och-soah*, excelente.

A mediodía sorteamos el cabo Cleveland de regreso al hogar y una hora más tarde estábamos en Redcliffe. La casa se nos antojaba fría después de disfrutar de la luz del sol. Verhoeff, que había quedado al cargo, nos felicitó y enseguida estaban en funcionamiento las estufas de aceite. Cocinamos pan, arroz, alubias, venado y café. A las dos en punto nos sentamos a comer.

29 de septiembre, martes. Nos preparamos para el invierno. Cazamos y colocamos dobles ventanas. El hielo se vuelve más y más duro cada día, hasta el punto de no permitir que los botes se muevan. Peary ya camina sin férula, vendajes ni muletas y hoy he comenzado a poner trampas para zorros en la garganta que queda en la trasera de la casa. El día era amable y estaba disfrutando del paseo cuando me asusté bruscamente. Tras dejar las trampas pensé volver cruzando la montaña y buscar algún ciervo. A mitad de

camino, a unos trescientos metros sobre el nivel del mar, la nieve se deslizaba bajo mis pies desprendiendo arena y piedras hasta que caí, caí y caí intentando detenerme clavando los talones en la nieve y tratando de agarrarme a algún saliente de la roca. Pero nada me hacía parar y sabía que al final del corredor me esperaba un acantilado de unos setenta metros si no conseguía detenerme. Por fin frené, a mitad de cuesta. No sé qué pudo salvarme. Al principio tenía miedo de moverme, no fuera a ser que por culpa de un mal gesto continuara deslizándome. Pero a medida que acopiaba valor, miraba mi entorno y mis manos y rodillas acertaron a clavarse en el suelo. En lugar de subir de nuevo, retomé el camino que rodeaba la montaña.

Peary encendió la estufa grande y comprobó que funcionaba a la perfección. El problema era conservar la llama adecuada. Ikwa, que había estado preparando su trineo, los arneses de los perros, las lanzas, etc., para la caza invernal de focas danzó al ver el resplandor, pues nunca había visto un fuego de tal tamaño y al principio colocaba los dedos en la estufa para comprobar que estaba caliente. Hasta que la encontró demasiado caliente y se quemó.

30 de septiembre, miércoles. Hacia mediodía Matt llegó corriendo y gritando: «¡Vienen los muchachos!». Astrup y Gibson llegaron sin traer otra cosa que no fueran sus botas de nieve. Pasaron una semana en el campo de hielo recorriendo una distancia estimada de cuarenta y cinco kilómetros, y ascendiendo a un pico de mil quinientos metros. Volvieron porque hacía demasiado frío y la nieve era muy profunda. Por otra parte, admitieron que las temperaturas no eran demasiado bajas mientras caminaban, que pensaban que no descenderían de -23°, pero como Gibson había roto el termómetro al tercer día en que la temperatura había sido de -18°, no podían asegurar nada. Los pies de Gibson estaban congelados, pues olvidó engrasar sus *kamiks*. Cree que, con la fuerza moral de una buena expedición, se puede avanzar entre quince y veinte kilómetros al día.

1 de octubre, jueves. Tuvimos buen día. La casa va siendo más acogedora. Peary ronda por aquí de la mañana a la noche cojeando pero sin muletas. Al caer la noche tiene la pierna y el pie hinchados. Pero se despierta con ellos mejor, aunque todavía le falta bastante para curarse. Ikwa fue de expedición al hielo para probar sus fuerzas. Yo di mi paseo habitual por las trampas para zorros y, como es también habitual, no encontré ninguno por los alrededores.

4 de octubre, domingo. El viernes descubrí que una de las trampas había saltado y había muchas huellas alrededor, pero ningún zorro. El sábado caminé quinientos metros con Peary, sin muletas, y colocamos más trampas cerca de las huellas. Ahora el clima es perfecto. Hemos terminado las literas de los muchachos en el salón de la casa, separadas por cortinas. Comenzamos la rutina de invierno con turnos de vigilancia de cuatro horas.

5 de octubre, lunes. El cielo ha estado nublado, pero la temperatura ha sido de −10º. Con todo, no parece frío pues no hay viento. Visité las trampas para zorros y disfruté del panorama desde los cerros: a lo lejos se veían nubes bajas que daban al paisaje un tono gris suave, tras los montes azules que lucían a cada lado de las negras franjas de agua en el mar abierto. La luz teñía de amarillo la isla Northumberland al caer sobre ella, mientras los acantilados de la bahía se mantenían oscuros, en sombra. Los muchachos trajeron a tierra el *Mary Peary* y lo voltearon, sujetándolo con columnas de hielo. Peary tenía intención de utilizarlo como almacén de provisiones en la ruta de regreso a casa, el próximo verano, cubriendo el invento con nieve. Apoyaron el otro bote, el *Faith* contra la fachada, de modo que los perros Terranova, Jack y Frank, también puedan tener su hogar cuando estemos cubiertos de nieve.

6 de octubre, martes. La bahía McCormick está tan helada que permite marchar en trineos sobre el agua. Ikwa ha salido con frecuencia a cazar focas buscando los agujeros que mantienen abiertos para tomar aire y se agazapa allí con cuidado de no hacer ruido. A veces durante horas, aguardando a que aparezca la foca, un animal que en ocasiones sorteará el susodicho agujero. Cuando la foca asoma, Ikwa dispara el arpón en la cabeza del animal a la velocidad del rayo. Hoy Ikwa salió de caza en su trineo con su *mikkie*(perro) a por *pussy* (focas), pero no capturó ninguna.

El día, como ayer, ha sido oscuro y nublado, pero la temperatura se elevó a unos −6º. El viento del este soplaba fresco y Peary ordenó que los muchachos prepararan un trineo para un viaje de exploración por la bahía, mientras yo me ocupaba de poner en orden la habitación y, sobre todo, la cama. Cambiamos las cajas de debajo de la cama al almacén exterior, de modo que ahora puede circular mejor el aire y llevarse el hedor que emanaba de su contenido. No he salido de la casa. A las seis ya es de noche y en un día nublado, como hoy, encendemos las luces a las cinco.

Matt se ha iniciado como cocinero, con lo que puedo dedicar la mayor parte del día a mi propio cuidado. Nuestro primer mantel, de algodón crudo, también ha hecho su debut. Es una gran aportación para una mesa que estaba demasiado desnuda.

7 de octubre, miércoles. Esta mañana, a eso de las diez, salió nuestra primera expedición en trineo a la búsqueda de *tooktoo*, renos.

Astrup, Gibson y Matt tiraban del trineo, mientras que nuestros Terranova, Jack y Frank, junto a Mikkie, jalaban del de Ikwa. Estábamos encantados de ver a los perros trabajar, pero Ikwa decidió que Frank era *peeuk nahmee*, malo, así pues, los muchachos lo pusieron a tirar de su trineo. Al rato comprobaron que prefería tirar hacia atrás en lugar de hacia delante. Consiguieron persuadirle de alguna manera, pero seguía siendo difícil que se volviera a poner en marcha una vez se quedaba quieto.

Tras una travesía de seis kilómetros nuestro esquimal detuvo de repente su trineo y explicó que no deseaba más pieles de ciervo, sino que necesitaba pieles delicadas para sus botas, su kayak, su tienda, etc.; que nos dejaba, pues prefería dedicarse a acechar en los agujeros de las focas y que regresaría por la noche. Después de retratarlo con la Kodak sentado en su silla junto al agujero y después de que nos prestara su perro, continuamos la marcha. Me reuní con Peary en la zona desde la que se conduce el trineo, pero dado que el hielo estaba resbaladizo y los perros corrían veloces, me di cuenta enseguida de lo difícil que era mantenerse erguida y ambos saltamos al interior del trineo, donde nos quedamos la mayor parte del tiempo. Los dos perros tiraban sin dificultad de un peso de doscientos kilos. Los perros van atados al trineo por correas sencillas y se les guía sin riendas, con un látigo y muchos gritos. El perro esquimal desconocía nuestro idioma, Peary desconocía las palabras esquimales y dado que tampoco entendía el lenguaje del látigo, no sabíamos cómo guiar a nuestro equipo. Tuvimos que darnos la vuelta muchas veces y otras tantas correr por lugares donde el hielo se vencía bajo nuestros pies. Constantemente sentíamos la sensación de que nos íbamos a hundir, de ahí que permitiéramos liderar el grupo al otro trineo. Nos detuvimos y les permitimos adelantarse quinientos metros, así llegamos a lo más profundo de la bahía poco después de las seis. Montamos la tienda y dispusimos nuestros sacos de dormir, mientras Peary preparaba el hornillo, derretía hielo para el té y calentaba latas de alubias. A mí me dolía la cabeza hasta la extenuación.

Durante los siguientes días los muchachos salieron de caza sin éxito. Decidimos regresar a Redcliffe. El mercurio descendió a −20º, pero seguía sin sentirse como una temperatura demasiado baja y el frío no me acosaba más allá de unos minutos de vez en cuando. A mediodía del 9, el sol sobre las montañas y los glaciares, y las sombras de los acantilados, hicieron evidente que estábamos a las puertas del invierno ártico. Dos días más tarde contemplamos la primera aurora boreal.

12 de octubre, lunes. De regreso a Redcliffe. Por la tarde, Matt vino muy excitado diciendo que había visto luces moviéndose en la orilla opuesta. Corrimos para comprobarlo pues resulta extraño ser los únicos humanos de los alrededores. pero Ikwa dijo que se trataba de esquimales comiendo y que mañana estarían aquí. Astrup disparó al aire.

13 de octubre, martes. Sobre las tres de la tarde Mané entró en la casa y dijo que venían esquimales en trineos tirados por perros. Salimos y con la ayuda del catalejo vimos a Ikwa junto a otro esquimal y un trineo tirado por tres perros. Resultó que el extraño era el fornido Nowdingyah, del que ya conocíamos su campamento, pues el mes anterior lo visitamos y encontramos desierto. Es más alto que Ikwa y parece despierto e inteligente. Cuando le ofrecimos un trueque entre un cuchillo y uno de sus perros dijo que no, pues el perro que queríamos era el líder de su equipo de tiro, pero que regresaría varias veces para darnos otros tres. Nos íbamos entendiendo mejor con los esquimales gracias al lenguaje de signos.

17 de octubre, sábado. El tiempo sigue siendo amable y se acortan los días. Ikwa, que había salido con nuestro huésped, regresó el jueves diciendo que los nativos que vivían en el poblado de Nowdingyah nos visitarían en breve. También nos comentó que tenía siete cachorros y que por eso estaba encantado de regalarnos tres. Ikwa ha estado almacenando pieles de foca para la tienda y las botas, y afirma que necesita hasta quince para él y su familia. No desperdician nada de la foca, por lo que es el animal de mayor valor para esta gente. A las tres de la tarde descubrimos a los muchachos, que habían ido al valle de los Cinco Glaciares, al otro lado de la bahía y una hora más tarde llegaron entre gritos de júbilo pues cargaban diez pieles de ciervo, un zorro azul y una liebre ártica. Gibson había disparado a dos focas, pero no pudieron hacerse con ellas debido a que el hielo era demasiado delgado como para

acercarse a recoger el botín.

Algo más tarde Ikwa entró y dijo: *Innuits pingersut* (tres esquimales), *kamutee marltud* (dos trineos). Pocos minutos después, Nowdingyah, Arrotochsuah y Kayunah llegaban con dos trineos y cinco perros. Arrotochsuah es un anciano de pelo gris, pero con el aspecto de una mujer. Kayunah es un joven que tartamudea y aunque tiene aspecto de cierto retraso, también tiene la expresión, los ojos y la nariz de un zorro, que es el apodo por el que se le conoce. Solo Nowdingyah tiene pelos en la cara, un pequeño bigote que le da un cierto aire japonés.

18 de octubre, domingo. Peary ha estado negociando todo el día con los esquimales. Ha conseguido tres lanzas para focas, una pértiga para morsas, un *ikkimer* o lámpara de grasa de ballena, una broca, dos perros y un trineo. Los nativos partieron temprano por la tarde con el anciano cansado pues durmió al descubierto en la playa, en el trineo, dado que no había sitio en el iglú de Ikwa, y caminó de acá para allá buena parte de la noche para mantenerse caliente.

19 de octubre, lunes. Astrup y Verhoeff fueron al cabo Cleveland y colocaron un mástil para banderas en caso de que fuera necesario de cara a un posible salvamento. El tiempo sigue siendo bueno. Tenemos luna llena, a pesar de lo cual a las 8 a.m. está muy oscuro. Entre las once y las dos los colores de la tierra, el hielo, la nieve y el cielo son hermosos, sacando los mejores tonos de las delicadas sombras. Hoy el viento del sur sopla fuerte.

21 de octubre, miércoles. Anoche sufrimos la primera tormenta desde la segunda noche en que acampamos aquí, cuando me hallaba en la tienda sola con Peary atado a un camastro. El viento sacudía todo de forma salvaje y los muchachos tenían que salir cada quince minutos para comprobar que nada se había perdido o había volado. El viento sopló hasta las cinco de la madrugada cuando amainó un poco y las nubes cubrían el cielo. Los muchachos han construido una cabaña de hielo para los perros y otra para ellos, donde ponen a prueba los abrigos de piel y los sacos de dormir.

22 de octubre, jueves. Mi marido y yo nos hemos quedado al cuidado de la casa. Los muchachos están de expedición, cazando ciervos, mientras que Ikwa corre tras las liebres con los perros.

Mané ha pasado el día aquí trabajando en un paño de piel de ciervo. Nubes y lluvia y una ligera nieve.

23 de octubre, viernes. Anoche nevó algo y la mañana ha despertado nublada y melancólica. Estuvimos esperando hasta medianoche, cuando dispusimos el despertador a las dos en punto, la hora en que debíamos encender el fuego, una operación que se repetiría a las cuatro y de nuevo a las seis. Mané ha pasado el día con nosotros junto a sus dos criaturas trabajando con las pieles. La mayor de las hijas, Anadore, a sus dos años está en la edad de entrometerse en todo y acabó con nuestra paciencia. No podemos permitir a Mané llevar las pieles a su iglú para coserlas allí, pues se llenarían de parásitos, *koomakshuey*, y alguien debe quedarse con ella para supervisar el trabajo. Apenas hago otra cosa que no sea cocinar y poner las cosas en orden. A las nueve de la noche el termómetro marcaba −12º y la luna brillaba con intensidad.

25 de octubre, domingo. Esta mañana había ocho centímetros de nieve y los acantilados que quedan a la espalda de la casa empiezan a teñirse de blanco. A las 2 p.m. vimos huskies atravesando la bahía. Media hora más tarde estaban aquí Kayunah, su esposa -*koonah*- con tres chavales y Arrotochsuah, su esposa y un crío. La esposa de Arrotochsuah era muy divertida y no dejó de gritar: *Chimo koonah*, es decir, «¡Bienvenida, mujer!», hasta que respondí: *¡Chimo! ¡Chimo!* Y se echó a reír. La otra mujer es más tranquila. Son unos esquimales más limpios que la familia de Ikwa. Por la tarde le di a cada mujer dos agujas, una pastilla de jabón y una caja de cerillas. La mujer de Arrotochsuah me regaló una cuchara que había fabricado a partir de un colmillo de morsa, propiedad de su hijo. A modo de respuesta le di al chaval un espejo y otro parecido a su hermano pequeño. Peary permitirá que todos duerman en el suelo de la habitación de los muchachos. Es divertido escuchar la conversación entre ellos y los huskies. Al principio los muchachos no eran capaces de descifrar si el hombre había comido morsa o la morsa había comido hombre.

26 de octubre, lunes. Hoy el sol asomará por el horizonte por última vez.

28 de octubre, miércoles. Ayer Nowdingyah y su pequeña, una niña de dos años y medio, se pusieron guapas. La niña se vistió con un bonito abrigo de zorro llamado *kapetah* y una caperuza de foca con bordes también de pelo de zorro, pero no estaba tan bonita

como la pequeña de Kayunah. Le regalé otro espejo con el que se divirtieron tanto la niña como su padre. Tras el almuerzo, Peary trajo sus gafas para leer y la esposa de Arrotochsuah dijo que había visto usar unas a un hombre blanco, en Etah, una colonia del norte, y que les había mostrado cómo utilizarlas para prender fuego.

Sentíamos curiosidad por saber qué clase de hombres blancos había visto. Pasamos la tarde haciendo fotografías de los esquimales y recopilando datos etnológicos de Kayunah.

Nuestros huéspedes esquimales partieron esta mañana. A mediodía, los muchachos, con el doctor Cook de líder, salieron hacia el valle de los Cinco Glaciares para cazar renos y descender las piezas que consiguieran hasta la base del muro de hielo, donde las recogería Ikwa para transportarlas en trineo. Los muchachos descenderían después hasta el comienzo de la playa para construir un iglú de piedras, de cara a las expediciones de la próxima primavera. A las tres, Matt regresó a por una caja de galletas que habían olvidado y nos informó que la nariz de Verhoeff sufría severas congelaciones y que el frío había picado las mejillas de Astrup, pues la temperatura era de −23º y soplaba viento del sureste. Ikwa y Mané llegaron por la tarde y nos ayudaron a añadir palabras a nuestro vocabulario esquimal. También nos informaron sobre el asesinato del padre de Ikwa por indígenas tatuados, mientras cazaba osos en la isla Saunders.

31 de octubre, domingo. Ikwa partió esta mañana con el trineo y los perros hacia el iglú de Arrotochsuah donde espera conseguir un lote de heno. A las dos, mientras Peary apartaba la nieve de las paredes de la casa, vimos gracias al catalejo un objeto oscuro sobre el hielo y descubrimos que se trataba de un trineo con dos personas. Pero no parecía que se aproximaran. De hecho, desaparecieron al rato. A las seis llegaron Annowkah, su mujer M'gipsu y un bebé horroroso de dos meses. Venían de Nerki, más allá del hogar de Arrotochsuah, a dos días de viaje. Se les ve más limpios e inteligentes que cualquier otro nativo que hayamos encontrado. Durante la conversación descubrimos que era la familia más septentrional de Groenlandia y, en consecuencia, del mundo.

Peary y yo lo pasamos bien teniendo toda la casa para nosotros. Se encarga de traer la nieve para hacer agua, de traer el carbón, el aceite y hace guardia por la noche, mientras que yo cocino, lavo los platos, barro sin escoba, el único artículo importante que se nos olvidó durante los preparativos, y cuido de Mané y sus dos hijos, mientras ella trabaja con las pieles de reno.

5 de noviembre, jueves. Jack es padre de ocho cachorros negro azabache. Los días apenas duran unas horas, pero la oscuridad no es la de una noche de invierno. La pierna de Peary mejora y ahora se le ve con su auténtica vitalidad. Me alegro de que se termine esta tensión que nos iba consumiendo. Ayer inventó un escritorio, de modo que la habitación ya está preparada para el invierno. Parece muy acogedora. Estuvimos ocupados colocando las mantas y sellando ventanas. Dado que apenas hay luz del día no notaremos mucho la diferencia, pero la habitación conservará mejor el calor. Hasta la fecha no nos podemos quejar, pues el termómetro no ha bajado nunca de -8^{o}.

La casa no es ningún palacio ni se adorna con nada remotamente parecido al lujo. Disponemos de dos habitaciones, la más pequeña reservada para nosotros dos, mientras que la grande, casi el doble, se usa como cuarto de estar, además de dormitorio para los muchachos. Una mesa para comer, unas pocas sillas rudimentarias y literas en la pared: esta es toda la dotación de nuestro hogar. Un forro rojo pegado a las paredes y el techo proporciona algo de calor y nos libra de la desoladora visión de muros alquitranados. La estufa divide las dos habitaciones y provee de calor cuando el aire se enfría.

El revocado de la casa está fabricado con tablas alineadas en el interior y selladas con dos o tres manos de alquitrán por fuera para fijarlas tanto como ha sido posible. En el interior, hemos clavado cartones de unas vigas y postes de veinticinco centímetros de grosor, a los que se adhiere el forro, para conseguir un completo aislamiento. Entre la capa exterior y la interior queda una cámara de aire para ayudar a retener el calor.

Construiremos un muro de piedras alrededor de la casa donde almacenaremos provisiones y colocaremos una lona sobre el techo que caiga hasta él. Con la primera gran nevada todo quedará enyesado de copos, pero por mucho frío que haga, confiamos en estar cómodos en la casa.

7 de noviembre, sábado. Hoy ha sido día de recepciones. Hemos recibido a diecisiete huskies en el campamento y a innumerables perros. A juzgar por los ladridos, no menos de cincuenta.

8 de noviembre, domingo. Por lo general dedicamos los domingos a dormir. Excepto la persona que está de guardia, los

muchachos se despiertan para desayunar y vuelven a dormirse hasta el almuerzo. Lo habitual es comer pemmicam, salsa de arándanos, salmón, galletas calientes, chocolate y fruta. Arrotochsuah, junto a su familia, se han trasladado a un iglú de hielo.

9 de noviembre, lunes. Cumpleaños de mamá. He pensado en ella todo el día y estoy convencida de que ella está pensando en mí. Ni siquiera sé dónde está. En mi imaginación he visto a mi hermana Mayde trabajando en algo misterioso durante la última semana. Debo pensar en otra cosa o caeré en la melancolía. Coloqué un mástil de bambú en la cabecera de la cama y colgué dos banderas de Estados Unidos, una de la National Geographical
Society of Washington y la otra de la Philadelphia Academy of Natural Sciences. Luego, junto a la cabecera de la cama, he colgado las fotos de mis seres queridos.

14 de noviembre, sábado. Apenas ha sucedido nada esta semana.

El jueves Gibson enseñó a Frank cómo transportar bloques de hielo desde el monte a la casa. Ayer el día fue maravilloso y la luna llena da tanta luz como si fuera de día. Hoy caminamos hasta el monte, una distancia de kilómetro y medio según nuestra recién fabricada rueda cuentakilómetros. Ha sido la primera gran marcha para Peary. Durante la noche le molestó la pierna que le había dejado caminar en paz.

15 de noviembre, domingo. Día fantástico. Echo de menos a mi gente. Anoche tuvimos eclipse de luna.

Sobre las nueve, Arrotochsuah llegó desde Netchiolumy, en la bahía Barden, junto a uno de sus hijos y un hombre joven. Enseguida apodamos al primero *Sonrisas* y al otro *Villano*, debido a sus expresiones.

17 de noviembre, martes. Ayer fue un día fabuloso con una hermosa luz de luna. El *Villano* de Netchiolumy ha fabricado un trineo con las mismas tablas con las que el doctor Cook comerció cuando el Kite arribó al poblado en julio.

Esta mañana, Ikwa nos presentó a un nativo muy limpio, de Omanooy, un lugar en la isla Saunder, llamado Kioppadu. Progresamos despacio con la elaboración de telas y ropas. La esposa de Arrotochsuah es demasiado vieja como para preparar las pieles por el viejo método de masticarlas. Matt cocinará a partir de ahora,

hasta el 1 de mayo, bajo mi supervisión. Esto me da más tiempo para mí misma y no me confina dentro de la casa. No era fácil cocinar para seis personas tan hambrientas.

19 de noviembre, jueves. Hemos padecido la primera tormenta de nieve real. El viento soplaba y la nieve se colaba por cada rendija y grieta. Antes de mediodía, vino Kayunah con su familia. Makzangawa, la esposa, masticará pieles para nosotros. Vivirán en el iglú, pues trajeron todas sus pertenencias, que apenas consisten en la estufa de cerámica[8], una piel de reno para dormir, unos pocos conejos, pieles de gaviota para envolver los pies mientras duermen y pieles de foca para aislar la cama del hielo. Cuando todo esté dispuesto, la casa estará amueblada.

21 de noviembre, sábado. Día despejado. Las estrellas centellean y el aire es delicioso, pero una debe hacer ejercicio para mantener el calor. Doy largos y agradables paseos a diario. A partir de ahora, cada sábado toca limpieza general. Hemos tenido que desalojar a los esquimales durante el almuerzo, debido al fuerte olor de sus cuerpos.

22 de noviembre, domingo. Kayunah nos ha dicho que el café y las galletas han enfermado a su familia y dado que se les agotaron las reservas de carne de foca deben regresar a su hogar. Peary les dio permiso para servirse de la morsa almacenada en la trasera de la casa. Ikwa y Kyo partieron hacia el poblado de Igloodahominy, en la bahía Robertson, en busca de zorros.

23 de noviembre, lunes. Cada día es más oscuro que el anterior. A mediodía era imposible leer con luz natural. Verhoeff se acercó a los acantilados para comprobar los termómetros y descubrió que allí hacía menos frío que en Redcliffe. Ikwa y su hermano regresaron a mediodía sin zorros ni ningún otro tipo de caza. Por la tarde disfrutamos de una débil aurora. Estoy un poco decepcionada con las auroras boreales. Creí que serían muy hermosas en esta región, pero parece que estamos demasiado lejos del polo norte magnético.

25 de noviembre, miércoles. Apenas hacemos nada a diario. Peary y los muchachos están ocupados trabajando en los trineos. Por la tarde, Annowkah y M'gipsu volvieron junto a una niña de doce años llamada Tookymingwah que acababa de perder a su

padre, arrastrado bajo el hielo por una furiosa foca barbuda a la que había arponeado. Pronto vendrán su madre y sus dos hermanas.

Peary proclamó el día de Acción de Gracias y he estado ocupada cocinando la cena. Como solo dispongo de tres hornos, he preparado hoy todos los pasteles. Esta tarde fui con Peary a la colina para hacernos con una carga de hielo. Para mí es algo nuevo cortar el hielo de un iceberg y luego derretirlo para beber o para cocinar.

26 de noviembre, jueves. Día de Acción de Gracias, día festivo. Antes del almuerzo bajé al cabo Cleveland con Peary para comprobar que todavía queda un resto de luz en el sur. El cielo se teñía de rosa en el horizonte y la luna apenas asomaba tras la isla Northumberland. La temperatura era de −25º. Cenamos a las 7 p.m. Los muchachos se vistieron de gala y decoramos la habitación con barras y estrellas.

2 de diciembre, miércoles. La única diferencia entre la noche y el día es que durante el día, además de las lámparas fijas, disponemos de una lámpara Rochester encendida. Los huskies, que es como seguimos refiriéndonos a los nativos, la han bautizado como
mickaniny sukinuk: «el sol bebé». Matt la enciende a las ocho de la mañana. Peary ha dispuesto un turno de guardia para que alguien, a no ser que esté enfermo, se ocupe de mantenerla encendida hasta las siete de la tarde. Ha cambiado la duración de las vigilias aumentándolas de cuatro a doce horas, de modo que mientras un hombre permanece despierto todas las noches de la semana, otro lo hace durante el día. Los muchachos lo prefieren así. El nativo que Ikwa trajo de Keati se llama Mahoatchia. Ikwa afirma que hace un intercambio de mujeres con el tuerto cazador de osos, Mekhtoshay de Netchiolumy, cada año. Cabe notar que son los dos únicos hombres de la tribu que disfrutan de este hábito, aunque los otros hombres lo aprueban, pero a las mujeres no les satisface nada un acuerdo social como este.

En nuestras casas se sorprenderían de vernos tan contentos. Todos están ocupados en preparar el equipo y la ropa para el viaje primaveral al interior. Peary me sugiere el tipo de prendas que prefiere y yo experimento nuevos patrones con la franela que, de ser satisfactorios, los usaremos para las prendas de piel. Mientras trabajo, dos mujeres nativas, M'gipsu, la esposa de Annowkah, con el bebé cargado a la espalda, y Tookymingwah, la niña de doce

años, se sientan en el suelo y mascan pieles. Este método tradicional de tratar las pieles de los animales para ser utilizadas como ropa es tan importante para ellos como lo es raspar la grasa de la piel con un cuchillo. Así la ropa se ajusta al cuerpo tanto como es posible permitiéndoles permanecer secos. El proceso se repite varias veces y luego se repasa la piel con una herramienta sin filo para facilitar que se pliegue. Masticar la piel es un trabajo durísimo que solo hacen las mujeres. No pueden masticar más de dos pieles de ciervo al día, por ejemplo, y las mandíbulas tienen que descansar en días alternos.

Kyo, el hermano de Ikwa, y Annowkah vinieron para raspar alguna de las pieles ya masticadas. Kyo es especialmente servidor. Tiene un aspecto cómico con sus *nanookies* de piel de oso y su jersey de lana, regalo de uno de los muchachos. Cada vez que ve a alguien afeitándose o algo de basura en el suelo, se hace con la escoba, que ha fabricado con alas de ganso y se pone a barrer. Peary y los muchachos se dedican a labores de carpintería de la mañana a la noche y cada día nos decimos que la noche ártica no es nada con lo que no podamos acarrear, pero no creo que ninguno pusiera objeciones a volver a ver el sol.

10 de diciembre, jueves. Ha pasado una semana y hemos tenido un par de días desapacibles con tanto viento que no pude darme ni un paseo.

Hemos estado ocupados trabajando en los abrigos de piel. Los patrones han salido bien y Mané y M'gipsu nos ayudan cosiendo. La primera no es muy hábil, pero M'gipsu lo hace fenomenal y rápido. He sugerido a Peary que le ofrezca algún incentivo si se queda y cosa hasta que todas las ropas estén listas. Es la nativa con la que mejor nos entendemos, incluidos Ikwa y Mané, aunque nos hayan acompañado durante diez semanas más que ella. La chica Tookymingwah, a la que llamamos Tooky, es una costurera perfeccionista, pero no es muy rauda. Hace unos pocos días, su madre, Klayuh, a la que conocemos como *la viuda*, llegó con dos hijas pequeñas, la menor de alrededor de cinco años. Le pregunté si solo tenía tres hijos y se arrancó a llorar. Abandonó la casa sin responder. Me volví hacia M'gipsu preguntándola qué significaba y me dijo que no estaba bien que preguntara a Klayuh sobre otros niños. Cuando insistí en saber por qué, me llevó aparte y me susurró que Klayuh acababa de matar a su hijo pequeño de dos años estrangulándolo. Continuó explicando que estaba en su derecho, pues habían asesinado al padre del niño y no podría mantenerlo

porque ningún hombre la tomaría por esposa mientras tuviera un niño tan pequeño que fuera necesario cargar con él. La pregunté si siempre era así y me dijo que sí, que a las mujeres se les obliga a hacerlo.

Peary ha hablado con M'gipsu para que se quede en Redcliffe como costurera, y a ella le ha encantado la idea. Cuando la noticia llegó a Ikwa corrió para preguntar por qué él no era lo bastante bueno para Peary y por qué Mané no podía coser y dijo que si Peary prefería a Annowkah y M'gipsu él destruiría su iglú y regresaría a Keati con la familia. No tardamos en hacerle entender que necesitábamos más de una mujer para arreglar toda la ropa.

He estado muy ocupada los últimos tres días, pues Matt estuvo enfermo con algo así como la gripe y entre mis tareas he tenido que añadir la cocina a la costura. El pobre lo ha pasado mal, pero el doctor dice que se recuperará en uno o dos días.

La casa parece un enorme montículo de nieve. Todo el poblado tiene el aspecto de una serie de colinas de nieve de diversos tamaños. Disponemos de cinco iglús habitados por los nativos, además de un almacén, una casa de hielo para practicar supervivencia y varias casetas para perros, todo construido con bloques de hielo. Ahora mismo nos divertimos gracias a dos nativos del cabo York que están tan sorprendidos con nuestra forma de vivir como un chico de campo recién llegado a la ciudad. Visten ropas nuevas, *kamiks, nanookies, kapetahs*[9] y camisas de piel de ave, y los muchachos los apodan «Los tipos de cabo York». El más joven, Keshu, es el cuñado de Klayuh y le trajo la triste noticia de que su padre está muy enfermo y probablemente no se recupere. No me extrañaría que la viuda volviera a cabo York con ellos.

21 de diciembre, lunes. Hoy es el día más corto. Hasta ahora, el tiempo no se nos ha hecho demasiado largo, pero me temo que antes de que pasen varios días se nos antojará que hemos tenido más que suficiente. Todavía no he hecho nada de cara a celebrar las navidades, pero quiero preparar algo para Peary, aunque sea algo pequeño. En lo que se refiere a los muchachos, creo que una cena excepcional les agradará más que cualquier regalo. M'gipsu ha cosido un par de pantalones de piel de ciervo para uno de ellos y también un abrigo del mismo material. Ahora trabaja en un saco de dormir, que se ceñirá al cuello de quien lo use, con una capucha de pelaje y una capa sobre los hombros.

Se sienta en el suelo de la habitación, un honor poco frecuente y su marido, Annowkah, entra con tanta frecuencia como tarda en

hallar una excusa cualquiera. Suele acariciar la cara contra la de ella y gimen el uno al otro en lugar de besarse. Se podría pensar que lo que hacen es olerse entre sí al practicar ese rito, en el que no perciben la fetidez que emanan dado que están muy acostumbrados a ella.

No me gusta tener nativos en la habitación, a causa de lo sucios que suelen estar y, especialmente, porque conviven con parásitos a los que tengo pánico, algo que divierte a la gente de la expedición. Pero a las mujeres les resulta imposible coser en la otra habitación donde los muchachos trabajan en los trineos y esquís, así pues, las permito quedarse de dos en dos, cuidando que no se arrimen mucho a la cama. Al final de la jornada agarro una escoba pequeña, una escobilla atada al mango de una azada y barro con esmero. Los muchachos han fabricado escobas con alas de patos y gaviotas que no funcionan mal en el suelo desnudo. Pero tengo una alfombra en la habitación y las plumas no sirven de nada sobre ella, así pues, tengo que hacer uso de la escobilla, lo que me lleva el doble de tiempo de lo normal. Después friego el suelo con un corrosivo disuelto para mantener a raya a las plagas. Peary y yo fregamos con alcohol cada noche, antes de acostarnos, para mayor protección contra los horribles *koomakshuey*[10]. Matt se ha repuesto del todo de la gripe y ha retomado las tareas de la cocina.

Tenía razón en lo que se refiere a la viuda: ha acompañado a los tipos al cabo York llevándose con ella a sus tres hijos. Kyo también ha partido, en dirección a su casa en Omanooy. Dice que regresará en diez días con un cargamento de pieles que almacena en su iglú. Peary le ha prestado dos perros y le ha prometido munición a cambio de las pieles. Ya tenemos ganas de ver qué clase de escopeta tiene, una que, dice, heredó de un anciano al que se la había regalado un hombre blanco.

Hemos hecho limpieza general en honor de los próximos días festivos. Los nativos creen que estamos locos gastando agua en limpiar cortinas, maderas y herramientas. Pobrecitos, consideran que el agua solo sirve para beber.

26 de diciembre, sábado. Nada más terminar mis últimas frases en el diario, uno de los muchachos anunció que se había roto el cable del mareómetro. Peary, Verhoeff y Gibson salieron para arreglarlo. Una hora más tarde Verhoeff entró corriendo en la casa gritando: «¡Doctor, doctor, venga al mareómetro tan rápido como pueda!». El doctor, que tenía guardia nocturna y que, por tanto, estaba dormido, saltó de la litera, se vistió a toda prisa, y luego

salió disparado. Yo yacía sufriendo dolor de cabeza, pero como no me había recuperado del shock provocado por el accidente de Peary en la bahía de Melville y al darme cuenta de que su pierna no estaba del todo firme, se me pasó por la cabeza la idea de que algo le había ocurrido. En menos tiempo del que lleva decirlo, me había puesto el abrigo y los *kamiks*, me había envuelto en una estera y bajaba hacia el mareómetro. Mientras corría, podía ver la luz de la linterna alumbrando aquí y allá en la distancia. Estaba muy oscuro a pesar de que apenas comenzaba la tarde. Podían oírse los murmullos de la conversación, aunque no se distinguían las voces. Se veían a las siluetas reunidas y acurrucadas. Estando atenta del todo al grupo no presté atención al sendero, así pues, perdí pie, resbalé y caí sobre una cresta de hielo. Al principio no sabía dónde me había hecho daño, luego descubrí que no podía mover brazos y piernas. Intenté llamar a Peary, pero tampoco pude articular ningún sonido. Perdí la consciencia. Lo siguiente que sé es que estaba tumbada en el mismo lugar, y en la misma postura. El grupo, alejado no más de cincuenta metros, reía y charlaba. Pero yo era incapaz de alzar la voz más allá de un ligero silbido y de ninguna manera articular una palabra lo bastante como para llamar su atención, tan centrada en izar el ancla del mareómetro. Tal y como estaba vestida y con una temperatura de veintisiete grados bajo cero, no me encontraba nada cómoda. Descubrí que me podía mover con gran esfuerzo y poco a poco apoyé las manos, luego las rodillas y así gateé hasta la casa. Como el camino era cuesta arriba y cada movimiento doloroso, tenía que pararme a descansar con frecuencia, hasta que llegué a mi habitación con las fuerzas justas para dejarme caer sobre la cama. El reloj decía que había estado fuera treinta y cinco minutos. Más tarde el médico dictaminó que no tenía heridas serias, solo algunos moratones y cortes, pero ni siquiera ahora estoy del todo recuperada.

Antes de ayer pasamos el día decorando la casa para las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Gibson dispuso una mosquitera roja en el techo. El doctor Cook y Astrup ingeniaron candelabros de alambre que colocaron en las esquinas y las paredes. Colgamos banderas de los Estados Unidos. Facilité a los muchachos cortinas nuevas para las literas. Decoré las fotos de nuestros seres queridos con lazos rojos, blancos y azules y sustituí las cortinas de tela por otras de encaje. Estuvimos ocupados casi todo el día. A las nueve de la tarde, Peary repartió ponche de leche con galletas, caramelos, nueces y uvas. Regaló un libro a cada uno de los muchachos como presente de Navidad. Pasamos la tarde jugando, charlando y a medianoche

Peary y yo nos retiramos a la habitación para abrir algunas cartas, cajas y paquetes que nos habían dado los amigos con la nota: «Abrir el día de Navidad». Me temo que nuestros sentimientos de placer se nublaban con una intensa melancolía que, involuntariamente, nos acompañaba. Era mi primera Navidad fuera de casa y, por primera vez desde que partió el Kite, me daba cuenta de lo lejos que estábamos de los seres queridos.

Jamás olvidaré la amabilidad incondicional de la señora Beyer, la mujer del gobernador de Upernavik, con una perfecta desconocida. A pesar de estar obligada a conseguir todos sus suministros de Dinamarca y tener que solicitarlos con un año de antelación, llenó una caja con parte de su pulcro almacén y productos que no caducan: conservas, bombones, pasteles, servilletas, manteles de papel y una hermosa tarjeta deseándonos «Feliz Navidad». Peary ha tallado dos hermosas horquillas para mí, mientras que yo hice un banderín a partir de una servilleta de seda y un trozo de uno de mis vestidos, para que lo lleve durante su viaje al interior, atravesando el norte de Groenlandia.

Ayer, víspera de Navidad, desayunamos tarde y antes de mediodía todos los habitantes de Redcliffe estaban trabajando. Decidí cenar pronto e invitar a nuestros amigos de la región. Creí que el hecho de que tuvieran que comer con tenedor, cuchillo y cuchara sería tan entretenido para nosotros como para ellos.

Mientras preparaba la cena, la mayoría de los muchachos salieron de paseo para abrir el apetito. Cuando estuvo preparada la mesa, Astrup dispuso una hermosa carta, individualizada, de un esmerado diseño, en cada plato.

A las 4:30 p.m. nos sentamos para celebrar la Navidad. La cena consistió en:

Salmón a la lata.
Pastel de conejo con guisantes.
Venado con salsa de arándanos.
Maíz y tomates.
Pudin de ciruela con salsa de brandy.
Pastel de albaricoque.
Peras.
Caramelos, nueces, uvas.
Café.

Nos levantamos de la mesa a las siete y media, convencidos de

haber protagonizado la mejor cena que jamás se ha comido en el Ártico. Después de que Matt retirara todo, volvimos a poner la mesa y llamamos a los esquimales. Ikwa y su familia se disculparon, pues acababan de regresar de Keati y estaban demasiado cansados como para vestirse de gala. Solo nos acompañaron dos de nuestras costureras, M'gipsu e Inaloo. En lugar de Ikwa y su mujer, invitamos a dos visitantes, Kudlah y Myah. Los conocíamos por sus apodos: Ahngodegipsah era *El villano* debido a sus facciones, pues cuando reía parecía el malo de la película. Su mujer, Inaloo, hablaba tanto que los muchachos la apodaron *La cansada*. A M'gipsu la bautizaron como *La margarita*, pues estaba siempre bien dispuesta. A su marido, Annowkah, le llamábamos *El marido joven*. Kudlah era *El desgracia* y Miah *El hombre blanco*. Pusimos al *Villano* en la cabecera de la mesa y le dijimos que debía organizar la cena, tal y como había visto hacer a Peary. *La margarita* ocupó mi lugar, con la tarea de servir té. *El marido joven* y *La desgracia* se sentaron a un lado, mientras *La cansada* y *El hombre blanco* lo hicieron al otro. Su menú consistía en:

Ponche de leche.
Estofado de venado, pan de maíz.
Galletas, café.
Caramelos, uvas.

El villano y *La margarita* lo hicieron muy bien. Lo más divertido fue ver a Myah, que al fijarse en un buen trozo de carne en el estofado, se estiró sobre la mesa y con el tenedor se empeñó en pincharlo para hacerse con él. *El villano* se lo reprochó, le hizo pasar la bandeja y le sirvió la cantidad que creía que se merecía, reservando para sí la mejor pieza. Charlaron y se divirtieron. Las dos mujeres cenaron sin soltar a los bebés de sus espaldas, sin que la carga las molestara. Por mucho ruido que hubiera, los pequeños no se despertaban.

M'gipsu cuidaba de las tazas y en cuanto una se vaciaba, preguntaba: *¿Etudoo cafee? ¿Nahme? ¿Cafee Peeuk?* «¿Más café» «¿No?» «¿Está bien el café?». A las diez apagamos la luz y les dijimos que era hora de irse a dormir, que debían regresar a sus casas, lo que hicieron de mala gana.

Estuvimos perezosos hoy, y ahora, a las 11 p.m. Peary, el doctor Cook y Matt acaban de volver de revisar las trampas para zorros que colocamos a tres kilómetros. Se retaron en una carrera de regreso y cuando llegaron parecían salir de un chapuzón ya que el

sudor caía a chorro por sus caras. La salida ha envalentonado a Peary que está convencido de que su pierna estará en perfectas condiciones en primavera.

2 de enero de 1892, sábado. Últimamente he sentido pereza a la hora de escribir, pero va siendo hora de volver al papel. Se fue 1891, ¿qué traerá 1892? No quiero saberlo. Mejor aceptar lo que venga y confiar en que sea lo mejor. *El villano* y su mujer partieron a su casa en Netchiolumy. Myah y Kudlah también nos han dejado y, excepto Keshu, *El sonrisas*, y su mujer, todos los demás esquimales se fueron. Solo quedan Ikwa, Annowkah y sus familias, pero no los consideramos huéspedes en Redcliffe.

El sol volverá pronto, seguro, pues a primera hora de la tarde despunta algo de luz y se ven los acantilados al otro lado de Redcliffe. Desde el 29 de diciembre hemos tenido mal tiempo y un montón de nieve. Nos hemos tomado la semana de vacaciones. Casi cada día he salido para vagabundear por la nieve, disfrutando a pesar del viento, que sopla lo bastante fuerte como para ser desagradable.

El 30 envié cartas de invitación para una recepción casera a las 10 p.m. del día 31, entre 1891 y 1892. Era un día ártico y me alegré de que los invitados no tuvieran que venir de lejos. Cociné helado, horneé pastel y preparé todo en un improvisado aparador.

A las nueve en punto me vestí con un traje de seda negro con ribetes amarillos, retocado con un lazo también negro, con corte cuadrado para el cuello y adornos y mangas de encaje. A las diez comenzaron a llegar mis invitados, los miembros de la expedición. Como no tenía sillas, cada invitado traía la suya. La velada fue deliciosa. A medianoche cantamos *Feliz año nuevo*, antes de que se fueran los invitados. El viento rugía y la nieve volaba en una noche oscura como la tinta.

Al día siguiente desayunamos tarde. Dos de los muchachos salieron para echar una carrera sobre la que llevaban apostando días. El tiempo era tan malo que no salí a verles y me quedé sola preparando la cena de año nuevo. Regalamos a los nativos gansos, piernas de reno, café y galletas para que prepararan su propia celebración. Había un buen lote de esquimales nuevos, entre ellos dos hombres de cabo York, casi tan altos como Peary, a quienes apodamos *Los gigantes*. Tienen un montón de colmillos de narval para negociar y están dispuestos a subastarlos.

9 de enero, sábado. La tormenta que comenzó el 29 de

diciembre no ha cesado hasta esta mañana. Parece que clarea. La nieve reciente se acumula a una altura de sesenta centímetros en montículos tan altos como yo.

Afortunadamente, tenemos una buena provisión de hielo a mano, y ningún visitante nativo, pues beben dos veces más agua de la que utilizan para cocinar y lavarse. Los muchachos se mantuvieron ocupados en los trineos y esquís y Peary ha estado poniendo a punto ropa y sacos de dormir. *La Margarita* ha cosido tanto como ha sido capaz. El viento sopla a oleadas y todavía cae nieve, pero la luna ha asomado un poco y confiamos en que la tormenta amaine.

11 de enero, lunes. Al fin ha despejado y se vislumbra un buen crepúsculo a mitad del día. Todos estamos ocupados con labores de carpintería o cosiendo. Competimos por tener los esquís más ligeros y fuertes, excepto Verhoeff, cuyo interés se divide entre el termómetro y el mareómetro. Las palabras del médico a bordo del *Kite* han sido proféticas: la pierna de Peary ya es la que era.

16 de enero, sábado. Hemos disfrutado de una semana de buen tiempo, tranquilo, despejado y frío. Vamos disponiendo de más horas de luz, día a día. Aprovecho para dar largos paseos por la nieve. Puedo caminar horas sin cansarme siguiendo una huella, pero si trato de abrir camino sobre la nieve, caigo exhausta. He estado ocupada haciendo medias y otras prendas de abrigo, también para mí. Los mitones dentro de las manoplas absorben la humedad y añaden una placentera sensación de calor.

La habitación parece una armería. Peary ha cambiado los muelles de su pistola y acondicionado un viejo rifle.

17 de enero, domingo. Hoy, a las 2 p.m. Peary y yo salimos de paseo. La temperatura era de -40^{o} y solo pudimos caminar hasta el iceberg por un sendero que habíamos abierto en la nieve virgen de una profundidad de sesenta centímetros. Me sorprende lo poco que me afectan las temperaturas tan bajas. A Peary, como siempre, le parece que me abrigo adecuadamente. Es posible que sea negligente en muchos detalles, y entonces sufriría las consecuencias, pero paso por una inspección antes de salir afuera.

La luz del día es lo bastante intensa como para permitirnos leer y tenemos el presentimiento de que el sol volverá pronto a acompañarnos, sino todo el rato, al menos parte de las veinticuatro horas. Apenas salimos media hora, suficiente como para que medio

metro de mis prendas, la parte inferior, incluidos los *kamiks* y los calcetines, se congelen en la nieve. He sentido mucho frío en la casa, donde la temperatura bajaba del punto de congelación.

18 de enero, lunes. Día espléndido, tranquilo. Peary, el doctor Cook y Astrup caminaron hasta el pie de las montañas. Por primera vez ha sometido a la pierna a un ejercicio intenso y lo ha resistido muy bien. He estado ocupada con el forro de los sacos de dormir. Encuentro inconveniente, por no decir desagradable, coser a −40º, pero como dependo del calor de las estufas de la otra habitación, apenas puedo hacer nada. Verhoeff tiene la manía de ahorrar carbón y nos tiene a todos medio helados. Hoy el fuego ha ardido en seis botes de tomate. El agua que se caía cerca de la estufa se congelaba al instante.

19 de enero, martes. Algo nublado, pero tras el almuerzo, Peary y yo salimos con raquetas en dirección a las montañas. Apenas he vacilado y Peary dice que me manejo muy bien con ellas. Me mantuve tan caliente como se puede estar en esa situación, aunque el termómetro marcara −40º. No nos dimos prisa, pues avanzábamos atendiendo a la respiración, que se vuelve incómoda en temperaturas tan bajas. Yo no llevaba botas, solo las medias de piel de ciervo y, sobre ellas, unas de lana, pero mis pies se mantuvieron calientes con esta protección.

21 de enero, jueves. Un día más luminoso que ayer. Es como si, un mes después del día más corto, la luz avanzara más deprisa de lo que desapareció. Peary, el doctor y Astrup han comenzado a trazar un sendero en dirección al cabo Cleveland. Han llegado hasta la mitad del camino. El doctor y Astrup han tomado prestado nuestro trineo, *Sweetheart*, para llegar al iceberg e intentar traer una carga de hielo, pero cuando llegaron al lugar escucharon el aullido de perros y vieron, frente a ellos, un objeto oscuro sobre la nieve. Caminaron hacia él y descubrieron una manada de huskies arando un camino por la nieve. El grupo humano que viajaba en trineo lo formaban Keshu, su mujer y un niño de tres años, su hermano Ahninghahna, mayor que él, y Magda, un chico de doce años. Se dirigían a Redcliffe. Habían parado en casa del padre de Keshu, Arrotochsuah, pero se les terminó la comida y como los ancianos no estaban en condiciones de viajar, decidieron salir a buscarla. Todos tienen principios de congelación, excepto el pequeño, y agradecieron la atención del doctor y Astrup, que les ayudaron a

llegar a la casa. Nos dijeron que llevaban en ruta cinco días con sus noches, que habrían recorrido unos veintitrés kilómetros. Hemos fotografiado a la mujer y su retrato se ha añadido a la colección etnológica.

22 de enero, viernes. Día limpio y frío, temperatura de −40º. Los nuevos amigos esquimales hacen que el campamento parezca más vivo.

Por la tarde la segunda Mané, la esposa de Keshu, y M'gipsu han estado trabajando en la habitación, sentadas en el suelo, cortando y cosiendo dos pares de *kamiks* con una piel que trajo consigo, que hemos pagado con una navaja. Les encanta regatear. Son excelentes costureras y no estaría mal que nuestras mujeres las vieran trabajar. Dentro de la casa se descalzan, de manera que la pierna casi por completo queda desnuda. Sostienen el material con los pies y utilizan las bocas para hacerlo flexible. Se ponen el dedal en el dedo índice y cosen de derecha a izquierda.

Fabrican el hilo con los nervios del venado y del narval humedecidos con saliva. Mientras trabajan, mecen continuamente a los bebés que cargan a la espalda sin ayudarse con las manos. Durante su primer año, siempre llevan a los niños en el capazo, estén despiertos o dormidos, y apenas los sacan de ahí para otra cosa que no sea comer. Son minúsculas criaturas, feas y hasta que pueden andar, con lo único que se abrigan es con una capucha de foca, ceñida a la cara, ribeteada con piel de zorro, y una chaqueta también de zorro que les llega a la cintura.

23 de enero, sábado. La temperatura a medianoche es de −35º. El doctor y Astrup han probado los sacos de dormir pasando la noche afuera bajo el bote.

23 de enero, lunes. Día limpio y tranquilo, con luz brillante sobre las crestas de los acantilados, tiñéndolas de plata. La temperatura es de −30º y el paisaje se ve helado, un aspecto que no nos refresca. La verdad es que es raro sentir calor con esta temperatura. He estado ocupada cortando y cosiendo un forro de franela para mis botas de reno, para lo que he utilizado la vieja envoltura del edredón. También he preparado un horario semanal con el menú diario y la ración de aceite de modo que saquemos el mayor provecho de la estufa.

28 de enero, jueves. Sobre las cinco me despertaron para ver la

aurora más hermosa que jamás haya contemplado. Se estiraba de este a oeste sobre nuestras cabezas. Esta noche progresamos con las mediciones observando *Arcturus*[11].

29 de enero, viernes. Fuimos al anfiteatro natural que hay entre los hielos, abriendo un nuevo sendero, un duro trabajo que nos mantuvo calientes. Esta tarde, por primera vez, una de las mujeres, Mané, se desnudó hasta la cintura; se sentó y se puso a coser en medio de una multitud de huskies y de nuestros muchachos, que le prestaron tanta atención como si vistiera los mejores ropajes. Los hombres se desnudan con frecuencia cuando el calor les resulta insoportable, pero no había visto hacerlo a una mujer hasta hoy. Es verdad que tanto hombres como mujeres acostumbran a estar desnudos en sus iglús. Los visitantes esquimales, tan pronto como entran en uno de ellos, se desprenden de todas las ropas, al igual que nosotros nos quitamos los abrigos al llegar a casa.

21 de enero, domingo. Ha pasado otro mes y puedo decir que faltan treinta días menos para estar en casa. Debo admitir que en ocasiones siento melancolía. Raras son las noches en que no sueño con alguno de mis amigos. El programa semanal de ahorro en cocina y calefacción funciona muy bien. Será de ayuda si tuviéramos que viajar hacia el sur en los botes. Caminé hasta las primeras trampas para zorros, pero las encontré totalmente cubiertas de nieve. En algunos lugares la corteza de la nieve es lo bastante dura como para soportar el peso del cuerpo, pero una se hunde con frecuencia quince o veinte centímetros, y en ciertos lugares la nieve se ha aplastado en exceso. La temperatura es de −21º y el día ha sido de una oscuridad espesa. Ayer Verhoeff salió hacia los acantilados y descubrió que la temperatura mínima del mes había sido de −25º, mientras que en Redcliffe descendió hasta −47º. Es raro que en las cimas haga menos frío que aquí abajo.

2 de febrero, martes. Día bonito, limpio y frío. −37º. Hay luz del día entre las diez y las tres, una aurora desde las nueve a las diez y un crepúsculo de tres a cuatro. A la luz del día el médico nos ha revisado. Todos mostramos los síntomas propios de una larguísima noche. Peary y Astrup son los dos mejor parados, los que parecen más en forma. Caminamos hasta el anfiteatro sin raquetas. A la izquierda, en la entrada del teatro, hay un inmenso farallón de hielo blanco como el mármol de unos treinta metros; dentro, el

suelo se ha cubierto de una profunda capa de nieve. Se ha roto el hielo a la derecha y toneladas de hielo astillado se esparcen por todos lados. Hemos visto la luna en cuarto creciente sobre los acantilados del norte, mientras los restos del sol que se ponía al sur dibujaban un cuadro delicioso. Las cumbres de los icebergs se escondían a lo lejos, bajo una línea trazada por la niebla que nacía de las grietas en el hielo, dándoles el aspecto de rocas planas aflorando en una llanura nevada.

5 de febrero, viernes. Nuestros huéspedes esquimales partieron esta mañana. No he salido en días por culpa de un dolor en el dedo del pie. He terminado las mantas para los sacos de dormir y ayer cociné mi primer bizcocho. Esta noche escuchamos ruidos en el exterior a eso de las ocho y enseguida llegaron Arrotochsuah y su mujer con un perro enorme y un cachorro. Están agotados tras cinco días y cuatro noches de marcha. Estas buenas gentes parecen incondicionales unos de otros y comparten lo que tienen. Habiéndose terminado sus reservas de comida, se dirigen hacia el iglú de su hijo en Netchiolumy, a setenta kilómetros, una distancia que piensan salvar a pie, sobre un camino con más de medio metro de nieve de espesor. La mujer parece tener sesenta años. Dice que no cesan de caerse a cada paso, pero que perseveran para continuar. Y así avanzan más y más, con el equipaje a la espalda.

11 de febrero, jueves. Hace siete meses desde que Peary se rompiera la pierna y ha celebrado la efeméride caminando quince kilómetros sobre el hielo de la bahía. Han pasado tres años y medio de nuestra boda. Tengo la impresión de llevar fuera de casa desde entonces.

13 de febrero, sábado. Nos preparamos para presenciar el regreso del sol. Gibson y Verhoeff han erigido una cabaña de nieve sobre el manto de hielo y Peary nos ha invitado mañana a subir a las cumbres con él para dar la bienvenida a la luz que reaparece. Me ha dolido mucho la cabeza todo el día y no me siento en condiciones de pasar una noche en una cabaña de nieve, por lo que me quedaré en la casa. Será un placer cambiar los días sin sol por el vivificante brillo de la luz directa.

14 de febrero, domingo. Es el día de San Valentín. Aquí solo es un domingo y otro día en soledad para mí. Por la mañana, Peary, Astrup y el doctor Cook partieron hacia las cimas, preparados para

pasar la noche y con provisiones para dos jornadas. Día con niebla, áspero. A las 6 a.m. la temperatura era de −12º y a las ocho de 0º. Soplaba un vendaval que hacía temblar las puertas y ventanas como nunca antes había visto. A las ocho de la tarde el mercurio había caído un grado y el viento venía a ráfagas, cada vez con más fuerza. Me preocupan nuestros viajeros. Gibson nos ha traído una pieza de hielo perfectamente húmeda, derritiéndose y cubierta de nieve también húmeda, lo que demuestra las consecuencias de la subida de temperaturas. Dice que apenas puede mantenerse en pie por culpa del viento, pero que hace algo de calor, una temperatura casi balsámica. Jack golpeó la puerta gimiendo para que le dejáramos entrar, algo que no le había visto hacer jamás. Ahora, a las 10:45 llueve con fuerza.

15 de febrero, lunes. ¡Menudas veinticuatro horas hemos pasado! El viento azotaba con violencia, a ratos acompañado por nieve húmeda, a ratos por lluvia. Por la mañana, nuestro entorno parecía en ruinas. El agua corre por todas partes a causa del deshielo. Los ocupantes del iglú tuvieron que abandonarlo, pues esta noche se podía ver a través de unas paredes adelgazadas por culpa del viento, el agua y la temperatura. Un trozo del muro de nieve que construimos se ha caído, o más bien se ha derretido, y el agua se cuela por los laterales de la casa deslizándose por cualquier canal que haya, mojando todo. El termómetro señala que hay 3º y el viento no cesa, como tampoco la lluvia y la nieve. Con la ayuda de Matt he apartado las cosas de la zona de atrás de la casa y hemos entrado todas las herramientas, algunas ya cubiertas de óxido. A las dos en punto el agua comenzó a correr bajo la puerta trasera y Gibson, que hacía la guardia nocturna, se levantó y junto a Matt subieron al tejado para quitar la nieve con las palas y evitar que se formen goteras. Nada más podían hacer para impedir que se derrumbara el tejado. En diez minutos los dos estaban calados hasta los huesos. Si nuestra pequeña expedición sufre este viento y esta lluvia no sé qué podrán hacer. La cabaña de nieve se derretirá sobre sus cabezas y pasarán frío, estarán empapados, mientras que con tanto viento les resultará imposible aventurarse por los acantilados para descender. Esta noche la temperatura ha descendido a 0º, pero por lo demás todo sigue igual. A las 2 p.m. el termómetro registra una máxima de 6º. En Nueva Inglaterra difícilmente sube tanto la temperatura en esta época del año.

16 de febrero, martes. Día maravilloso seguido de treinta y seis

horas de una tormenta violentísima. Brilla el sol en el cabo Robertson y sobre las cumbres nevadas de los acantilados al este de Redcliffe. He paseado hasta el cabo Cleveland con el fiel Jack. El sol se ha puesto tras los negros acantilados de la isla Herbert y su luz todavía deslumbra tanto como para dañar los ojos. Nunca había disfrutado tanto de la luz del sol. Sin quererlo, me hace sentir más cerca de casa. El cielo se tiñó de hermosos tonos rosas y azules por el este, un ligero naranja hacia el sur y un intenso amarillo por el noroeste. Flotaban nubes de lana sobre mi cabeza, mientras el aire permanecía tranquilo, suave. ¡Cómo me hubiera gustado disfrutar de un paseo tan exquisito por los alrededores junto a mi marido!

Al llegar a la casa a la 1:45, no encontré pistas de la expedición. Observé y esperé hasta que una solitaria silueta apareció a un kilómetro y medio de distancia. Aunque no podía ver nada más que un punto negro moviéndose sobre el hielo, en dirección a la casa, sabía que se trataba de Peary, que a pesar del forzado reposo de la pierna rota, todavía lidera a los muchachos. Salí a su encuentro con Jack. Estaban todos bien, pero habían sido unos días muy duros.

18 de febrero, jueves. Día soleado. Estuvimos ocupados reconstruyendo la entrada del muro de nieve, que había sido lavada por las lluvias recientes. Una vez acabada la tarea, Peary esquió de regreso a casa. Astrup y el médico se le unieron, e incluso los huskies se deslizaron en trineos junto a ellos. Me he entretenido haciendo fotografías, especialmente de los muchachos cayendo en cómicos molinetes.

19 de febrero, viernes. Otro día nublado. Parece que el sol no se ha acostumbrado a su nueva rutina y nos sigue olvidando. La pareja de ancianos ha partido en dirección a Netchiolumy. Ikwa salió con el trineo y nuestros perros con intención de colocar trampas para zorros. Después del almuerzo, Astrup y el médico se acercaron a los acantilados para instalar mojones desde el cabo Cleveland hasta el valle Tres Millas, confiando en regresar para la cena. A las seis en punto no habían vuelto, pero no nos alarmamos y les guardamos la comida. A las siete entró Ikwa y nos dijo que mientras cruzaba el cabo Cleveland ha oído una avalancha, pero que estaba demasiado oscuro como para ver nada. A las 9:15 ha vuelto la pareja de ancianos, asegurando que la capa de nieve era demasiado profunda como para permitirles viajar y que se quedarán por aquí una temporada. La verdad es que les gusta estar con nosotros, piensan que estarán mejor que sin compañía. Afirman que

pasando el cabo Cleveland han oído el ladrido de Jack y al doctor Cook jaleando a los perros. Este relato, unido a la historia de Ikwa, nos lleva a pensar que algo les ha pasado, así pues, Peary y Gibson partieron en su búsqueda enseguida, a las 10 p.m.

Cuando les alcanzaron oyeron a Jack aullar, llorar, ladrar y a medida que rodeaban el cabo, encontraron nieve reciente, arrastrada por alguna avalancha, y en el centro del caos, ¡una raqueta de nieve! Peary llamó a voces, pero solo recibió por respuesta los lamentos de Jack. Ni siquiera el perro bajó hasta ellos. Peary corrió de regreso a Redcliffe con Gibson apenas siguiéndole el ritmo para hacerse con cuerdas, trineos, sacos de dormir, piquetas, linternas, etc., y para avisar a los demás de que debían empezar a buscar, inmediatamente, por los acantilados donde se hallaba Jack, y suponíamos que también los muchachos, quizá lesionados y magullados, o con principios de congelación. En ese momento, para nuestro descanso, aparecieron los dos en Redcliffe, exhaustos y hambrientos. Dijeron haber llegado al cabo Cleveland sobre la una y media, comenzando entonces a trepar por los acantilados. El primer tercio de la ruta era muy vertical e insegura, pero después parecía una ascensión fácil. Cuando habían trepado cien metros, se volvió más difícil progresar, pues la vía estaba llena de cantos redondos cubiertos de hielo, donde era imposible pisar o tallar escalones. Cuando miraron abajo, descubrieron con horror que era imposible descender por un acantilado tan resbaladizo. Astrup se deshizo de un patín de Ikwa, que había utilizado para tallar escalones en la nieve. Así que solo disponían del que tenía el médico. Avanzaban muy despacio. Sabían que tenían que asegurar cada paso, o un desliz los arrojaría al abismo. Para hacerlo más difícil, comenzó a oscurecer a las cuatro de la tarde, cuando apenas estaban a mitad de camino. El pobre Jack, incapaz de seguirles por el muro de hielo, e incapaz de descender desde la altura que había alcanzado, comenzó a aullar y a llorar en soledad. Para los muchachos, el aullido sonaba como una sentencia de muerte. Por fin llegaron a la cima y corrieron por el valle Mile, el que rodea la casa y descendieron a la bahía, de ahí que no les encontrara Peary.

21 de febrero, domingo. Ayer intentamos rescatar a Jack, sin éxito, y esta mañana Peary y el doctor Cook asumieron una nueva tentativa. Yo debía encontrarme con ellos a mediodía para llevarles el almuerzo. A las diez los muchachos anunciaron una tormenta de viento en cabo Cleveland. La nieve caía de unas nubes espesas arrojadas desde los acantilados y el cielo se cubrió de oscuridad. La

tormenta, sin embargo, no tocó Redcliffe, pero la pudimos ver al este, azotando el centro de la bahía. Creyendo que se quedaría ahí, salí en raquetas, con un rifle a la espalda y una mochila con té, tazas, cucharas, un hornillo de alcohol y pavo, galletas, leche y azúcar. Nada más echar a andar, me golpeó el viento, pero, creyendo que se trataba de un coletazo de la última tormenta, me apresuré tanto como pude. Al final dejé el sendero para acercarme a la orilla, pero no podía ver dónde pisaba y caí varias veces. Me apoyaba en el rifle y en las raquetas, sin embargo el viento volvía a tumbarme y la nieve en la cara me arrancaba el aliento. Por fin encontré a Peary con el bueno de Jack y regresamos a casa tarde, cansados y doloridos.

6 de marzo, domingo. Me recupero de una gripe. El 23 de febrero, tras acostarme, tuve frío y me dolió mucho la espalda y también todos los huesos del cuerpo. Por la mañana los dolores se habían acrecentado y tenía fiebre. Peary avisó al doctor. Entre los dos me ayudaron a recuperarme. Ayer salí por primera vez, con Peary empujando el trineo. El sol brillaba con esplendor.

8 de marzo, martes. Ayer hizo un día frío y luminoso. Matt regresó tras cuatro días cazando ciervos, sobreviviendo a temperaturas de −40º y −45º. Gibson se prepara para cazar con Annowkah en el valle de los Cinco Glaciares. Se lleva dos sacos de dormir de piel de reno, un abrigo completo de piel de ciervo, un traje de foca, calcetines de lana, provisiones *ad libitum*, un par de pesadas mantas, lona alquitranada, muchas cosas pequeñas, además de grasa de ballena y una linterna esquimal, que pretende mantener encendida en el iglú.

22 de marzo, martes. Nada que reseñar de las últimas dos semanas. Estuvimos ocupados preparando partidas de caza y el gran viaje al interior. Ha subido la temperatura, pero de vez en cuando nos llegan afilados avisos de la fuerza del invierno ártico. El 14, cuando el sol asomó por primera vez a través de la ventana, el mercurio todavía marcaba −35º. El paisaje está resplandeciente, pero la belleza de las llanuras nevadas se va al traste por culpa del aire estéril. Antes de ayer Peary salió de reconocimiento por el manto de hielo, viajando treinta y cuatro kilómetros y alcanzando una altura de mil trescientos metros. La temperatura más baja fue de −38º contra los −30º de Redcliffe. Mañana pretende llegar a Netchiolumy.

3 de abril, domingo. La semana pasada ha sido angustiosa para mí. Peary se indispuso en lo que resultó ser un ataque de gripe y estuvo muy enfermo dos días, con fiebre de 40º. Vomitaba, tosía y le dolía la cabeza con violencia. El martes la fiebre bajó y se sentía mejor, pero débil, una debilidad contra la que luchaba con la irracionalidad de un niño. El miércoles dijo enfadado que partiría hacia Netchiolumy, a pesar de mis protestas, asegurando que era infantil no imaginar que él no supiera qué era lo mejor para él. Hasta que el médico no le advirtió del peligro de contraer una neumonía le costó rendirse. El jueves le volvió a subir la fiebre a cuenta del sobreesfuerzo. El viernes luchaba contra quedarse en la cama y no moverse. El sábado y el domingo tuvo una recaída, con fiebre de 39º que le dejó aún más débil. Me he dedicado a cuidarle y nada más.

Hemos tenido un tiempo maravilloso y cada día apreciamos más los rayos de sol.

Ayer por la tarde, escrutando en dirección al cabo Cleveland, vimos a dos hombres acercarse a la casa. Resultaron ser Kyo y Keshu, los tipos de cabo York. Nos comentaron que un montón de gente se resguardaba en un iglú solitario en la isla Herbert, personas que se quedarían ahí una larga temporada. Al parecer nuestra anterior huésped, la viuda Klayuh, la que perdió al marido mientras arponeaba una foca el pasado otoño, y que se detuvo aquí con sus tres hijos en su ruta hacia cabo York, para ver a su padre moribundo, se ha consolado emparejándose con Kyo y se encuentra entre los que van a venir. Esta mañana los dos esquimales partieron para traer a sus amigos llevándose sus perros y trineos. Dado que a Peary le pueden las ganas de hacerse con más perros, envió a Gibson y Astrup tras ellos para comprobar que regresaban con todos los animales.

4 de abril, lunes. Nuestros huéspedes llegaron a eso de las dos y dijeron que no sabían nada de Gibson y Astrup, ni de Kyo y Keshu. Los recién llegados son Klayuh y sus dos hijos —la mayor, Tooky, aparentemente una joven dama (pues ya tiene un novio a sus espaldas), aunque nos dicen que apenas tiene doce años, y la más joven, una niña de cinco o seis años—, el enamorado de Tooky, Kookoo, la suegra de Klayuh, viuda desde hace tres meses, con un niño pequeño a cuestas y su cuñado Ahko. Desconociendo que su marido estaba muerto y viéndome en la tesitura de mencionar algo cuando entró en la habitación, la pregunté si el hombre que la

acompañaba estaba casado con ella, pero, para mi sorpresa, rompió en lágrimas y gimió que su marido había fallecido. Comencé a hacerme la simpática, cuando, de repente, se le secaron los ojos y me interrumpió: *Utchow, utchow, mikky sungwa Ahko wenia awanga* («espera, espera un momento, y Ahko será mi esposo»). Otra pareja bastante joven vino más tarde. La mujer era muy pequeña. Nada parecían saber de nuestros muchachos y cuando estábamos en mitad de la cena llegó Astrup y dijo que Gibson estaba de camino con Kyo y Keshu y con ocho perros. Hora y media más tarde estarían aquí. Tras la cena ayudé a Peary a recargar las cámaras y durante la manipulación me fijé en que estaba muy nervioso. Por primera vez, desde que le conozco, tenía añoranza. Había perdido autoestima y resultaba más difícil animarle después de su accidente en el Kite. Sin embargo, insistió en fotografiar a los recién llegados y así estuvimos ocupados hasta cerca de las dos. Peary fotografiaba, el médico hacía sus mediciones y yo tomaba notas. Vi que Peary se fatigaba y le di bajo las mantas un baño con esponja y sales que le ayudó a dormir fenomenal, algo que no sucedía desde hacía tiempo.

6 de abril, miércoles. Ayer el sol lució lo bastante como para derretir la nieve del tejado y saqué a airear mi almohada de plumas. Hoy el día es maravilloso y las mujeres cosen en el tejado, adonde han llevado a los bebés. Han extendido una piel de venado para colocar allí a los críos y que tomen el sol. Los pequeños disfrutan cantando y armando barullo. Peary, en compañía de Astrup y Annowkah, fueron en trineo a la isla Herbert para hacerse con grasa de ballena que la familia de Annowkah almacenó allí el verano pasado. Volvieron a medianoche con aspecto de estar muy cansados, pues habían caminado no menos de treinta y ocho kilómetros, pero estaban animados y confío en que el viaje haya beneficiado a Peary, a pesar de la fatiga. Durante su ausencia, fundí, corté y sequé doce kilos de tocino, de los que extraje seis kilos de grasa. También fundí y sequé dos kilos de *toodnoo*, sebo de venado, que me propició un kilo de grasa. Son para la expedición de avanzada. Me llevó ocho horas prepararlo todo.

9 de abril, sábado. Esta mañana el médico se despertó con gripe. Pobrecito, me temo que serán unos días duros para él. Los muchachos no guardan ninguna consideración hacia el enfermo que está en el exterior, mezclado con el ruido y la confusión del trabajo diario. A las 11 a.m. Peary partió hacia la isla Herbert con Keshy y los seis mejores perros, con el objetivo de traer carne de foca para

alimentar a los animales. Mientras estaba fuera, trabajé en bolsos de lona para varias herramientas y en poner a punto las velas para los trineos. A las 11:30 p.m., habiendo todavía luz del sol, comencé a marchar al encuentro de Peary, pero apenas había avanzado quinientos metros cuando le vi venir. El día ha sido, como es frecuente, muy bueno. La temperatura varió entre los −10º y los −30º. Ahora disponemos de un tiro de diez perros, algo que nos llena de valor. Peary está convencido de que conseguirá alguno más, lo que le aseguraría el éxito en su aventura.

18 de abril, lunes. Dado que habíamos terminado los preparativos para una expedición de una semana al golfo Inglefield, partimos de Redcliffe a mediodía, con el trineo más grande, tirado por seis perros y con Kyo haciendo las veces de conductor.

Ha sido un día luminoso y cálido. El viaje fue bien hasta el cabo Cleveland, pero aquí la nieve era demasiado espesa y los perros se hundían, parecía que se echaran a nadar, en tanto que nosotros nos hundíamos hasta las rodillas en la aguanieve. Afortunadamente solo unos pocos lugares estaban en esas condiciones y mientras nos aproximábamos al oeste de la isla Herbert, el hielo se iba volviendo más duro y suave, propiciando que los perros pudiesen marchar más deprisa.

El trineo alcanzó la costa oeste de la isla Herbert a las ocho en punto y dos horas más tarde, habiendo cruzado a la isla Northumberland, alcanzamos un asentamiento de cuatro iglús. Los ocupaban familias de distintas aldeas, gente que había elegido el sitio debido a la proximidad de unos hoyos para cazar focas. El iglú más grande lo ocupaba Tahtara, su mujer, su padre y su madre, y algunos niños pequeños. Lo pusieron a nuestra disposición. Ikwa y su familia vivían en otro, junto a Kyoshu y su hijo, mientras que Myah y su esposa se acomodaban en un tercero. La mujer del último iglú gritaba de forma horrorosa, intentando salir de su habitáculo, mientras un hombre se aferraba a sus espaldas sin dejar de hablar, pero ella gritaba y se peleaba con tal fuerza que nos preguntábamos si nos podría ver. Le pregunté a Mané a qué se debía el escándalo y me dijo que la mujer era una *piblokto*, una histértica.

Como el viento soplaba con energía y el aire se cargaba de ganas de nevar, Peary me apremió a entrar en el iglú, lo que hice más para complacerle que para huir de la tormenta.

Hasta ahora no había entrado en una vivienda esquimal. Con oír algo sobre la suciedad y las alimañas había tenido más que

suficiente. Pero Peary aseguró que las construcciones de hielo eran mucho más limpias de lo que suponía y etc., etc. Viendo que quedarme fuera le hacía sentir incómodo, cedí. ¿Cómo describirlo? En primer lugar, gateé a través de un agujero y por un pasadizo de unos dos metros, al mismo nivel de la nieve que se acumulaba en el exterior. Al final salí por otro agujero, por el que era difícil hasta asomar la cabeza, y cuando lo hice fue para ver numerosas piernas. Peary me invitó a entrar y algunas piernas se hicieron a un lado. Me abrí camino como pude y me alcé dentro de una semiesfera de un metro setenta de altura, con la nieve por suelo. Una plataforma de cuarenta centímetros de altura y de más de un metro de ancho en la zona central, estrechada en los laterales, corría alrededor de la pared, excepto en la parte de la entrada. En el centro estaba la cama, cubierta con dos o tres pieles de foca, de un aspecto tan vivo que se dirían dispuestas a arrastrarse por su propia panza. En la cama se sentaba la madre de Tahtara, con un niño a la espalda, otra mujer, mucho más joven y bastante hermosa, su esposa, y dos niños de seis y ocho años. Y en el extremo, con los pies descansando sobre un trozo de morsa perfectamente sólido y crudo del que se servían cuando les apetecía los que tenían hambre, no obstante los numerosos pies que se posaban sobre él, se sentaba la propia Tahtara sonriendo y diciendo «sí, sí» a todo lo que soltaba Peary. Peary también se sentó al filo de la cama donde las mujeres le hicieron sitio. Pero esa cercanía era más de lo que yo podía permitir, así pues, con la excusa de que mis ropas estaban empapadas y que no podía ni pensar en acostarme húmeda, me senté, sin pestañear, junto a Peary, salvaguardándolo de las mujeres medio desnudas.

En los extremos del interior, a cada lado de la entrada, quedaban dos estufas llamadas *ikkimers*, una atendida por la madre de Tahtara y la otra por su mujer. El combustible era grasa de ballena y sobre cada una descansaba un cuenco de esteatita, que contenía nieve y agua y sobre estos unos bastidores, amarrados con firmeza, en los que se secaban los *kamiks*, calcetines, manoplas y camisas. El goteo de suciedad, agua e insectos caía, invariablemente, sobre el agua para beber. Digo agua para beber, aunque en realidad no disponían de agua para tal propósito. Peary colocó nuestro hornillo de aceite en la plataforma y calentó agua para el té. Afortunadamente, la tetera tenía una tapa, que me ocupé de mantener cerrada.

Además de la gente antes mencionada había siempre algún visitante, tantos como cabían en el iglú. Se turnaban de modo que

todos pudieran disfrutar un rato del circo. Por supuesto, la suma de nuestro hornillo, junto a las visitas, hizo subir la temperatura rápidamente y, para mi sorpresa, las mujeres se desprendieron de todas sus ropas, excepto de los collares, sin importarles quien estuviera presente.

El hedor era indescriptible. El hornillo no funcionaba bien y añadía un olor a queroseno. La grasa de ballena chisporroteaba y en ocasiones ahumaba el ambiente. Y los huskies… bueno, basta con decir que durmieron en una atmósfera tan desagradable.

Enseguida me di cuenta de que si mis pies tocaban el suelo se congelarían y la única manera de evitarlo era doblar las rodillas, apoyar el canto de un pie en el filo de la plataforma y colocar el otro encima. Así, reclinada sobre un codo, me senté desde las diez de la noche a las diez de la mañana, tan abrigada como si estuviera en el trineo. Me adapté lo mejor que pude y dije a Peary que me sentía como en un gallinero.

Varias veces a lo largo de la noche Peary salió a buscar a los perros y cuando regresaba nos informaba que el viento soplaba con fuerza y que la nieve flotaba a la deriva. Por la mañana el viento había remitido un poco. Después de tomar el café enganchamos a los perros y continuamos viaje hacia Keati.

Tras una hora de marcha alcanzamos el solitario iglú de Nipzangwa. Su padre y él, el anciano Kulutunah, salieron a nuestro encuentro. Llegamos a Keati a mediodía. Los aldeanos estaban sobre aviso acerca de nuestra visita, merced a unos mensajeros, y una hora más tarde, con el refuerzo de perros de refresco, continuamos en dirección a las poblaciones de la bahía Barden. Ikwa nos seguía con su trineo y sus perros. Viajamos cómodamente, turnándonos para conducir. Llegamos a nuestro destino a las seis de la tarde. El cuentakilómetros marcaba veinte recorridos desde Keati.

Había al menos sesenta nativos, la mayoría de los cuales nos eran familiares pues les habíamos visto en Redcliffe durante el invierno. Además, se sumaban media docena de familias del cabo York y sus alrededores, que se tomaban un descanso en medio de su regreso al hogar en Redcliffe. Para ellos el invierno es temporada de visitas, el único momento en que se ven. Viajan kilómetros y kilómetros sobre el hielo, con o sin perros, pero contando al menos un trineo por grupo. Este año el viaje ha requerido más energía de lo normal, debido a la expedición americana, a la que todos deseaban rendir una visita. La familia que disponía de un trineo y dos o tres perros, cargaba con un buen pedazo de foca o morsa, lo suficiente como para alcanzar el siguiente lugar habitado, además

de todas y cada una de las cosas que se pudieran intercambiar, una o dos pieles de ciervo para dormir y los chicos más pequeños a la espalda de las madres. Los miembros de la familia se turnaban para conducir, de uno en uno, mientras el resto empujaba el trineo.

Nada más llegar a los iglús, nos rodearon quienes allí vivían. Dos mujeres muy ancianas se dirigieron a mí y una de ellas, acercando su cara a la mía, demasiado como para resultar agradable, me escrutó de arriba abajo y después soltó, despacio: *Uwanga sukinuts amissuare, koona immartu ibly takoo nahme*, lo que significa: «He vivido muchos soles, pero nunca había visto nada como tú».

Después llevamos nuestro equipaje a los iglús, donde intentamos cenar, pero el olor de los nativos, junto con las focas y morsas podridas que yacían cerca, era demasiado fuerte y sugerí que regresáramos al trineo. Las dos ancianas que nos habían recibido, a pesar de que no podían casi ponerse en pie sin ayuda, estaban decididas a acompañarnos y tuvimos que ayudarlas a caminar. Parecían tan viejas y desamparadas como si tuvieran más de ochenta años. Dado que nunca habían visto nada parecido, creían que no podían dejar escapar esta oportunidad, incluso a expensas de sus magras fuerzas. Como no éramos capaces de transportarlo todo de una vez volví a por las demás cosas, algo preferible a quedarme en el trineo donde los nativos ahora formaban un enjambre y querían tocarlo todo. Al regresar a los iglús, Annowee, una mujer de cabo York, que también había pasado por Redcliffe, me pidió que no regresara con los demás, que en lugar de ir yo, le pidiera a Peary acercarse. Dijo que le dolían las rodillas y que no podía caminar. Pero quería estar con nosotros porque jamás volvería a vernos. Para entonces no solo gritaba, sino que se agarraba a mi brazo con frecuencia, cuando me volvía hacia ella y la explicaba: *Utchow, utchow, wanga tigalay*, es decir, «espera, que voy a regresar». A lo que respondía: *Peeuk*, pero no quería que me llevara nada, no fuera a ser que no volviera. La otra mujer también se arrimó y me suplicó quedarme. Peary, que había permanecido junto al trineo, estaba molesto por la situación, pero se mostró de lo más amable. A pesar de que se suponía que Annowee no podía caminar, llegó junto al trineo al mismo tiempo que yo.

Cenamos y después negociamos para conseguir correas y pieles de foca, pantalones de piel de oso y dos perros. La vieja Ahnahna me regañó en nombre de los demás, por no regalarle una aguja. Dijo que Peary era muy bueno, *peudiochsoa*, pero *Mittie* Peary era *peeuk nahme*, lo que bastó para que me desentendiera regalándoles unas cuantas agujas, algo que no haría a día de hoy. No cesó de reír

en todo este rato, hasta que cambió de opinión cuando le entregué una taza de té y una galleta salada.

Peary se acercó al glaciar Tyndall para tomar unas fotografías y también retrató el poblado. Kyo enganchó a los perros, dijo adiós a todo el mundo, incluido a Ikwa, y a las ocho en punto partió hacia Ittblu.

Para aclarar lo difíciles que son estos semisalvajes, mencionaré un incidente: en la ruta entre Keati y Netchiolumy se nos cayeron varias veces las raquetas del trineo, pero no nos detuvimos al comprobar que Ikwa nos seguía y las iba recogiendo. Al llegar a Netchiolumy nos las devolvió asegurando que nos eran muy útiles, ¿o no? Respondimos que sí. «Muy bien —dijo—, si no las hubiera recogido ahora no las tendríais, y me duelen mucho los ojos y como veo que tenéis de sobra, deberíais darme un par de gafas de sol». Estábamos de acuerdo, así pues, consiguió lo que quería.

Nos estaba saliendo un viaje perfecto. La superficie del fiordo Whale era lo bastante áspera como para no patinar sobre ella y lo bastante suave como para que el trineo se deslizara como sobre una pista de carreras.

Peary, Kyo, y yo, los tres, íbamos sentados en el trineo, cargado hasta los topes con los sacos de dormir, el equipo de acampada y las provisiones. Las nueve hermosas criaturas, los mejores perros de la manada, que tiraban de nosotros, irrumpieron a correr y, con las colas ondeando como plumas, mantuvieron un paso enérgico hasta que alcanzamos Ittiblu a las dos de la madrugada, tras recorrer otros treinta y cuatro kilómetros. Era una noche hermosa. El sol había brillado hasta cerca de las doce, cuando cayó como una bola de fuego, tiñendo el cielo de luces púrpura, carmesí y amarillo, que se fueron apagando poco a poco dejando un azul grisáceo opaco, que velozmente se tornó a un gris lo bastante oscuro como para permitir apreciar las innumerables estrellas que tachonaban el firmamento. Alcanzamos Ittiblu cuando el sol salía tras los oscuros acantilados de la costa este del golfo Inglefield. Habíamos estado viajando dieciséis horas y estábamos agotados. También los perros, por lo que agradecimos la comida y el descanso.

Inmediatamente comenzamos a construir nuestro propio iglú sobre suelo helado, en el que guardar los sacos de dormir y todo lo que no queríamos que estuviera al alcance de los aldeanos. Mientras estábamos en ello, nos visitaron dos de los habitantes, Panikpah, a quien conocimos en Redcliffe, y Koomenahpik, su padre. Nos mostraron la auténtica hospitalidad de la región ofreciéndonos la comodidad de sus iglús, una invitación que, sin embargo,

declinamos amablemente.

Nuestro iglú resultó ser muy frío, y nunca olvidaré la diferencia de temperatura entre el exterior y el interior. Era como pasar de una bodega a una temperatura de 30º, y resolvimos que a menos que hubiera una tormenta, en el futuro dormiríamos al raso. Entre nuestros colegas de desayuno estuvo la mujer de Koomenahpik, Nauyahleah, el espíritu más divertido con que me he encontrado. Consideraba su deber tenerme entretenida y comenzó a hablarme de su familia y de ella. Me contó que ya había conocido a uno de sus hijos en Redcliffe, Tawanah, que vive más allá del golfo Inglefield. Se había detenido en Ittiblu, me dijo, volviendo del iglú de Peary, y mencionó que la mujer de Peary era muy *koona*, simpática, con la piel muy blanca y el pelo tan largo como podía señalar estirando los brazos. Nos seguía donde fuera que nos moviéramos y no cesaba de parlotear, aunque estuviéramos haciendo fotografías o mediciones de latitud, nada podía hacerla callar. Si no la respondíamos, se soltaba a cantar en un tono muy agudo antes de volver a su cháchara. Nos mostró un puñado de tumbas, que consistían en montones de piedras apiladas sobre cadáveres y nos informó quién descansaba bajo las rocas.

A las ocho de la tarde nos despedimos de Ittlblu, con otros tres perros más, que conseguimos gracias a Panikpah. Durante toda la noche nos hemos deslizado sobre la suave superficie del fiordo Whale, excepto cuando cruzamos la bahía Academy, donde la nieve era blanda y profunda. De nuevo el sol apenas nos abandonó, y a pesar de una temperatura de −37º, disfrutamos del viaje.

A las dos de la noche pasábamos sobre un hermoso glaciar, un río de nieve helada que se abría camino desde los hielos eternos hasta el mar.

Tardamos más de una hora en atravesar la sábana de hielo, que en algunos lugares se alzaba sobre nuestras cabezas más de treinta metros.

Mientras rodeábamos el cabo sudoeste, Kyo comenzó con esta cantinela: «Inuits, Inuits» y, al mirar más allá, vimos un iglú esquimal apoyado en las rocas de la orilla. Esparcidas a su alrededor yacían unas doce focas, algunas enteras, otras mutiladas, junto a tres o cuatro crías de foca, numerosas pieles, un enorme trineo y su réplica a tamaño juguete, y bobinas de piel de foca y tiras de morsa. Dos perros estaban atados en la *tochsoo*, la entrada al iglú, sin pensar que debían despertar a su amo, pues nos miraban sin emitir sonido alguno.

En respuesta al grito de Kyo, un hombre salió despacio,

gateando, frotándose los ojos, con muestras evidentes de haber visto interrumpido un profundo sueño. Se trataba de Kudlah, un joven nativo que tenía su casa en la entrada del golfo Inglefield, y que durante una visita a Redcliffe le apodaron *Desgracia*. Tenía pinta de sentirse avergonzado. Nos dijeron que lo normal es que una mujer solo viviera con él un año antes de abandonarle, pues ellas tienen el privilegio de volver bajo el techo de los padres al cabo de un año si consideran que han cometido un error. *Desgracia* se había vuelto un fanático de la *kabloonah's kapah*, la comida del hombre blanco, sobre todo del café y las galletas durante su estancia en Redcliffe y corrió hacia nuestro trineo para preguntarnos si no teníamos *kapah* para él. Nos comentó que se dirigían a Redcliffe junto a su mujer y con Tawanah y la suya, además de un hijo de doce años y tres niños pequeños. Habían salido de su casa, Nunatochsoah, en el golfo Inglefield, hace dos días, y caminaban con la luz diurna hasta medianoche cuando acampaban. La mujer y los niños estaban agotados, y como en este vecindario abundaban las focas y los pozos para dar con ellas, decidieron quedarse unos pocos días. Le pregunté dónde habían encontrado a las crías y me respondió que la madre reptaba por el hielo hacia las grietas y cuevas que escondía la nieve, ocultas a nuestra vista, excepto, quizás, por algunos pequeños montículos que interrumpían la superficie nevada. Allí era donde la foca había dado a luz a los pequeños y se quedaría con ellos hasta que crecieran lo bastante como para pescar su propia comida en el océano.

A mi juicio, esos montículos no se distinguían de los demás, pero el experto ojo del nativo los diferenciaba de inmediato. Camina suavemente hacia ellos y arrima el oído a la nieve para escuchar. Si oye alguna señal de vida, salta sobre el montículo con todas sus fuerzas, cava, y entonces, con un golpe en la cabeza, despacha a las crías. Luego espera a que vuelva la madre, a la que cazará con el arpón.

Mientras Kudlah nos entretenía, Tawanah y las dos mujeres salieron del iglú. Se interesaron mucho por mí y quisieron saber si había más mujeres como yo en Redcliffe. Cuando les dijimos que no, pero que hay un montón en América, preguntaron: «¿Y todas son así de altas y blancas y tienen el pelo tan largo?»

Nuestro conductor había estado reponiéndose con foca y grasa de ballena, y Peary lo llamó para liberar a los perros, pues pretendíamos continuar el viaje. No le gustó nada y dijo que todo el mundo se había ido, que no tenía sentido alejarse más. También comentó que la nieve era demasiado profunda y que los perros no

podrían moverse. Pero Peary había tomado la decisión inamovible de ir hasta lo más profundo del golfo para completar, en la medida de lo posible, sus estudios. A las cuatro de la madrugada partimos, con la sorprendente compañía de Kudlah y Tawanah. Cuando les preguntamos por sus intenciones, Tawanah dijo que tenían un montón de pieles de foca y de crías de foca en Nanatochsuahmy, que pretendía dárselas a Peary, y que nos acompañarían hasta su iglú.

En unas tres horas llegamos a una isla pequeña donde acampamos. Tras una reconfortante comida de alubias con tomate, carne de lata y tomates al vapor, con té y galletas, nos acostamos y dormimos como ángeles. El sol calentaba y esa calma peculiar que solo sucede en las regiones árticas nos inducía a dormir profundamente.

Exploramos la isla y descubrimos que la llanura estaba salpicada de huellas de ciervos y de perdices, pero no hallamos criatura viva alguna. El panorama desde lo alto era maravilloso. Pudimos ver el fiordo hasta la isla Herbert y casi hasta la entrada del golfo Inglefield. A la derecha contemplamos casi toda la bahía Academy y a la izquierda, a lo lejos, los montes Putnam, Daly y Adams.

Al llegar a Nunatochsoah nos entretuvimos cerca de una hora haciendo escaramuzas sobre el terreno. Tawanah nos llevaba a varios escondites donde guardaba pieles de foca, crudas o curadas, y crías de foca, veintidós en total. Kudlah, también, consiguió unas pocas pieles y focas, y ambos estaban ansiosos por intercambiarlas por cuchillos y sierras.

Descargamos el trineo y, con Kudlah de conductor, seguimos nuestra exploración por el golfo. Pese a haberse puesto las botas comiendo carne de foca, apenas habíamos avanzado tres kilómetros cuando Kudlah dijo que tenía ganas de comer *kapah*. Volvió su atención hacia los perros cuando le dijimos que no era buen momento, pero al rato nos dimos cuenta de que los perros caminaban sin ton ni son y al mirar al conductor le descubrimos dormido. Le despertamos y le dimos galletas para que no volviera a dormirse. Mientras duraron, provocaron el efecto deseado. Pero en cuanto desaparecieron, se volvió a dormir. Con lo que concluí que actuaban más como un narcótico que como un estimulante y suspendimos la ración.

Justo antes de alcanzar la entrada del golfo, pasamos por un *nunatak* en uno de los numerosos glaciares, un monte con la forma del Matterhorn suizo, al que llamamos el pequeño Matterhorn. El paisaje era alpino y los relieves más sorprendentes de las montañas

europeas brotaban aquí sin cesar. Llegamos a nuestro destino con el objetivo de contemplar los glaciares de mayor tamaño que se puedan ver sobre la Tierra.

No voy a olvidar mis sensaciones pues, en este vigorizante día de abril, con el termómetro por debajo de los 35º bajo cero, Peary y yo, calzados con raquetas, trepamos por la nieve del color del merengue hasta la cima de una roca negra, destinada a verse envuelta por el irresistible flujo de los glaciares y desde allí contemplamos la mágica corriente de hielo, hacia la otra orilla, tan lejana como para difuminarse en la distancia, incluso con un sol que iluminaba con claridad la escena. El inmenso hielo del glaciar desaparecía entre las silenciosas y serenas montañas. ¡Y pensar que esta enorme extensión, aparentemente sin vida, amplia, blanca y casi inabarcable por el ojo, es la encarnación de una de las mayores fuerzas de la naturaleza; una fuerza a la que solo las férreas costillas de la propia madre Tierra puede resistir! Mientras estuvimos allí en silencio un gran trozo de hielo, mayor que muchas casas, pero apenas un átomo comparado con el propio glaciar, perdió el equilibrio por culpa del movimiento glaciar que no cesaba nunca y cayó con mucho ruido por los farallones. En su caída emitía un sonoro eco que volaba rebotando entre los acantilados, rompiendo el grueso hielo de la bahía y asustando a los perros, que comenzaron a gemir.

El glaciar tiene una línea frontal de quince kilómetros y es el mayor en el que se concentra buena parte de la energía del campo de hielo. Al norte quedan las montañas Smithson y más allá, una vasta extensión de ríos helados que van rodeando la tierra en dirección oeste, dibujando así el contorno del golfo. Al glaciar del este, donde nunca ha pisado un hombre y cuya belleza jamás había contemplado antes nuestros ojos, lo bautizamos Heilprin, en honor del profesor Angelo Heilprin, de la Academia de Ciencias Naturales de Philadelphia.

Más adelante, viajando por Groenlandia atravesamos numerosos glaciares, empezando por el de Frederikshaab. Vi el brillo distante del de Jacobshavn y tras atravesar Upernavik, siempre había alguno a la vista. Tuvimos que esperar a septiembre para que Peary, en su expedición hacia el interior, pudiera subirse a un bote y alcanzar el interior de la bahía, momento en que entré en contacto con estas corrientes de hielo. A doce kilómetros de Redcliffe, en la misma costa, cuelga un glaciar que acecha desde los acantilados de la costa una vez que entras en la bahía McCormick. Se sostiene sobre un montón de grava, como si fuera balastro del ferrocarril, lo que le da

el aspecto de rarísimos pilares. Resultó extraño ver los rojos acantilados brillando bajo el sol, el muro vertical de hielo azul mezclado con ellos, los arroyos de agua goteando y fragmentos de hielo desprendiéndose y cayendo con un estruendo metálico. Y más raro aún fue encontrarse con la inseparable amiga, la amapola ártica, que brota entre las paredes del glaciar. También me acompañarán siempre los gigantescos glaciares, que rodeaban el valle Tooktoo, con sus verdes meandros y sus lagos luminosos.

Volvimos al trineo y nos dirigimos directos hacia el campamento que alcanzamos tras diez horas.

Preocupados por nuestro viaje, nos preparamos para descansar en un rincón protegido entre el mar de hielo, donde la nieve tenía varios centímetros de calado y donde estábamos resguardados de la ligera brisa que soplaba sin cesar, colándose entre los contrafuertes de hielo. El recuerdo de la maravillosa noche anterior, tumbados al sol, me ayudó a disponer deprisa los sacos de dormir y a meterme en el mío sin perder tiempo.

Antes de dormirme, Tawanah se acercó y me preguntó si me gustaría colocar los *kamiks* y medias sobre las rocas, donde los calentara y secara el sol, y le contesté que así hiciera. En lo que apenas me parecieron minutos, pero que resultaron ser horas, me desperté porque alguien tiraba de los dos extremos de mi saco de dormir, intentando que me moviera. Las palabras «no te caigas. Intenta ponerte de pie. La marea ha subido por encima del hielo», resonaron en mis oídos. Al mirar a mi alrededor, comprobé que había estado tumbada sobre diez centímetros de agua y durmiendo plácidamente.

Por suerte tengo una piel de foca a modo de forro para mi saco de dormir y el agua no la había atravesado. Además, mis pantalones bávaros de piel de ciervo y franela, que siempre me quito y guardo en la bolsa, bajo mi cuerpo, estaban secos. Al bueno de mi marido no le había ido tan bien. Había usado la ropa y el calzado como almohada y todo estaba empapado. Como no tenía un forro para el saco de dormir, el agua se había colado al interior, que fue lo que terminó por despertarle.

Nos arreglamos para secar todo y seguir viaje, alcanzando nuestra pequeña isla a medianoche. Mientras nos acercábamos a ella vimos infinidad de perdices volando entre las rocas, lo que nos llevó a bautizar el lugar como isla Perdiz[12]. Nos hicimos con algunas de estas hermosas aves blancas y, tras comprobar nuestra posición, continuamos ruta hacia el iglú de Tawanah, al que llegamos poco después de las cuatro de la madrugada.

Mientras preparaba el desayuno, fui el centro de atención de mis admiradores. Hombres, mujeres y niños me rodeaban. Nunca habían visto un hornillo, ni esta forma de cocinar. No paraban de charlar y preguntarme de todo, hasta el punto de desesperarme y hacerme creer que hoy no comería. Finalmente les di a cada uno una taza de café y unas galletas, con lo que estuvieron lo bastante entretenidos como para permitirme comer.

Nos levantamos a las cuatro de la tarde, para explorar los alrededores y el glaciar vecino, que Peary consideró uno de los de mayor tamaño y bautizó con el nombre del secretario de la Sociedad Geográfica Americana: glaciar Hurlbut. A las nueve en punto estábamos fotografiando y haciendo mediciones y luego corrimos hacia la costa este de la isla.

Peary nos llevó hasta el centro del golfo, y ya estábamos calculando cuánto tardaríamos en llegar a Redcliffe cuando dimos con nieve blanda y profunda, tanto como para que el esfuerzo de los perros fuera inútil con el peso de uno de nosotros acomodado en el trineo. La única solución era caminar, o más bien vadear la nieve. Tras varias horas penando, los perros se negaron a seguir. Recurrimos a diferentes estrategias persuasivas para seguir la conducción y avanzar. Cuando por fin llegamos a la isla Herbert, estábamos tan felices como los perros necesitados de descanso. Todavía nos quedaban veintitrés kilómetros hasta Redcliffe.

Peary y yo extendimos los sacos de dormir sobre la nieve bajo un cielo totalmente soleado y nos tumbamos a echar una siesta. Apenas me había dormido cuando desperté y me encontré a Peary levantado y corriendo hacia la linde del hielo. Perseguía a un esquimal que cargaba un rifle al hombro y lo primero que se me pasó por la cabeza es que el nativo nos lo había robado.

Al grito de Kyo, la silueta en retirada se detuvo y se giró. Vino hacia nosotros y reconocimos a Tahtara, el dueño del iglú en el que pasé una noche memorable. Había pasado por Redcliffe y ahora estaba cazando focas con un colega, Kulutingwah, que llegó corriendo en ese momento con dos perros de buen aspecto y uno de nuestros trineos.

Eran los perros esquimales más cariñosos que habíamos visto, además de los más hermosos. Grandes, y tan poderosos como para tirar de un trineo con tres personas encima, con la misma facilidad con que lo harían si no cargaran con peso. Obedecían sin tener que hacer uso del látigo. Cuando Kulutingwah saltó del trineo, se limitó a decir a los perros, en voz baja, que se tumbaran en la nieve y estuvieran tranquilos hasta que regresara, lo que bastó para que los

perros no huyeran.

Tras reabastecer los trineos continuamos camino a casa. Los perros, como nuestros caballos, parecían oler el establo y rompieron a trotar con energía y sin parar hasta Redcliffe, donde llegamos a las nueve de la tarde, el domingo 24 de abril.

El doctor Cook, que había quedado al mando, había hecho un buen trabajo durante la semana que estuvimos ausentes. Habían venido muchos nativos de Netchiolumy, Keati y aquella aldea que vimos nevada, y entre ellos un nada frecuente número de damas, todas deseando coser para los americanos. El doctor las puso a trabajar en los *kamiks*, manoplas, medias de piel, pantalones de piel y durante toda la semana se habían esforzado como si fueran castores. Mientras tanto, los hombres cazaban y añadieron un buen número de focas a las provisiones para los perros.

Ahora disponíamos de veintidós perros magníficos, seleccionados entre los mejores de las manadas y Peary sentía que el éxito de su viaje en trineo estaba asegurado. Cada grupo de perros esquimales tenía un líder. Si se añadía un nuevo miembro al grupo, pelearía contra el líder para poner la jerarquía en orden. Hasta ahora, un enorme y bruto blanco, de cabo York, al que llamábamos León a cuenta de su melena gris, ha sido el rey canino de Redcliffe. Con la llegada de los perros de Kulutingwa se produjo un cambio. León y su lugarteniente, un gran perro, cargaron contra los recién llegados, esperando someterles tan fácilmente como habían hecho con los otros. Pero por muy fiero y grande que era León, le derrotaron y le forzaron a entregar su trono al mayor de los recién llegados, al que bautizamos como *Naleyah*, el jefe.

30 de abril, sábado. La última semana ha sido ajetreada. El viaje al campo de hielo ha ocupado nuestras cabezas y todo lo que hacíamos y esta mañana comenzó la verdadera expedición. Todos los muchachos, excepto Verhoeff, con los perros y cinco nativos, salieron en dirección al interior de la bahía en tres trineos cargadísimos, y eso que ya habíamos preparado depósitos con provisiones. Peary les seguirá dentro de poco.

4 de mayo, miércoles. A las 8:30 p.m. de ayer, Peary con Matt, que había regresado a por más equipo, salieron para unirse a Gibson, Astrup y el doctor Cook, que llevan fuera desde el sábado. Cuando dejé de verles, regresé a la casa donde Verhoeff y yo mantendremos el orden. Estaré tres meses lejos de mi marido; se me hará tan largo como todo un año de ansiedad y preocupación.

Acordamos que dos de los muchachos le acompañarían una parte de la expedición, más bien como apoyo, pues su objetivo lejano será, casi seguro, el glaciar Humboldt. No puedo esperar noticias en menos de tres semanas. Los últimos diez días han sido un continuo ir de acá para allá y en ocasiones no sabía dónde me encontraba. Tras descansar, comenzaré un inventario de todo y prepararé el equipaje. Tal y como escribí, a las 11:45 p.m. el sol brilla y creo que Peary partirá esta noche. Confío en que la tormenta de nieve de esta mañana haya despejado y se mantenga así durante algún tiempo. Extraña coincidencia: hace seis años me despedí de Peary a cuenta de su primer viaje a Groenlandia. Puede ser un buen augurio para un regreso tan exitoso como el de entonces.

7 de mayo, sábado. El tiempo sigue siendo seco y agradable, pero se percibe la proximidad de la inevitable primavera. Los cuervos ya están aquí y algo de deshielo se nota en el manto de nieve. Poco después de las seis de la mañana, me despertó el llanto de los huskies: *My tigalay, my tigalay*. «Matt ha venido». Y un minuto después, Matt y Gibson aparecieron. El primero regresaba a causa de las congelaciones en un pie, en tanto que Gibson volvía a por más alcohol. Apuntaron en una nota dirigida a Peary que se habían topado con severos obstáculos por el camino, con grandes masas de nieve y pendientes pronunciadas y de ahí que no pudieran recorrer la distancia que esperaban salvar en una semana.

MUJER JOVEN INUIT EN UPERNAVIK

8 de mayo, domingo. Parece que por fin aclara, pero el seno de la bahía está envuelto en niebla. Gibson nos dejó ayer y seguramente esta tarde se reúna con su expedición. El termómetro sigue al alza y con la temperatura de hoy, −2º, todo se derrite. He liberado el tejado de nieve, así como los toldos exteriores, pues el

agua comenzaba a colarse por las capas de alquitrán.

10 de mayo, martes. Por la noche sopló una galerna del este y durante el día la nieve ha volado formando nubes tan espesas, que por momentos no podíamos ver ni a cien metros. No he dejado de pensar en la expedición. Sé quién sufrirá las peores inclemencias, quién tendrá que vigilarlo todo y me preocupa porque sé que no está tan en forma como debería. Alrededor de Redcliffe todo queda oculto por la nieve que se ha deslizado bajo el toldo que protege la entrada y alcanza un metro de altura en el recinto, a pesar de los esfuerzos de Matt por sellar cualquier apertura. Con la ayuda de Matt movimos los armarios de la habitación y encontramos que la pared y el suelo estaban cubiertos de hielo. Lo golpeé para romperlo y así pude quitar los cartones aislantes del suelo. Esta noche de la manta y de la alfombra se escurría el agua. Por la tarde Kyo quiso saber si podría acompañarnos más allá de cabo York, donde vivían los esquimales, en Upernavik o en Disko. Le dije que sí y quiso saber si yo podría dibujar un mapa de Groenlandia para trazar la ruta. Estaba contento de acompañarnos y parecía saber interpretar el mapa.

11 de mayo, miércoles. Día maravilloso. Las corrientes de agua están duras como mármol. Matt quitó la nieve de la entrada con una pala y una vez más abrió las ventanas. Las goteras del techo nos obligan a deshacernos de toda la nieve y el hielo, de modo que estamos recuperando nuestro aspecto menos invernal.

13 de mayo, viernes. Al revés de lo esperado, hoy ha sido un día cálido y luminoso. Los huskies treparon al techo, que está seco y retiene el calor del sol. Noyha, el bebé, rodaba por el suelo a una temperatura de -5^{o}, tapado solo con una manta no más grande que un calcetín. Verhoeff, que se acercó a uno de los icebergs más próximos, anuncia que en el centro de la bahía la nieve ha empezado a retirarse del hielo, y que este empieza a derretirse.

21 de mayo, sábado. Nuestra casa se ha convertido en un campamento esquimal. Han venido un montón, caras viejas y nuevas, de todas las edades, desde un minúsculo bebé hasta la madre de Tahtara. Son gente sencilla que aparecen como heraldos de la primavera, algunos para quedarse, otros como parada en su ruta. Ayer y hoy padecimos una tormenta salvaje con ventarrones del sudeste y cuando no nevaba, la nieve volaba con tanta furia que

era imposible encararla. Las dos familias esquimales en los iglús lo pasaron mal y esta mañana Kyo pidió a Matt ayuda para rescatarle, algo que tuvo que hacer cavando. La nieve se había colado en su iglú; lo llenaba, se amontonaba sobre él a una altura superior a la del techo y tuvo dificultades para mantener abierto un agujero en el hielo que sirviera para que entrara el aire.

23 de mayo, lunes. Día hermoso. Icé una bandera en honor al cumpleaños de mi hermana Mayde. Ayer fue el mío, el primero en el que no recibo los mejores deseos de mi madre y el primero en el que no recibo felicitaciones de los seres queridos. Me vi obligada a la rutina formal de servir vino, pero no tenía ganas de comer ni de beber. Ayer por la mañana los primeros álcidos volaron sobre la casa de Redcliffe, algunos hacia el interior de la bahía, otros en dirección contraria.

26 de mayo, jueves. Día perfecto, claro, tranquilo y cálido. Casi cuatro semanas desde la partida de Peary y sin novedades. Durante toda una semana, día a día, he estado esperando a la expedición de apoyo y estoy a punto de la desesperación. Sin humor para escribir, leer o coser, caminé con Jack al cabo Cleveland, donde se avistan aguas abiertas. Durante cuatrocientos metros, cerca ya del destino, me hundí en el agua hasta una altura superior a la de las botas, pero me reconfortó el paisaje a mi alcance. El agua de un azul intenso y clara como el cristal, brillaba y bailaba a la luz del sol, como si estuviera feliz de haberse liberado de su cárcel y, una vez más, infinidad de aves se regocijaban por ello. El aire y el agua llegaban a oscurecerse con tantas aves como volaban, la mayoría de ellas eran los pequeños álcidos.

También se sumaba una buena bandada de guillemots[13] negros y de gaviotas. Vimos un par de patos eider. Me quedé reparando en tan bella postal durante un buen rato. Dos inmensos icebergs en el centro de una piscina de aguas bailarinas, otorgaban grandeza al cuadro: ahora brillaban como mármol y, un momento más tarde, se teñían de negro a cuenta de las miríadas de criaturas aladas que se posaban sobre ellos. El agua me trajo consigo un sentimiento de nostalgia, por lo que decidí seguir caminando. A cada paso, la nieve se rompía bajo mis pies y me hundía hasta las caderas y en ocasiones me sumergía en el agua que se escondía bajo la nieve. Vi cuatro pares de escribano nival gorjeando y revoloteando entre las rocas y entre los rodales de hierba donde la nieve había desaparecido. Estaba claro que se estaban emparejando y buscaban

un sitio para anidar. A mitad de camino entre el dique y el valle de las Tres Millas, llegué a donde Kulutunah instaló un depósito y dejó sobre el hielo la mitad de las focas cazadas en verano. Miles y miles de moscas se acumulaban sobre ellas, moscas de todos los tamaños, las primeras que he visto desde que dejamos Upernavik. Recogí algunas para catalogarlas. El aire se llenaba de cantos de pájaros, zumbidos de moscas, el goteo de la nieve y el hielo y el olor a foca podrida. Preferí trepar al cabo en lugar de rodearlo a la hora de regresar, pues había visto algunos trozos de hielo romperse y flotar sobre aguas oscuras. Desde lo alto, la superficie del hielo parecía un rostro desconsoladamente pecoso, cubierto de manchas negras. Cada mancha correspondía a una foca que estaba tomando el sol. Ahora es casi imposible cazarlas, pues el hielo es quebradizo y no soporta mucho peso.

Al llegar a Redcliffe, vi a Kyo vestido con pantalones de lana, camisa azul y un par de tirantes que le había dado Matt. También llevaba el viejo sombrero de fieltro de Peary que yo le había regalado hace un par de días, y que dudó aceptar, porque, dijo, no era suyo y Peary diría, cuando volviera: «*Ibly tiglipo, ibly peeuk nahme*»: «ladrón, eres mala persona». Parecía un indio, así, ocupado en instalar su tienda en la cima de la colina, en la trasera de la casa, el lugar más limpio de nieve y perfectamente seco; mientras su iglú, como los otros dos, estaba húmedo a cuenta de la nieve que se derretía. Ahora está emocionado con la idea de ir a América. Cada noche viene a buscar una revista con la que irse a la cama imitando a los muchachos. Dice que Peary será su *athata*, su padre, y Miss Peary su *ahnahana*, su madre; que cuando llegue a América aprenderá a leer y así no se limitará a los libros ilustrados. Sea lo que sea lo que ve en las imágenes quiere saber si lo encontrará en América. Me dice que él mismo es un *angekok*, un médico, y que sana a la gente. Nunca muere nadie en su presencia. A su mujer no parece importarle ir a América, así pues, los últimos días ha tomado prestadas dos o tres revistas para llevarse al iglú donde se sienta frente a su mujer durante horas y se las muestra, de cabo a rabo, cantando una tonadilla monótona. Es la manera, aseguran los otros nativos, de pronunciar un conjuro para que ella desee acompañarle.

30 de mayo, lunes. A las 8:30 vimos una mancha negra en el fiordo, sobre un iceberg, a unos tres kilómetros. Con ayuda del catalejo comprobamos que venía hacia nosotros y creímos que se trataría de Annowkah, regresando del otro extremo de la bahía. Kyo no cesaba de mirar y de repente se sobreexcitó, gritando que no era

un inuit, pero que no podía decir de quién se trataba. Súbitamente, arrojando el catalejo, con los ojos saliéndole de las órbitas, exclamó: «*Nahnook, nahnook, boom ut toy-hoy, toy-hoy*»: «¡Un oso, un oso, el rifle, rápido, rápido!». Matt y yo corrimos a por nuestras armas y munición, pero en lo que tardamos en llegar, el animal se había perdido tras el iceberg. Tardó poco en reaparecer y entonces descubrimos que era un perro. Kyo, que no había dejado de prestar atención, lo reconoció como uno de la partida de Peary y dijo que estaba muerto de hambre. El pobre animal apenas podía moverse y no debía haber comido nada en una semana. Estaba muy débil, sobre todo en las patas traseras, y tenía una herida desde el ojo izquierdo hasta la boca. Es el perro que llamamos Diablo, el que debía ser el líder de su grupo. ¿Podría ser que la expedición de apoyo tuviera algún percance? ¿Podría ser que estén de regreso tras atravesar el fiordo Smith? El incidente trajo malos presagios y yo me siento impotente.

2 de junio, jueves. Otras tres jornadas de suspense, sin noticias. Hace veintidós días que partió Gibson para unirse a la expedición, el momento en que Peary escribía «nos internamos en el campo de hielo», y supusimos que la expedición de apoyo regresaría en diez días, o como mucho en dos semanas. La primavera viene acelerada, y el mercurio, al sol, alcanza los veinte grados.

3 de junio, viernes. Mi pesadilla termina. Los muchachos han regresado y traen novedades de mi marido. No puedo describir cómo me sentí cuando el doctor, dándome la mano, me dijo que había dejado tanto a Peary como a Astrup con muy buena salud y mucho mejor ánimo. Los dos muchachos tenían buen aspecto, aunque sus narices estaban quemadas por el sol y el viento y a Gibson le dolían los ojos. Les llevé algo caliente para beber, preparé chocolate, y me retiré a la habitación para leer la carta.

11 de junio, sábado. Una semana sin incidentes. El doctor Cook ha asumido el liderazgo del asentamiento y así me libera de otras responsabilidades más allá de cuidar de mí misma. Mi cabeza se va una y otra vez hacia los miembros de la expedición al interior y con frecuencia me pregunto si regresará a tiempo para dirigirnos al sur en verano. El doctor y Gibson creen que no debemos esperar que vengan antes del uno de septiembre, mientras que nuestros amigos esquimales aseguran, cándidamente, que nunca regresarán. Mi instinto se revuelve contra esta idea, que me deja inquieta. Hoy he

caminado hasta el valle Quarter Mile; me senté junto al arroyo que baja de los acantilados y salta sobre los mojones de hielo que interrumpen su cauce porque la nieve sirve de lecho y desciende hacia la bahía. Pequeñas franjas de nieve se esparcen a mi alrededor. Hay grandes extensiones de flores púrpuras, allí donde la nieve se ha derretido lo suficiente como para permitirlas brotar. Me senté y me dejé llevar por la nostalgia. Jamás me había sentido tan sola y olvidada, sin posibilidades de saber cómo y dónde están mis seres queridos. Algún día terminará todo esto.

12 de junio, domingo. La nieve desaparece a toda velocidad y tan pronto como un trozo de tierra está desnudo, se cubre de flores, normalmente de color púrpura, aunque también he visto unas minúsculas amarillas y blancas. El muro oeste de la entrada a la casa está salpicado de verde. El doctor y Gibson se preparan para salir de caza por la bahía durante diez días. Necesitarán un sinfín de provisiones. Confían en partir esta tarde. El talón congelado de Matt está empeorando. ¡Pobrecito! Tiene que estar sufriendo. Le amenaza una úlcera crónica.

Solo una cosa me proporciona placer, y es llegarme hasta el arroyo de Quarter Mile y escuchar su música mientras juguetean mis pensamientos. Cierro los ojos y de nuevo me veo en la tienda, escuchando la misma música, mezclada con el silbato del Kite y los chapuzones de las ballenas mientras van y vienen cerca de la orilla. Todo esto es lo que había el día que llegamos, antes de ponernos manos a la obra con la casa.

15 de junio, miércoles. Nos abandona el invierno. El agua corre y brota por todas partes. Tanto los acantilados marrones, a nuestra espalda, como los rojos a la derecha de la casa, están desnudos de nieve. Los eider sobrevuelan a diario y a su estela viajan otras aves que vienen del sur.

Mis paseos rutinarios se ven interrumpidos por la nieve descompuesta, el barro y los charcos de agua. Si uno pisa en ellos por descuido, se dará cuenta de lo profundos que son y le supondrá mucho esfuerzo salir de un agua helada. La marea sube hasta el pie de los hielos. Durante una temporada, me he turnado en las vigías con los muchachos, lo que interrumpe algo mi descanso nocturno. Ahora la noche se divide en tres guardias, de las cuales yo hago la primera, Verhoeff la segunda y Matt la de madrugada.

22 de junio, miércoles. Ha pasado otra semana y mi marido

está más cerca de regresar. La rutina no cambia, excepto en cosas sin importancia. La monotonía, junto con ciertas molestias que surgen necesariamente, me abate de vez en cuando.

Nuestros esquimales se han aprovechado del deshielo y del retorno de los animales para salir de caza. Han tenido cierto éxito con morsas, belugas y narvales. Estoy ansiosa de comer venado, pues nuestra dieta se ha reducido a foca y la foca es casi nauseabunda para mi paladar. Parece que es difícil cazar ciervos ahora mismo y el doctor Cook, que volvió el domingo por la mañana de su expedición por la bahía, no trajo ninguno, de hecho, no trajo carne de ningún tipo.

El jueves por la noche llovió por primera vez en el año. Y no ha cesado desde entonces. Ayer paseé por el dique artificial. La nieve había desaparecido de la llanura y había una atmósfera de lo más aromática por la abundancia de flores y del musgo, que tapiza el suelo. Innumerables aves blancas nos sobrevuelan, cantándose unas a otras, y oímos todo el rato el apremio de los arroyos. Pájaros y flores se quedarán con nosotros hasta mediados de septiembre, cuando espero que nos dirijamos hacia el sur. Me acordaba del pasado otoño, cuando yo recogía flores que Peary prensaba a continuación.

28 de junio, martes. ¡Un día terrible! El viento sopla con tanta fuerza que es imposible mantenerse en pie. La lluvia golpea la ventaba como si pretendiera romperla. A veces la nieve sustituye a la lluvia, mientras que en los acantilados no deja de nevar. Están tan blancos como en cualquier momento del invierno. Los icebergs han gruñido a cuenta de los desprendimientos y la furia de la tormenta. Solo pienso en la expedición. Dios les ayude si les pilla una tormenta que les impida construir un iglú. Mientras va transcurriendo el día, siento que disminuyen las posibilidades de que vuelva a ver a mi marido. Nada puedo hacer, ni siquiera estarme quieta. Quizás sea una buena idea dedicarse a las tareas del hogar.

Los muchachos trabajan en la colección de objetos etnológicos y el doctor ha estado negociando por cada ropaje de los nativos, por cada juguete o adorno, a cambio de lo que ofrece cajas, duelas de barril, trozos de cartón y cualquier cosa rara y sin valor para nosotros, pero inestimable para los esquimales. La madera es uno de los artículos más apreciados, pues sin ella no podrían construir botes ni trineos, ni esos instrumentos perfectos para la caza, el arpón y la lanza, que manejan con una destreza insuperable. La

madera es el artículo más escaso, pues solo lo obtienen de restos de barcos o de algún trueque ocasional con balleneros que navegan por el cabo York. Un buen cargamento les proveería de todo lo que necesitan.

1 de julio, viernes. Hemos escapado de una desgracia por los pelos. Al doctor se le disparó por accidente una escopeta dentro de la habitación, donde estaban Gibson, Verhoeff y Tooky sentados. Por suerte nadie resultó herido. El disparo atravesó el techo, agujereándolo, y asustando a Matt que estaba dormido. Su pie va mejorando y en unos pocos días estará en condiciones de salir. Me gratifica esta idea, pues he decidido dirigirme a la entrada de la bahía dentro de tres semanas, para aguardar allí el regreso de Peary y me gustaría que me acompañara Matt.

4 de julio, lunes. Esta tarde me han invitado a un oriundo plato vegetariano. Regresando de un paseo por el cabo Cleveland, Mané vino con sus hijos a nuestro encuentro. Me invitó a comer las flores púrpuras que crecen por todas partes. Las encontré dulces, como nuestras flores de trébol y muy aromáticas. Mané trajo consigo dos de nuestras cajas de lata, que rellenamos con flores y hierba agridulce. Al llegar a Redcliffe, Mané mezcló las flores y las hierbas, las regó con agua y colocó la sartén sobre la estufa. Sugerí lavarlas o al menos quitarles la arena, idea de la que se rio, diciendo que la arena es buena para el estómago. En cualquier caso, hizo como si las limpiara y las coció durante quince minutos. El sabor era agradable, aunque un poco amargo, por lo que añadí azúcar, que le daba un gusto de ruibarbo, solo que más aromático.

Esta mezcla es el único plato vegetal del que disponen y solo lo comen las mujeres y los niños. Por otra parte, los hombres comen huevos de diferentes aves, pero no permiten que las mujeres los toquen. Nos divirtió ver a Mané y a M'gipsu comer una tarta que contenía huevos, pidiéndonos que no se lo dijéramos a sus maridos y justificándose en que los huevos no estaban expuestos a la vista.

6 de julio, miércoles. Otro día soleado. Ayer por la mañana llegaron nuestros dos muchachos esquimales y anunciaron que toda una tropa de nativos estaba en Ittliblu, de camino a Netchiolumy. Pretenden subir por el golfo lo bastante como para poder cruzar sobre las aguas, avanzando por el hielo.

Las aguas abiertas casi alcanzan Redcliffe y están colmadas de aves. Sobre las cinco de la mañana llegaron catorce nativos, entre

los que se encontraba Mekhtoshay, el tuerto, con su mujer y su hijo, e Ingyahpahdu con sus seis hijos. El tuerto traía una tienda, pequeña, pero los demás se hospedan con los vecinos, un privilegio de los viajeros. Aprovechamos para disparar fotografías etnológicas. Ahora contamos con hasta treinta y cuatro nativos en el asentamiento.

Gibson ha partido en un viaje de diez días al interior de la bahía para recolectar de todo. Acampará en el valle Tooktoo, donde dejará la tienda, a la que yo iré en cuanto regrese, con provisiones bastantes como para aguantar hasta el seis de agosto. Si Peary no ha vuelto por entonces, me dirigiré a la casa y prepararé todo para el regreso a casa a principios de otoño.

7 de julio, martes. Estoy dispuesta a aprovecharme del buen tiempo que tenemos para hacer algo de aseo pendiente. También he metido a la pequeña de Mané, Noyah, en la bañera y la he saneado en condiciones. Ahora parece bonita, después de haberse recuperado del susto al verse sumergida en agua y de haber disfrutado, reído y chapoteado. Qué extraño es ver tanto retraso en los niños. Esta, que tiene dos años, acaba de empezar a sostenerse de pie; por lo demás es como uno de nuestros niños de diez años. El bebé de M'gipssy tiene un año, pero su desarrollo físico y mental es equiparable al de un bebé blanco de cinco meses.

10 de julio, domingo. Día luminoso, cálido y soleado. A las ocho de la mañana el termómetro registraba 33º. El doctor ha derribado el cobertizo que se apoyaba en la pared de la habitación para que el sol derrita el hielo y seque lo que allí guardábamos.

Ikwa cazó un *oogzook*, una foca barbada, esta mañana, desde su kayak. Fueron precisos tres hombres y todo el día para quitarle la piel. Ikwa afirma que tiene que repartir la piel entre los hombres del asentamiento, incluso con Kyoshu, el lisiado. La norma es que cada animal grande que se caza, como por ejemplo una foca, debe dividirse entre los hombres de la comunidad, al margen de su participación o no a la hora de la captura.

11 de julio, lunes. Al despertar escuché a Matt y al doctor charlando en tono preocupado, pero no pude descifrar lo que decían. A juzgar por el acento, creo que era algo serio. Finalmente, llamé al doctor y le pregunté cuál era el problema. Me dijo que Matt había escuchado a Kyo y Kulutingwah planear deshacerse de uno de nosotros. No pude parar de reír con la ocurrencia. Nos

habíamos divertido con historias parecidas narradas por exploradores árticos y estábamos de acuerdo en que estos nativos no tienen tendencias bélicas o vengativas. Intenté razonar con los muchachos. En primer lugar, si los nativos tuvieran un plan así, ¿no habrían dejado aquí a los tres hombres que partieron para Karnah ayer? En segundo, ¿vendrían a nuestra casa para discutir su plan? Y en tercero, ¿alguno de nosotros habla lo bastante bien su idioma como para entender lo que dicen sin siquiera ver a la persona? Se me antojaba todo muy divertido, pero los dos muchachos tenían miedo y preferían estar armados y listos en caso de emergencia. Por tanto, le di al doctor la pistola de Peary y a Matt la mía; no las han soltado en ningún momento. Matt suponía que la razón era que Kyo se había vuelto loco cuando intenté retirarle el café con pan por la mañana. Echó la culpa a Matt, por lo que este se sentía la víctima. El hecho es, sin embargo, que Kyo había desayunado su café como siempre. Como Mané estaba enferma y no se cuidaba, había demasiado por lo que preocuparse, así que me desentendí del asunto, no quise saber si se merecía o no el desayuno. El doctor, más que nadie, tenía motivos para temer a Kyo, pues no era ningún secreto que Kyo le odiaba.

Hace un año de la noche horrible, cuando Peary se rompió la pierna y durante horas no supimos si volvería a valerse de ella. Ahora ni siquiera sé si está vivo. En un mes, eso es seguro, se resolverá la duda, por lo que estoy decidida a no preocuparme más.

12 de julio, martes. Gibson llegó esta mañana, sin el trineo, pues había tenido que abandonarlo por las dificultades que suponía a la hora de moverse. Me advierte que debo ir al interior de la bahía sin dilación, pues el hielo está cada vez en peores condiciones. Ikwa se dispuso a salir con un trineo lleno de provisiones y decidí que le acompañara Matt. Yo les seguiría más tarde por la línea de costa. A la 1 p.m. Ikwa y Matt partieron, con cinco perros, en trineo. Realmente quise salir tras el almuerzo, pero había demasiadas cosas que hacer y estaba muy cansada como para caminar veinticinco kilómetros, de modo que opté por esperar hasta mañana. Limpié la habitación, coloqué una alfombra nueva, lavé las cortinas y pulí todo tanto como pude. Espero que este minúsculo nicho le parezca a Peary todo un hogar cuando regrese. Me temo que este tiempo maravilloso no durará, pero incluso si llueve, creo que Peary puede estar tan cómodo en la tienda como en Redcliffe.

Kyo vino por la noche y habló largo y tendido con el doctor sobre las amenazas que había proferido acerca de disparar a los

huskies. Tiene miedo del revólver que lleva el doctor. A su miedo se añade que cuando abrimos la ventana esta tarde, Kyo pensó que era para abrir fuego. Ahora estoy más convencida que antes de que no existe amenaza y que los esquimales están asustados por el despliegue de armas. Kyo cree que el doctor puede disparar a los demás, pero las balas no le dañarán a él. Cree que el *kokoyah*, el espíritu del mal, es su amigo, y que es inmortal. Pero que si el hombre blanco mata a los inuits, el kokoyah, bajo las órdenes de Kyo, destruirá sus cuerpos y todos morirán. Por fin declaramos la paz y Kyo trajo su parte de piel de foca, por la que pedía a cambio madera para sellar su kayak. Lamento este episodio, que solo nos ha traído malestar con los nativos.

13 de julio, miércoles. A las 2:30 de la tarde, en compañía del doctor Cook, salí de Redcliffe para caminar los veinticinco kilómetros hasta la entrada de la bahía, donde llegamos a las ocho en punto. Ikwa y Matt, que nos precedieron, lo pasaron mal durante el camino. La mitad del tiempo el agua les llegaba hasta la cintura y en ocasiones tuvieron que nadar sobre el flotador de piel de foca de Ikwa. Comenzó a llover a las diez y desde entonces no cesa de caer un fino chaparrón. Me temo que el doctor no tendrá una ruta nada tranquila a la hora del regreso.

14 de julio, jueves. Una pequeña excursión para cazar patos. Vi unos pocos eiders, a lo lejos, entre el hielo. El aire era muy dulce y ¡qué descanso brindaban las corrientes de los arroyos abriéndose camino hasta la orilla! Siento que necesito reposar y una se siente en paz aquí. Cuando aclare, disfrutaré de los lechos de musgo verde, seguro.

15 de julio, viernes. Por la mañana brillaba el sol. De no ser por los mosquitos, habría sido un día para disfrutar. Matt y yo partimos a las nueve de la mañana para echar una ojeada al territorio más allá del campamento Boat, pero nos resultó imposible cruzar el río del glaciar. Tras el almuerzo, cogí mi escopeta y salí en dirección del glaciar colgante[14], donde hay infinidad de lagunas. En una de ellas, vi a dos patos havelda, pero solo pude hacerme con uno. La pechuga bastará para una comida y el resto lo herviremos para otra. Después de la cena, caminamos por las colinas hacia el glaciar. El aire de la tarde era dulce, la hierba blanda y salpicada con miles de flores.

Podíamos oír el rugido y la velocidad de un río glaciar en

cualquier dirección, o el campanilleo y el susurro de algún minúsculo arroyo. Los montículos de nieve se deshacen y cantan alegremente. El hielo interior parece regalar una sonrisa continua, así de radiante se nos muestra. ¿Pueden las apariencias asegurarme de que quienes viajan en su regazo están bien? ¿O se está burlando de mí? Ojalá sea lo primero.

17 de julio, domingo. Aburrido día con niebla. La nube de mosquitos es tan densa que resulta imposible salir.

20 de julio, miércoles. Ayer, a mediodía, el sol brillaba con fuerza y soplaba brisa del sudeste, lo que bastaba para que no molestaran los mosquitos. Decidí partir hacia el campamento Tooktoo donde quería dejar una nota y algunas provisiones. Sabía que era una marcha larga, rodeando un lago, pero me recompensaría con creces si mi marido regresaba mientras estaba por aquí y encontrara la nota, asegurándole la bienvenida a unos pocos kilómetros de distancia. Cuando llegamos a la lengua del glaciar la marea estaba baja y bregamos para vadear el río que brotaba de allí, pensando que así ahorraríamos ocho kilómetros de caminata. Matt iba en cabeza. El agua estaba gélida y se colaba por la parte superior de mis *kamiks*, pero no me alcanzaba las rodillas, así pues, no me detuve. Al llegar a una roca, tras recorrer una cuarta parte de la ruta, me vi obligada a trepar y golpearme los pies y las piernas. Era como si no pudiera controlarlas. Luego regresamos a las frías aguas, que ya superaban las rodillas. Tardamos quince minutos en cruzar, y la temperatura del agua apenas superaba los 0º. Pequeños trozos de hielo flotaban sobre la superficie del río. En algunos lugares la corriente era muy fuerte. De no haber sido por la pértiga que transportábamos para colgar una bandera, habría perdido pie en varias ocasiones. Una vez al otro lado y tras cambiar los calcetines por unos secos, no me arrepentí de haber venido. Encontramos el campamento, no sin dificultad, y dejé la nota, una lata de leche, otra de fruta, algunas galletas y una petaca de brandy. Luego izamos la bandera.

Retrocedimos y atravesamos el viejo campamento Tooktoo para llegar hasta la boca del río. La marea había subido treinta centímetros y continuamos la marcha por la orilla del río con intención de alcanzar el lago y bordearlo hasta el otro extremo. Al llegar topamos con un segundo lago que comunicaba con este por una fuerte corriente de agua, más estrecha que el río, pero demasiado profunda como para vadearla. Rodeamos el segundo

lago con la sensación de que tendríamos que trepar por la parte baja de un par de glaciares, aunque no estábamos seguros de que al otro lado no rugiera otra potente corriente de agua. Enormes rocas caían de lo alto de los glaciares y no parecía una aventura sin riesgo. Negros acantilados asomaban las cabezas más altos que los cuatro descomunales glaciares, suaves como mármol que había a nuestro alrededor, y a sus pies bramaban furiosos torrentes que afluían a un gran lago, de aspecto tranquilo, como si los arroyos solo fueran una gota que aportaran a su inmensa profundidad. A cada lado de este tramo de agua el valle está alfombrado de un musgo suave, verde, de margaritas amarillas, y revive con el canto de los pájaros. Nos demoramos un rato por aquí. No podía hacerme a la idea de dejar atrás un lugar tan hermoso. Por otro lado, lo único que podíamos hacer era esperar a la marea baja y luego vadear el río por donde lo habíamos hecho esta mañana. A las 8:45 p.m. alcanzamos la desembocadura del arroyo. La marea estaba alta, pero descendía. De haber tenido algo que comer, no nos hubiera importado la espera. Seguimos moviéndonos para mantenernos calientes hasta que pensamos que la marea había llegado a su punto más bajo. A medida que nos acercábamos a la orilla no distinguíamos la línea de rocas que nos era familiar, la que indicaba marea baja, y al prestar más atención nos horrorizó descubrir una «marea baja alta». A pesar de ello, teníamos que intentar cruzar. Matt fue en vanguardia, mientras yo le seguía de cerca. El primer paso nos sumergió hasta las rodillas; el siguiente sumergió a Matt, por lo que retrocedí, sabiendo que ni siquiera habíamos pisado la parte más profunda. Además, la corriente era tan fuerte que apenas podía mantenerme en pie. Lo intentamos más abajo con idéntico resultado. Incluso estando mentalizados para tratar con aguas heladas no podríamos afrontar la corriente. Decidimos intentarlo en el lago, pero con pocas esperanzas. Estábamos empapados hasta la cintura y solo nos quedaba esperar a la marea baja de mañana, a mediodía. Nos sentamos en una roca, nos quitamos los *kamiks* y los calcetines, escurrimos el agua lo mejor que pudimos, y volvimos a calzarnos. Sabía que no seríamos capaces de dormir, ni siquiera de quedarnos sentados con las ropas mojadas, pues soplaba una brisa fresca y la temperatura nocturna rondaría los 4º. La idea de otras doce horas pisoteando para entrar en calor no era muy halagüeña, pues habíamos ya pisoteado doce horas y media sin nada que comer, apenas tomamos café y una galleta antes de partir, y la niebla descendía. Se me ocurrió que podíamos ir al campamento, donde habíamos dejado el brandy y la

leche, para luego trepar a la cueva Nunatak. Y así hicimos. El dolor de cabeza, mi viejo enemigo, estaba de regreso por la falta de comida y la mala suerte. Cada paso era una agonía, aunque sabía que debía continuar. A mi cabeza venían imágenes de mi marido y mi madre. Caminamos y caminamos hasta caernos de hambre, fatiga y falta de sueño. Entonces, al subir por encima de la niebla, llegamos donde lucía el sol y nos sentamos unos minutos, envolviendo las cabezas en pañuelos para evitar que nos picaran los mosquitos que pululaban a nuestro alrededor. En cuanto uno de nosotros veía al otro dormitar retomábamos la marcha. Así trepamos por el barranco, desde el que vimos la cueva Nunatak, pero yo ya no podía seguir. Me temblaban las piernas. Volvimos al río. A las 11:30 de la mañana aparecieron las rocas que indicaban marea baja y, para nuestro alivio, descubrimos que podíamos vadear por allí. Nunca dos criaturas se habían alegrado más de encontrarse en el lado correcto del río. Estábamos entumecidos y corrimos durante los cinco kilómetros que separaban el río de la tienda, para que los pies y las piernas entraran en calor. Hasta ahora nuestra congelada aventura no ha tenido consecuencias negativas.

23 de julio, sábado. La bahía, que estaba desnuda de hielo excepto por unos pequeños icebergs cerca del glaciar, se ha colmado de agua a consecuencia del viento y la marea. Las belugas han estado rondando varios días y han hecho de ella su terreno de juego. He paseado mucho a lo largo del día, pero no las he visto de cerca. No he intentado acercarme al valle Tooktoo. Para mí es un rincón encantador, con su río y sus lagos, sus glaciares y montañas, su alfombra de musgo verde, su tesoro de flores, y sus pájaros y sus insectos. No he tenido noticias de Redcliffe desde que partí, hace una semana.

24 de julio, domingo. A las cinco de la madrugada, antes de levantarme, escuché un silbido agudo, diferente al canto de los pájaros que suelen despertarme, y antes de caer en la cuenta de que no se trataba de un pájaro lo volví a escuchar más cerca de la tienda. También oí pisadas. «*Kiny-ah-una*», quién está ahí, grité. «*Awangah, oomiaksoak tigalay*», el barco ha llegado, fue la respuesta. No es cierto, repliqué. «*Shagloo nahme awangah*», «no miento», dijo una cabeza negra que se asomó a la tienda, y luego me entregaron un lote de cartas. Se me han borrado las horas siguientes. Las pasé leyendo las cartas de mi madre y un diario que había escrito para

mí. Unas pocas palabas del profesor Heilprin me indicaban que estaba en Redcliffe con una expedición del Kite, pero no me decía quiénes formaban la expedición. Solo me falta que Peary regrese sano y salvo para ser feliz. Todos mis seres queridos han sido bendecidos, a pesar de que por todas partes se extiende la enfermedad y la muerte.

25 de julio, lunes. El sol ha brillado desde primera hora. Tras buscar en vano la expedición al interior y también a los del Kite, hasta las dos de la tarde, me retiré a la tienda para escapar de los mosquitos. Le dije a Matt que podría ir a Redcliffe y ver a la gente del *Kite*, si quería, pero dijo que prefería salir de paseo con el rifle. A las 3:30, teniendo hambre, salí para comprobar si podría verle para saber si tenía que cocinar para una o dos personas. A lo lejos, al pie de los acantilados, vi una figura solitaria, que no parecía Matt, caminando despacio hacia la tienda. Enseguida descubrí que era el profesor Heilprin. Caminó veinticinco kilómetros para hacerme una visita. Charlamos durante horas. Me reconfortó hablar con alguien que acababa de estar en contacto con la civilización. Parecía que yo me había instalado en otro planeta. Mi madre y mi hermano me presionaban para que volviera, incluso si Peary no regresaba del viaje al interior antes de que el Kite se viera obligado a partir hacia el soleado sur, y el profesor dijo que sus órdenes eran traer a Miss Peary de regreso, bajo cualquier circunstancia. Como pienso que sin duda mi marido estará aquí antes de finales de agosto, y creo que de no ser así jamás regresará, no podría partir mientras quepa alguna esperanza de que esté vivo. Así se lo dije al profesor, que respondió: «Muy bien, todo a su tiempo». Mi hermano Emil escribe que yo debería «tener cierta consideración por mis amigos y parientes». ¿Y qué hay de mi marido? Más adelante dice: «¿Qué bien puedes hacerle en la costa mientras él está en el hielo?». ¿Cree que si Peary está vivo se quedará en el hielo todo el año? Y si regresa y encuentra que es demasiado tarde para el Kite, ¿no será decepción suficiente como para añadir que yo también le he abandonado? Sé cómo se sienten mis seres queridos en casa y sé, también, que no pueden esperar más a verme, como yo no puedo esperar más a verles a ellos. Será una espera difícil, más para mí que para ellos, porque sabrán que estoy bien. Además, tienen amigos y compañía, y trabajos interesantes y distracciones inteligentes con los que entretenerse, mientras que yo solo dispongo de unos pocos hombres y algún tipo sin civilizar, junto con tres meses de oscuridad para alegrarme la vida. No es una existencia

envidiable, seguro que no. Dado el frío, la dureza y el hambre, cabe afirmar que es un sinsentido. Por supuesto, si caigo en la tentación de terminar con todo puedo sentarme en un iceberg hasta congelarme, dejar que me azote el viento y la nieve, incluso morir de hambre, pero mis antojos no van por ahí.

26 de julio, martes. El Kite parte hoy hacia la isla Littleton, donde permanecerá tres o cuatro días. Cuando me despedía del profesor, a las 2:30 p.m., Matt no había regresado. Creo que debe haber ido al Kite.

27 de julio, miércoles. Ayer y hoy ha lucido el sol y ha hecho calor, aunque soplara un fuerte viento la mayor parte del día. Matt regresó del Kite ayer por la mañana, trayendo un lote de pan, chuletas de ternera, y una petaca de brandy, regalo del camarero del Kite. El doctor Cook, junto a cuatro esquimales, se acercaron esta mañana, trayendo el resto del correo. También trajo más provisiones, pero al mismo tiempo me urge a retornar a Redcliffe.

30 de julio, sábado. De nuevo en Redcliffe. Tras pensarlo mucho, concluí que a Peary le gustaría que estuviera en casa para cuidar nuestras cosas. Ha habido mucha movida en el asentamiento esquimal. Ikwa ha golpeado a Mané con tanta fuerza que no puede salir de la tienda. Tiene cortes y magulladuras en la cabeza y no puede abrir un ojo. Desconocemos el porqué de esta conducta. Kyo ha ido a Igloodahominy en su kayak. Mientras estaba cazando focas, Klayuh, su mujer, y Tooky, su hija, se escaparon. Se dice que Kyo ha clavado un puñal en la pierna de Klayuh varias veces, y que ha intentado matar a Tooky. Ahora está buscando a los fugitivos, pero todos en el asentamiento han conspirado para echarlo del grupo.

El Kite regresó a las nueve de la tarde de ayer, habiéndose internado en el fiordo Smith hasta el lado opuesto a la bahía Force, donde se detuvo por culpa de las banquisas de hielo. El profesor Heilprin vino a tierra inmediatamente y me presentó a alguno de sus compañeros. El doctor Cook, que ha intentado en vano llegar a Ittiblu, regresó a las 10 de la tarde. Le pareció que era imposible atravesar el golfo, debido a la cantidad de hielo que desprendían los glaciares y que, literalmente, ahogaban el canal.

4 de agosto, martes. He pasado cinco días de un intenso suspense. Los esquimales me consuelan diciéndome que Peary está muerto. Uno de ellos me dijo ayer que había soñado con que un

único hombre blanco regresaba del hielo. Para obviar estos malos augurios, y evitar que mi alma decaiga, me repito el párrafo de la carta de Peary que dice: «No me cabe duda de que estaré contigo el primero de agosto, pero en caso de retraso, será solo un retraso, nada de peligro. Tengo provisiones para cien días».

El tiempo sigue siendo magnífico, claro, luminoso y cálido. El profesor Heilprin ha decidido trasladar su expedición al fondo de la bahía preparándose para una partida de rescate. El Kite ha echado el ancla a las nueve de la mañana. Por invitación del profesor me uno a la expedición del Kite y Matt, que ha sido mi ángel de la guarda desde que partiera Peary, me acompaña.

5 de agosto, viernes. La partida de rescate sale hoy hacia la cueva Nunatak, con intención de clavar estacas a lo largo de diez kilómetros a modo de guía por el campo de hielo. Me quedo a bordo del Kite todo el día y me retiro pronto, si no para dormir, al menos para descansar.

6 de agosto, sábado. Esta mañana me ha despertado, de un sueño a medias, el salpicar de los remos y voces susurrando y antes de que me estuviera lo bastante despabilada como para hacerme a la idea de que la partida del profesor había regresado, alguien saltó por encima de la barandilla de cubierta, justo sobre mi cabeza, y sentí unas pisadas familiares. Sabía que se trataba de Peary, pero no era capaz de moverme ni de emitir ningún sonido. Bajó corriendo las escaleras y llamó a la puerta, invitándome a abrir. Pero estaba paralizada, así pues, forzó la puerta para presentarse ante mí, a salvo, en condiciones estupendas.

8 de agosto, lunes. De vuelta a Redcliffe. ¡Qué distinto parece todo! No solo por la reunión de nuestra expedición al completo, sino por el Kite ahí, afuera, en la bahía, listo para llevarnos al sur en cualquier momento.

He tenido miedo a quedarme dormida, por si acaso al despertarme descubriera que el regreso de Peary era un sueño. Además, tenemos tanto que contarnos que no hay tiempo para dormir. Peary me narra las peripecias del viaje, cómo avanzaban día a día, con su magnífico tiro de perros esquimales, que Astrup les enseñó a manejar tan bien como si hubiera nacido en este país.

Se vieron sorprendidos por tormentas que les enterraron en nieve durante días, pero sus peores enemigos fueron las grietas y los puentes sobre ellas, que encontraron antes de llegar a la latitud del

fiordo Sherard Osborn. Estos puentes eran tan engañosos que más de una vez tardaron en darse cuenta de que estaban sobre uno de ellos. El viejo León casi termina sus días cuando uno se vino abajo y se precipitó al abismo. Por suerte, las correas aguantaron y pudieron izarlo. La pérdida de un solo animal habría supuesto una calamidad para la expedición.

El 1 de julio Peary vislumbró tierra, y creyendo que eran las montañas de la costa oeste, cambió su rumbo a nordeste, y luego a este, confiando en rodearlas. Pero tras varios días de camino vio que la tierra seguía siempre ahí, frente a ellos, y se dieron cuenta de que estaban en el límite norte de Groenlandia. Decidió abandonar los trineos y provisiones en una morrena y, con raciones para unos pocos días, comenzaron a caminar hacia la costa. No habían ido muy lejos cuando vieron pistas inconfundibles de bueyes almizcleros y más tarde a los propios animales, pastando en un valle. Unos pocos disparos del rifle de Peary acabaron con la vida de dos de ellos. Entonces un bebé de buey se acercó para investigar la causa de tanto ruido y barullo. Lo capturaron vivo, pero el pobre no sobrevivió mucho tiempo. Peary acampó en este valle encantador y les dieron un festín de carne fresca a los perros. Estos brutos, pero nobles animales, acostumbrados a carne sangrienta, llevaban dos meses sobreviviendo con pemmican, trabajando día tras día, sin descanso. En cuanto pelaron uno de los bueyes, arrojaron el cuerpo al alcance de los perros, que se abalanzaron sobre la carne con una codicia acumulada durante años.

Después de que los perros descansaran, continuaron ruta a través de un paraje de rocas, hacia la costa. El 4 de julio llegaron al final del viaje, cuando la expedición se encontró con una suerte de mirador en la costa este, a 1.500 metros de altura, desde el que se observaba el desconocido océano Ártico. Pasaron allí un par de días, tomando mediciones de latitud y longitud, haciendo fotografías del paraje y construyendo un mojón con el que señalar su récord, antes de comenzar el viaje de vuelta. El 6 de agosto llegaron a la bahía McCormick, tras una ausencia de noventa y tres días, durante la cual ni Peary ni Astrup sufrieron el más mínimo contratiempo.

Ayer por la tarde sopló un viento potente que agitó la superficie del mar tanto como para impedirnos llegar a la costa. Dado que el profesor Heilprin estaba ansioso por examinar alguno de los enormes glaciares, decidimos que el Kite permaneciera anclado en este mismo lugar hasta que terminara su labor en los próximos días. Esta mañana el viento seguía soplando y tuvimos que abandonar el

intento de arriar un bote. El capitán Pike también tenía ganas de sacar al Kite de la bahía, antes de que el viento lo empujara contra las rocas. La maniobra era imprescindible, dado que el barco había clavado la proa en un banco de barro y estaba en una posición precaria.

Nos sentimos aliviados cuando el barco volvió a navegar, con daños menores en la quilla. Vagamos por los alrededores durante unas horas esperando que se calmara el viento, pero finalmente nos alejamos de la bahía. Era imposible balancearse en dirección opuesta a Redcliffe, con lo que el barco pasó de largo nuestro hogar y continuó hacia el cabo Cleveland. Tampoco aquí encontramos un buen lugar donde anclar y arriar un bote. Navegamos de aquí para allá hasta tarde, cuando el capitán pensó que tendría que desembarcar a sotavento de los grandes acantilados, al este del cabo Cleveland. El segundo de abordo se hizo cargo del bote, junto a tres marineros que nos llevaron, a Peary, a Astrup y a mí, hasta la orilla. Todo fue bien, a pesar de las gigantescas olas, hasta que tocamos la orilla, donde, antes de desembarcar, dos olas sucesivas rompieron por encima del bote, llenándolo de agua y casi hundiéndonos.

Antes de llegar a Cripple Point, nos reunimos con el doctor Cook, Verhoeff y Gibson, deseosos de felicitar a la expedición, de cuyo regreso les había advertido Matt. La expresión de los nativos era de lo más curiosa: allí de pie, alrededor de la casa, mirando a Peary y a Astrup. Cuando les hablamos respondieron en tono muy bajo, asustadizo, y no se atrevían a estrecharles la mano, ni a ninguna otra forma de contacto, hasta que se convencieron de que se trataba de humanos reales, y no de fantasmas que vinieran del hielo. Querían saber si Peary había visto los espíritus de los esquimales desaparecidos, cómo vivían, cuál era su aspecto. Se sorprendieron no solo de ver a los perros vivos, sino de comprobar que estaban en mejores condiciones que cuando partieron, pues estaban convencidos de que los americanos no sabían alimentarlos, y de que no tardarían en morir de hambre. Ahora ya podían confiar en Peary y aseguraban que irían con él a cualquier lugar, pues creían que no permitiría que los espíritus malvados les hicieran daño.

Peary estaba decidido a dirigirse al golfo Inglefield mañana. Tenía intenciones de verificar algunas de las observaciones que se hicieron en abril, fotografiar el paisaje estival y hacerse con muestras etnológicas en Karnah y Nunatochsoah, tal y como nos prometieron los nativos. Confiamos en regresar en una semana, cuando guardaremos todo en el Kite y diremos adiós a nuestro

hogar ártico y a los queridos huskies, que han sido unos amigos fieles y que, seguro, jamás nos olvidarán.

El tiempo no animaba cuando partimos de Redcliffe, el 9 de agosto, martes. Al fuerte viento le sucedió una tormenta de nubes densas y amenazadoras. Dejamos atrás la playa de Redcliffe a mediodía, en la liviana Mary Peary, a toda velocidad, con seis esquimales por remeros y enseguida habíamos doblado el cabo Cleveland y nos dirigíamos al este, siguiendo el golfo. El paisaje era muy diferente al que vimos hace diez meses. Entonces había numerosos ríos de hielo, con más hielo acumulándose hasta unirse unos con otros; la tierra estaba cubierta de nieve y se comenzaba a congelar el agua en las orillas de la playa. Los fragmentos de hielo, hoy, eran muy escasos, aunque había muchos icebergs. Las montañas de la orilla se teñían de cálidos colores de verano. Por la tarde, apareció un viento favorable, del oeste, que aprovechamos para izar las velas. Liberados de su trabajo, la tripulación se tendió en los bancos y se dejó llevar por el buen humor. Peary ya sabía entonces que hace muchos años Mekhtoshay había cazado un lobo en Netchiolumy, y que Panikpha mató otro en Nerki; Koomenahpig y Mekhtoshay, que eran hermanos, también contaron que hace años vieron bueyes almizcleros más allá de Etah.

A las seis y media de la tarde, llegamos a Karnah, un pequeño asentamiento esquimal en la costa norte del fiordo, a treinta kilómetros del cabo Cleveland. Aquí termina una costa que da pie a la llanura y comienza una línea de acantilados grises. Montamos la tienda en un manto de hierba, entre las rocas, y tras la cena cruzamos el ruidoso río glaciar que fluía cerca del pueblo. Trepamos a la colina al oeste del mismo y continuamos todavía hacia el oeste, hasta que llegamos a los iglús de piedra del deshabitado Karnah. Cuatro casas de la aldea, que se enclava en el centro de un hermoso prado, se alineaban entre la costa y el pie de las montañas. El esplendor de la hierba era maravilloso. Vadeamos por el prado, con la hierba hasta las rodillas, y en un par de ocasiones la hierba era tan alta que tuve que detenerme para cortarla, pues me tapaba del todo. De vuelta a la tienda nos sosegó la música del arroyo hasta quedarnos dormidos. De noche nevó un poco y cuando nos despertamos, el suelo estaba cubierto de un manto blanco que desapareció velozmente.

Dejamos Karnah en la mañana del día 10. Durante tres o cuatro horas nos abrimos camino entre los icebergs y las grandes masas de hielo azul; pasamos los acantilados gigantes de Karnah, con sus enormes bastiones, torres, chimeneas y estatuas, erosionadas por las

tormentas árticas, buenos lugares para que aniden negros guillemots, gaviotas burgomaestres y halcones nivales. Según pasábamos, los marinos esquimales nos señalaban las sorprendentes esculturas, de un tamaño heroico, apuntando al cielo, y nos decían que tal y cual eran una mujer, otra un hombre y que a los acantilados se les conocía como *innuchen*, las estatuas de piedra.

Había motivos de sobra para la imaginación que había dado nombre a las rocas en el Jardín de los Dioses. No dejó de llover en todo este tiempo y doblamos el cabo de la bahía al este de Karnah encarando una ducha furiosa. Muchos ciervos pastaban en los valles. Se levantó un viento frío del sur y avanzamos raudos por la bahía, dejando una estela en la que volaba el agua como si fuera espuma. Saltamos a tierra en una playa del interior de la bahía. Mientras se montaba la tienda y encallábamos el bote, una manada de *kahkoktah*, belugas, llegó jugando por la ensenada, y Koomenahpik se subió a su kayak, con el que habíamos cargado todo el tiempo, para ir tras ellas. Estuvo fuera una hora, pero tal vez por exceso de precaución, por su parte o la de las ballenas, no se acercó lo suficiente como para usar el arpón. El paisaje desde el campamento es impresionante. Frente a nosotros, formando un semicírculo, un descomunal glaciar; al otro lado de la ensenada, un enorme nunatak[15] asomaba su masa marrón por encima del hielo y por todas partes los acantilados eran de un color rojo cálido, en contraste con las costas invernales de las islas Herbert y Northumberland y el basalto gris de los acantilados de Karnah. La tienda estaba enclavada por encima de la marca de la marea alta, junto a un pequeño arroyo rodeado de margaritas amarillas.

No dejó de llover con dureza a lo largo de la noche y no cesó la lluvia hasta el mediodía del día 11. Verhoeff salió a por muestras etnológicas y al volver, a medianoche, decidió dormir en el bote. Se despidió en el valle Tooktoo, donde nos reunimos con Gibson. Al cruzar al lado este de la bahía descubrimos una ensenada hermosa, protegida por las rocas, en la que desembocaba un arroyo. Mientras Peary subía a lo alto para hacerse a la idea del paraje, agarré mi rifle y trepé por el valle a la caza de ciervos. No tardé en disparar a dos. A uno de ellos lo pillé mientras corría a toda velocidad. Dado que hoy es nuestro aniversario de bodas, lo celebramos con un ponche de leche y el hígado frito del ciervo que había cazado. Aquí, a mitad de camino entre el Círculo Ártico y el polo norte, nos hallábamos en un auténtico jardín: hierba y floresta abundaban sobre las rocas y entre las grietas. El arroyo que desembocaba en la ensenada brotaba de un hermoso lago en una pradera, a poca

distancia, subiendo por el valle, y por encima de la repisa que nos resguardaba, al oeste, oíamos truenos y rugidos glaciares.

Continuando con la expedición llegamos, a través del viento, la nieve y la lluvia que nos obstaculizaban, a la isla que queda cerca del extremo este del golfo. Aquí, en el recodo que formaba la isla y el glaciar, que estaba en parte enterrado, instalamos la tienda, bajo el coro de las protestas de los nativos, pues decían que las olas que forma un iceberg al romperse podrían aplastar la tienda y barrer el campamento. Mientras cenábamos, Koomenahpik dio la voz de alarma de *kahlillowa*, y al asomarnos vimos dos narvales entre los icebergs, uno enorme y el otro pequeño. A toda velocidad salimos a por ellos. Según nos aproximábamos, el más grande desapareció, pero pudimos acercarnos al otro lo bastante como para que pudiera yo meterle una bala en la cabeza. Luego Koomenahpik lo arponeó en la espalda y tras una corta batalla, conseguimos llevarlo al campamento. A la mañana siguiente encontramos mi trofeo seco sobre las rocas, una gran masa de carne deforme, con un cuerno de marfil, recto como una flecha y casi tan afilado como un estilete, proyectándose desde la nariz. Para mí era un espectáculo fantástico, pues nunca había visto un narval, el legendario ancestro del unicornio. No podía apartar la mirada de él.

Cuando volvimos a ponernos en marcha, era el 14 de agosto por la tarde. Cargamos el bote hasta los topes con nuestros trofeos, el narval y los ciervos, las tiendas y el resto del equipaje. No había prosperado la placentera mañana que predicaba buen tiempo. Nubes oscuras se espesaban rápidamente. Cuando alcanzamos la costa sur de la isla, llovía sin parar. Mientras corríamos hacia la isla, toda la fuerza de una galerna furiosa nos golpeaba sin piedad. Nos arrojó a un mar tempestuoso. La estampa era salvaje, con el fulgor sombrío y espectral de los glaciares al norte y al este, allende el manto de negras nubes. El viento aullaba como si nos fuera a arrancar del agua y los acantilados en la boca de la bahía Academy, nuestro destino, eran temibles sombras; más que verlos, los intuíamos a unos treinta kilómetros al sur. El golfo estaba colmado de enormes icebergs y grandes banquisas de duro hielo azul, residuos de los glaciares, a través de los cuales nos veíamos obligados a encontrar una ruta y se convirtieron en nuestros aliados, pues mantenían las aguas en calma a pesar de la violencia del viento, facilitándonos, de vez en cuando, refugios donde podernos detener un instante para retomar el aliento, antes de continuar luchando contra furiosas embestidas de la tormenta. Por suerte, soplaba algo de viento a nuestro favor. A pesar de un

tortuoso trazado avanzábamos veloces. En cuatro horas estábamos al abrigo del grupo de islas en la esquina sudeste del golfo, las mismas que visitamos en abril, durante el viaje en trineo. La parte más crítica del viaje iba desde aquí hasta el iglú de Tawanah en la entrada de la bahía. No había nada de hielo en este recorrido y aunque apenas tuviera ocho o diez kilómetros de largo, la magnitud de la fuerza del viento provocaba que se levantaran blancas ráfagas sólidas que recorrían la ruta a lo loco. Limitando la extensión de las velas a la justa para permitir al bote ponerse en marcha, y con dos remos preparados para ayudarnos, a sortear las olas si fuera preciso, navegamos como pollo sin cabeza; de vez en cuando la cresta de una ola sobrepasaba la popa y nos golpeaba con estruendo en la espalda. Más de una vez apreté los dientes cuando se nos venía encima una ola llenísima de espuma, pero el bote lograba sortearlas flotando como si fuera un pato y pudimos alcanzar refugio a sotavento de un gran iglú, en la bahía de Tawanah. A partir de aquí respiramos aliviados mientras navegábamos en aguas tranquilas.

Arriamos el mástil y los remos se hundieron en el mar. La tripulación nativa retomó el trabajo con alegría al poder calentarse con algo de ejercicio. De repente, el viento, imprevisible en el Ártico, nos golpeó de lleno en la cara de forma que resultaba imposible enfrentarse a él. Ahora Peary animaba a los remeros y así conseguimos alcanzar la orilla, con ayuda de la marea, arribando a una isla a mitad de camino, donde saltamos a tierra firme a pesar del fuerte oleaje. Resultaba casi imposible montar la tienda que tuvimos que asegurar con enormes piedras para que no se la llevara el huracán. Por primera vez entendía el poder del viento. A mayores, no soplaba por igual todo el rato, sino que venía a terribles ráfagas, con intervalos de calma. Durante uno o dos minutos nos quedábamos de piedra, mientras los negros acantilados al otro lado de la bahía se distinguían a la perfección y oíamos los distintos sonidos de las olas golpeando las rocas. Luego vimos un muro blanco que se alzó a todo lo largo de la curva de la bahía y escuchamos un murmullo deleznable, que no cesaba de crecer, hasta que, con un rugido, una explosión ártica se nos vino encima desmenuzando las crestas de la enorme ola y arrojando una muy sólida masa de agua contra los acantilados. Los icebergs se alejaron de la bahía, como barcos de vela sometidos a una brisa de diez nudos. Algunos se acercaron a nuestra isla y, protegidos dentro del canal entre la isla y la tierra, formaron una suerte de rompeolas. Cuando golpeó la potente ráfaga, los icebergs se mecieron y gimieron, rozándose unos a otros con estruendo; chocaban entre sí,

se tambaleaban y se apartaban tras el golpe, mientras las olas les lavaban la superficie elevando chorros blancos hasta las cimas y provocando cataratas que caían hasta nuestro minúsculo puerto. Esta batalla continuó a lo largo de la noche con penachos arrancados a los icebergs, nieve y hielo golpeando la tienda y empapando todo lo que había en su interior. Peary y Matt pasaron casi toda la noche asegurando los mástiles de la lona.

Por la mañana había cesado la furia de la tormenta y reemprendimos el viaje. Pero el tiempo tardó poco en torcerse y una llovizna desagradable se prolongó durante toda la noche y al día siguiente. Cruzamos la diagonal del golfo, en zigzag, hasta Karnah, los acantilados que pudimos distinguir entre la niebla y que se alzaban sobre las aguas. Los vientos y la marea no nos favorecían por lo que avanzábamos despacio; solo un duro día de trabajo de los hombres a los remos, y de agua y frío para quienes estaban en la popa, consiguió que llegáramos a tierra, a pocos kilómetros de Karnah, y pudiéramos estirar las piernas entumecidas. Teníamos intenciones de acampar aquí para pasar la noche, pero tras reponernos con una buena cena, y con muchos tragos de té, nos sentimos mejor y, aunque cansados, decidimos continuar hasta Redcliffe. A medida que nos aproximábamos al cabo Cleveland el viento se tornó en una galerna, pero ahora, por primera vez, soplaba en la buena dirección y Peary nos ordenó aprovecharlo para navegar. La habilidad de Matt al timón nos hizo volar sorteando los trozos de hielo azul, algunos imposibles de ver hasta que no estabas encima de ellos, asustando a una manada de morsas, y por fin doblando el cabo Cleveland para entrar en un remanso de viento y agua. Acabábamos de sortear el cabo, cuando Peary vio otra de esas ráfagas blancas corriendo hacia nuestra posición desde el valle Tooktoo. Con apenas tiempo para arriar mástiles y velas y que los hombres a los remos se aseguraran a los asientos, abrazándolos con las piernas y doblando las espaldas para ofrecer mejor resistencia, el chaparrón se nos vino encima. El viento rompía las crestas de las olas y se las llevaba por delante hasta hacerlas desaparecer. Cuando soportábamos las peores ráfagas, los hombres apenas podían hacer nada para sujetarse en condiciones y creían que alguna podría arrojarnos fuera del fiordo, mientras que en los intervalos de calma avanzábamos un poco, de manera que centímetro a centímetro, progresamos hacia la playa en la que habíamos desembarcado del Kite hacía una semana. De repente, en cuanto sorteamos unos restos de hielo que nos superaban con mucho en altura, golpeado con furia por las olas, el remo de Kulutingwah se rompió y el propio

Kulutingwah, con un grito salvaje, cayó de espaldas al fondo del bote. En medio de la confusión, el bote comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, hasta que Peary se hizo con el remo del hombre más próximo a él y urgió a los demás a agarrar el suyo con fuerza, mientras gritaba a Kulutingwah que se levantara. Muerto de miedo, el esquimal llevó a cabo la orden tan pronto como fue dictada. Con todos a los remos, poco a poco el bote recuperó la calma hasta que se detuvo tan cerca del témpano de hielo que se podía tocar con la mano. Este respiro nos permitió recobrar el aliento y a Peary cambiar el ánimo de los hombres. Entre ráfaga y ráfaga, los remos trabajaban despacio, lamentándose. Cuando vino la siguiente arremetida de la tormenta nos dio tiempo a echar el ancla y agazaparnos de manera que presentábamos al viento la menor superficie posible. Y así, con una mujer, Armah, llorando en el fondo del bote, y las caras de los hombres de un blanco sucio, alcanzamos la playa. El viento aturdía tanto que apenas nos podíamos entender. Dejamos a Kulutingwah a cargo del bote y nos dirigimos hacia Redcliffe.

18 de agosto, jueves. Al reunirnos con nuestra gente a medianoche, el doctor Cook nos contó que Verhoeff, a quien habíamos dejado en la bahía Bowdoin, no había regresado, y que Gibson y Bryant, el segundo en rango de la partida del profesor Heilprin, estaban en el valle Cinco Glaciares, buscándole. Tras reunirse con Gibson, Verhoeff partió solo para recolectar minerales. Sus palabras de despedida fueron: «Si no estoy aquí cuando vengas, no te preocupes, puede que esté fuera hasta el martes o miércoles».

Antes de retirarse, Peary envió una nota al profesor Heilprin, que estaba en el Kite, informándole de nuestro regreso y anunciando que al día siguiente estaríamos en condiciones de despedirnos de Redcliffe. Después de desayunar, Peary se puso a empaquetar material y muestras en cajas y barriles, mientras yo me hacía cargo de los objetos de la casa, las provisiones, etc. Estando ocupados, alguien vio venir un bote en dirección al valle Cinco Glaciares. Cuando estuvo lo bastante cerca como para distinguir a sus ocupantes, vimos que solo venían dos hombres: Gibson y Bryant. Gibson nos contó que habían esperado en el lugar de encuentro hasta que se quedaron sin provisiones y que se habían internado un tanto en el valle, pero que no vieron señales de Verhoeff. Le dejaron una nota, en la que le comunicaban que volverían a buscarle.

Hemos empezado a sentir miedo por el hombre que nos falta y

hemos decidido emprender una búsqueda en condiciones. Peary mandó aprovisionar el bote. Entonces, llevándose consigo a todos los nativos, tan expertos en seguir pistas como lo son nuestros indios, les dijo que debían ir al valle Cinco Glaciares y buscar a Verhoeff, prometiendo una recompensa de un rifle y provisiones para quien lo hallara. El profesor Heilprin sugirió que mientras Peary y sus hombres subían por la bahía McCormick, su partida y él darían un rodeo hasta el Kite, por el valle de la bahía Robertson, y dividimos a los esquimales en dos grupos. Yo me quedé en Redcliffe, con Matt, las mujeres y los niños.

A las dos en punto salieron ambas expediciones. Yo me centré en el equipaje. Las mujeres miraban con curiosidad lo que hacía y me preguntaban cosas como qué marido ganaría el codiciado premio. No se creían que yo no lo supiera, al igual que estaba convencida de que Peary y Astrup regresarían del viaje al interior.

19 de agosto, viernes. El día no amanece prometedor. Nubes oscuras se agazapan en un aire que oprime al respirarlo. Confío en que las partidas encuentren a Verhoeff hoy, pues llevan pocas provisiones. Calculamos que con lo que él tenía, si lo economiza, podría haberle durado hasta el miércoles o tal vez hasta hoy. No hay señales de ningún bote o barco.

La mayoría de nuestras provisiones están apiladas en el Kite, entre ellas la carne fresca. Con las prisas se nos olvidó guardar algo para hoy. Sobrevivimos con galletas y café.

21 de agosto, domingo. Cuando me levanté esta mañana, a mediodía, vi al Kite cerca del valle Cinco Glaciares. Ayer no dejé de buscarlo y de esperar noticias, pero nada llegó a mis oídos. Al ver el barco, doy por supuesto que han encontrado a Verhoeff y el Kite se ha acercado para recoger al resto de la partida.

Muchas horas viendo al Kite moverse por la bahía en dirección a Redcliffe, hasta que se detiene no muy lejos de la casa y el profesor se acerca en un bote, para traer la angustiosa noticia de que no se sabe nada de Verhoeff. Peary estaba explorando la costa desde la boca del valle hasta Cairn Point, a la entrada de la bahía Robertson, donde el Kite deberá reunirse con él. Otra gente le buscaba por todo el valle. Tras dejarme algunas provisiones del Kite, el profesor siguió su ruta hacia la bahía Robertson.

23 de agosto, martes. No hemos recibido novedades de las expediciones de rescate desde que el Kite nos dejó el domingo por

la tarde. Me temo que no volveré a ver a nuestro amigo con vida. Desde que está por el monte, el tiempo ha sido excepcionalmente frío, húmedo, crudo, y apenas llevaba ropa de abrigo. Además, debe de haber terminado sus provisiones hace tiempo. Todos los nativos están de acuerdo en que nadie puede haber dormido sin refugio con las furiosas tormentas que hemos sufrido y vestido con tan poca ropa como llevaba Verhoeff. Dado que tienen mucha más experiencia que nosotros, no puedo suponer que me engañan. Así pues, me acuesto con el corazón oprimido. Después de atravesar la larga noche invernal y de cumplir con larguísimas travesías en trineo, ahora, en vísperas de nuestra partida, nos encontramos con una gran pérdida

24 de agosto, miércoles. A las dos de la madrugada Mané entró corriendo, para decirme que se acercaba el barco y enseguida salí a la playa para recibirle. Media hora después echaba el ancla y Peary, con otros miembros de su expedición, vino para traer la triste noticia de que habían encontrado huellas de Verhoeff sobre un glaciar cortado por innumerables grietas peligrosas, donde perdieron la pista. Buscaron por todos lados, pero no les cabía duda de que Verhoeff había perdido la vida intentando atravesar el glaciar. Peary dispuso suficientes provisiones como para que un hombre sobreviviera un año en Cairn Point, en caso de que Verhoeff, por algún milagro, volviera tras la partida del Kite.

Con un sentimiento semejante a la nostalgia, recogí las fotografías y los adornos de las paredes de la habitación, quité las cortinas y el edredón, habiendo Matt empaquetado los libros, y dispuse las cosas sobre la cama, para empacar aquellas con las que pretendía quedarme. Distribuí las latas y utensilios de cocina entre los nativos.

Con todo recogido, con la alfombra enrollada, sin cortinas, las improvisadas estanterías hechas astillas, resultaba complicado imaginar que aquello había sido un dormitorio tan cómodo como cualquier otro. Si las paredes hablaran, contarían historias felices de la expedición de 1891-92, y de la mujer a la que advirtieron, cuando se iba de casa, de que le esperaban tiempos duros, agonía y un terrible enemigo ártico: el escorbuto.

Me volví hacia los objetos que puse a disposición de los esquimales y reuní a las mujeres. Eran un total de nueve, incluidas dos, meras niñas, Tookymingwah, esposa de Kookoo, y Tngwingwah, esposa de Kulutingwah. Cuando les comenté que eran regalos para ellas, bailaron de alegría, llamaron a sus maridos y

entre risas no dejaron de charlar. Cuidé que Mané y M'gipsu, que habían sido tan leales, se quedaran con los mejores artículos, distribuyendo el resto por igual. Tras el reparto, el profesor, con otra gente de su expedición, remaron hasta el Kite, para volver cargados de cazuelas, cuchillos, tijeras, agujas, teteras, dedales, etc. De hecho, todo lo que pensaron que les podría ser útil. Reunimos a los nativos en la playa y distribuimos los objetos. Estoy segura de que si los buenos habitantes de Pennsylvania supieran que sus regalos iban a recibirse con tanto placer, se habrían sentido generosamente resarcidos.

Pasamos un par de horas fotografiando a los nativos, sus moradas, la pobre casa abandonada y los alrededores. Después dijimos adiós a Redcliffe. Habían pasado más de trece meses, algunos de los cuales se antojaban el doble de largos de lo normal y me daba lástima dejar atrás todo esto, a merced del viento y el clima. Mané me preguntó si podía trasladarse a la habitación, pues estaría cómoda y seca, y no se la llevaría el viento. Dijo que su *ikkimer* bastaría para calentarla. Respondí que sí, pero que debería vigilar que nadie la estropeara hasta que regresáramos el próximo verano, aunque, si no volvíamos, Ikwa y ella dispondrían de la casa libremente.

A mediodía partí del asentamiento en el último bote y pronto estuve a salvo a bordo del Kite. Mientras levábamos anclas, Ikwa y Kyo rodeaban el *Kite* con sus kayaks, despidiéndose. Ikwa pidió subir a bordo y al decir adiós lo hizo con los ojos llenos de lágrimas y la voz ahogada. Una vez nos dio la espalda, no volvió la cabeza para mirarnos. Se limitó a agitar la mano en respuesta a nuestros adioses. Su imagen, mientras remaba hacia la orilla, jamás se me borrará de la memoria.

Mientras el Kite navegaba lentamente por la bahía, los nativos corrieron por la playa, llamándonos a gritos y saludando con las manos. Kulutingwah portaba el mástil con la bandera americana agitándola vehementemente con riesgo para quienes estaban cerca. No podía dejar de dudar si esta pobre gente ignorante, aislados de la humanidad, se había beneficiado de nuestra convivencia, o si les habíamos abierto los ojos sobre su condición indigente. Creo que no es el caso, al menos de esto último, pues nunca había visto a un grupo de gente más feliz y alegre. Solo pensaban en el presente y no se preocupaban de nada que no fuera comer y abrigarse. Mientras navegábamos, volvimos los ojos a los acantilados y cuando los perdimos de vista, el cabo Cleveland y las islas Herbert y Northumberland eran lo único que nos resultaba familiar. Nos

detuvimos a contemplarlas con el sentimiento de que era el último paisaje del que disfrutaríamos. El viejo cabo, especialmente, me resultaba muy querido. Por dos veces me había ofrecido abrigo y protección frente a la furia de una tormenta ártica; una en invierno, cuando Peary y el doctor fueron al rescate de Jack, mi mascota, atrapada en los acantilados y de nuevo hace unos pocos días, cuando volvíamos de nuestra aventura por el golfo Inglefield.

Viajamos de vuelta a casa sin incidentes. La bahía Melville, tersa como el cristal, ya no era tan temible, y navegamos sin hallar obstáculos. Alcanzamos Atanekerdluk, en Waigatt, el 29 de agosto, donde pasamos un día recolectando fósiles. A la mañana siguiente llegamos a Godhavn, donde una vez más recibimos la amable hospitalidad del inspector y de la señora Anderssen, así como los cuidados de su hija, que acababa de volver de Dinamarca. Idéntica recepción nos aguardaba en Godthaab, la capital del protectorado del sur de Groenlandia, donde los honores de la hospitalidad se dividieron entre el inspector y la señora Fencker y el gobernador y la señora Baumann. Aquí fue donde Nansen acabó su memorable viaje a través de la Tierra de la Desolación y pasó después un largo invierno.

Los esquimales de esta región tienen fama de ser los mejores remeros de kayak de toda Groenlandia y fuimos testigos de algunas de sus hazañas, como trazar un círculo perfecto en el agua y cruzarse en ángulos rectos, una canoa pasando por encima del arco de la otra. Estas exhibiciones, frecuentes entre los esquimales de la costa oeste, se están convirtiendo en un arte perdido, e incluso ahora se duda si alguna vez llegaron a realizarse.

Nuestros queridos amigos eran tan cuidadosos que no sin pena nos despedimos de su hospitalidad y de las costas de Groenlandia. Tras un viaje tempestuoso llegamos a Saint John, Newfoundland, el 11 de septiembre, para encontrarnos con una situación desolada: un naufragio y ruinas que marcaban una reciente conflagración. Se había abierto fuego a los dos días de la última partida del Kite, y esta fue la primera noticia que tuvimos de la catástrofe. Cambiamos el rumbo hacia el sur, para llegar, tras un viaje tranquilo, a nuestro puerto de destino, Philadelphia, el día 24; entre un coro de hurras y vivas, entre el chillido de numerosos silbatos y bocinas, recibimos la enhorabuena de la multitud que se había congregado para ver nuestra llegada.

Regresé con una salud excelente, más fuerte que cuando partí hace dieciséis meses. Disfruté mucho de la aventura. Es cierto que hubo inconvenientes, como en cualquier otro lugar, y de no ser por

la desaparición de Verhoeff, no tendría ni un solo motivo de queja.

REGRESO A GROENLANDIA

Posada Anniversary, bahía de Bowdoin, Groenlandia, 20 de agosto de 1893. Al lector que ha seguido mis narraciones de 1891-92 puede que le interese saber cómo estaban nuestros amigos esquimales un año más tarde.

El 8 de julio, el barco de vapor Falcon, que navegaba hacia el norte con los miembros de la nueva expedición ártica de Peary, partió de Portland y se dirigió a Saint John, donde arribamos el día

13. Embarcamos una buena carga. Además de la parafernalia oportuna para una expedición ártica, transportábamos ocho burros mexicanos, dos perros San Bernardo, los perros esquimales que Peary había traído desde Groenlandia y un montón de palomas, un regalo de amigos que estaban interesados en la expedición. En Saint John subieron perros Terranova, antes de proseguir ruta hacia el norte, por la costa de la península Labrador, deteniéndonos en algunos enclaves misioneros, donde nos fuimos haciendo con otros treinta perros de distintos esquimales. Daba cierta pena ver el hambre por las novedades del nuevo y viejo mundo que tenían estos misioneros de Moravia. Apenas recibían correo de Europa una vez al año.

Me comentaron que, a pesar de que el suelo estuviera totalmente congelado tres meses al año, todo el mundo cultivaba pequeños jardines. Preparaban el menú más delicioso de ruibarbo al vapor que jamás he probado. Cabe destacar que, aunque el aspecto de los esquimales de Labrador es semejante al de los del sur de Groenlandia, sus ropajes varían tanto en el corte como en el material. La camisa no está hecha de piel de ave, sino de lana, y en lugar de tener la misma longitud por delante y por detrás, destaca una cola a la espalda. Se cubren con un vestido tejido con idéntico patrón. Los pantalones también son de algún tejido. O al menos las ropas de verano. Las mujeres llevan mantas y chales de lana sobre los hombros.

Tras recorrer la costa de Labrador durante diez días atravesamos el estrecho de Davis hacia Holsteinborg, en el litoral de Groenlandia. Tardamos doce horas en navegar entre los arroyos que se abrían en unos hielos que flotaban hacia el sur, pero solo una vez el Falcon tuvo que poner las máquinas a todo trapo para mover una banquisa y abrirse paso. Seguimos sin demora, embistiendo los témpanos hasta que temblaban y crujían las maderas del barco. Por fin llegamos a aguas abiertas. El barco se deslizó sobre las olas.

Al llegar a Holsteinborg, nos encontramos con un hermoso y limpio pueblecito. Hay más casas de madera aquí que en Godhavn y el lugar parece más próspero. El gobernador se había ausentado, pero su asistente, un joven oficial danés que hablaba algo de nuestro idioma, nos hizo los honores y nos consiguió treinta y tres perros. Entre otros detalles, me envió una canasta llena de rábanos frescos de su propio jardín.

Una vez terminadas las transacciones, el Falcon navegó hacia Godhavn. Cuando llegamos, nos pareció que nada había cambiado, pero, para nuestra decepción, nuestro guía nos informó de que el

inspector Anderssen estaba fuera, en un viaje de reconocimiento con su hija, y que el gobernador Joergensen y su familia se habían marchado a Dinamarca. Encontramos a la señora Anderssen tan radiante y juvenil como cuando la conocimos. Nos alegró la visita, redondeándola con una de sus deliciosas comidas la tarde en que nos íbamos. Agradecimos la hospitalidad regalándola frutas variadas: piñas, limones, naranjas, melones. Los nativos parecían contentos de vernos y el viejo Frederick, que acompañó a Peary en la expedición de 1886, tras estrecharme la mano dijo: «Muy *ben*, parecen todos *samee*[16]», frotándose la cara con las manos y luego apuntando a la mía, para mostrarme que tenía el mismo aspecto que la última vez que me vio.

Nuestra siguiente parada fue en Upernavik, donde apenas nos detuvimos para embarcar unos pocos perros y después nos dirigimos a Tassiusak, el lugar más despoblado que no pertenece a ninguna nación. Apenas hay nada al margen de una casa de madera. Aun así, conseguimos aumentar el número de perros antes de partir. Al día siguiente visitamos las islas Duck, pero no pudimos distraernos como hace dos años, cuando había tantas aves que apenas podíamos caminar sin pisarlas. Este año las estaciones venían con un mes de retraso y no solo habían eclosionado los huevos, sino que las madres estaban enseñando a los patitos a nadar, con lo que las islas estaban desiertas. Me dediqué a recoger plumas para la casa acopiando unos catorce kilos.

Ahora nos dirigíamos a la siempre temible bahía Melville. No olvidaré jamás mi primera experiencia allí: las tres semanas que tardamos en cruzarla y la desgracia de Peary al romperse la pierna. Todo parece favorecernos. No hay niebla, ni se ve hielo desde el nido de cuervo. El capitán Bartlett estaba decidido a romper el récord atravesando estas aguas, que es de treinta y seis horas, en su primer viaje al Ártico. En veinticuatro horas y cincuenta minutos alcanzamos el asentamiento esquimal en cabo York. La bahía Melville quedaba a nuestra espalda, todavía sin rastros de hielo.

En el asentamiento, donde antes vivían tantos nativos, solo encontramos tres familias, todas desconocidas. No pudieron referirnos nada sobre nuestros conocidos de la tribu, pues no habían visto a gente del norte desde que partimos de la bahía McCormick. Subimos por la costa de Groenlandia hasta doblar el cabo Parry, navegamos por el interior de la bahía Barden, deteniéndonos en el pueblo esquimal de Netchiolumy. En lugar de encontrarnos con casi sesenta nativos, como hace un año, solo dimos con dos familias. Peary, con dos acompañantes, desembarcó y antes de que su bote

tocara tierra, escuché a los nativos gritar, mientras bailaban de alegría: «¡Chimo Peary!». Al regresar, Peary me informó de que se trataban de Keshu y Myah, con sus familias. Estaban entusiasmados y pidieron permiso para acompañarnos y plantar sus tiendas junto a nuestra nueva casa. Se les acomodó, junto a sus pertenencias, en el bote de Peary, y en breve todos estuvieron a bordo del Falcon. Nos contaron novedades y cotilleos de la tribu. Naturalmente, lo primero que hicimos fue preguntarles por nuestro compañero perdido, Verhoeff. No teníamos la menor duda de que había fallecido cruzando el glaciar de la bahía Robertson, pero nuestros amigos tenían otro punto de vista: confiaban en encontrarlo sano y salvo. Dijeron que no habían sabido nada de él y dudaban a la hora de mencionar su nombre, pues no acostumbran a hablar de los muertos. Peary pensó que tal vez habían encontrado un trozo de ropa que pudiera arrojar algo de luz sobre la desaparición de nuestro compañero. Pero no había aparecido nada semejante. A continuación, nos interesamos por nuestros amigos esquimales y lamentamos escuchar que la pequeña Anadore, de cinco años y ojos brillantes, hija de Ikwa y Mané, había fallecido en primavera. Nos enteramos de que la casa de Redcliffe había sido derruida por unos pocos nativos, liderados por el famoso chamán Kyoahpadu, que también había destruido el depósito de provisiones que escondimos en Cairn Point.

Llegamos a destino, en la bahía Bowdoin, el 3 de agosto, sin problemas, pues el hielo había abandonado la bahía y el fiordo. Los escultóricos acantilados de Karnah, que comenzaban en la bahía Bowdoin, se erguían claros y afilados a primera hora de la mañana, mientras que las torres rojizas de los acantilados de Castle bajaban como un ceño fruncido hacia la bahía desde el otro lado del cabo.

Escogimos un sitio para nuestro nuevo hogar a poca distancia de donde plantamos la tienda hace un año, cuando emprendimos la exploración al golfo Inglefield y donde, entre una furiosa tormenta, celebramos nuestro aniversario de boda. Dado que celebraremos al menos otros dos aniversarios, hemos bautizado a la casa como Pensión Aniversario. Al gran acantilado que monta guardia sobre nosotros Peary le llama Monte Bartlett, en honor de nuestro galante patrón, el capitán Harry Bartlett, de Saint John. El puerto llevará el nombre de Falcon, a cuenta del primer barco que ha anclado jamás en estas aguas.

Al día siguiente de fondear nos visitaron cinco de nuestros colegas esquimales, que habían remado cuarenta o cincuenta kilómetros en sus kayaks nada más ver el barco. Dos de ellos,

Kulutingwah y Annowkah, vivieron con nosotros en Redcliffe, y fue como encontrarse con los viejos vecinos, aunque debo confesar que me parecieron más sucios que hace un año. Annokah me dijo que su mujer, M'gipsu, nuestra más hábil costurera, estaba enferma. Pero a esta gente le resulta imposible hablar mucho acerca de las enfermedades y no nos detalló nada para que pudiéramos saber qué mal tenía ni cómo ayudarla.

Los esquimales se quedaron unos pocos días con nosotros y nos ayudaron a desembarcar las provisiones. Les sorprendieron los burros, a los que no dejaban de llamar «perros grandes», y no se les puede maldecir por ello, pues mi San Bernardo es casi del mismo tamaño que las otras bestias. Cuando las provisiones estuvieron descargadas, cada nativo se echó a la espalda un bulto de veintidós kilos y los transportaron hasta el pie del manto de hielo. Este fue su último esfuerzo, antes de decidir que debían regresar junto a sus familias.

El 12 de agosto, habiendo progresado bien los trabajos en la casa, Peary decidió salir a cazar morsas y así obtener comida para los perros. Pretendía llegar al fiordo Smith. La verdad es que se necesita un buen montón de comida para alimentar a ochenta y tres perros esquimales. En compañía de Keshu y Myah, partimos hacia Karnah, el asentamiento más próximo, donde nos gustaría sumar otros dos cazadores a la expedición. Pero al llegar nos sorprendió escuchar que M'gipsu había fallecido «hace dos sueños». Peary se acercó a la tienda de Annowkah, donde estaba sentado el desconsolado marido, con una capucha cubriéndole la cabeza y mirando al frente, sin hablar ni moverse, dando la impresión de que nada le afectara.

Así se comportan, durante cierto tiempo, tras una muerte y luego abandonan la tienda o la cabaña donde falleció el ser querido, un lugar que jamás vuelve a ocuparse. El hijo de M'gipsu, de seis años, el que perdió al padre siendo muy pequeño, también estaba sentado en la tienda, acurrucado en una esquina. ¡Pobrecito! No sabía qué sería de él, pues no es ningún secreto que no le agrada a su padrastro, Annowkah.

A medida que nos adentrábamos en el fiordo, vimos trozos de hielo moteados con morsas que habían salido del agua para tomar el sol. Los hombres las hostigaron en los botes más ligeros. A las pocas horas, teníamos veinticuatro monstruos a bordo. El peso medio no bajaba de setecientos kilos. Algunos de nuestros cazadores se dieron fríos chapuzones y algunas morsas escaparon por los pelos, pero no sucedió nada grave. Pudimos seguir la marcha en

dirección a cabo Alexander. Una vez cerca del cabo giramos por el fiordo hacia cabo Sabine, donde nos detuvieron las banquisas de hielo reunidas como en una llanura interminable. Al volver nos detuvimos en el enclave de la casa Polaris, en la que una parte de la expedición del capitán Hall pasó el invierno cuando el barco Polaris quedó destrozado. Recolectamos muchos *souvenirs* con forma de ganchos, rayos, bisagras, incluso botones y hojas de libros. Encontramos un montón de cuerda en la orilla de una charca, en la trasera de donde enclavamos la casa, y parecía en perfecto estado. También paramos en la isla Littleton y en la isla McGary donde algunos miembros de la partida se permitieron un pequeño tiroteo. Acertaron a patos y gaviotas, a otras cuatro morsas y a una foca barbada. Se levantó un fuerte viento y el tiempo empeoró, con lo que pusimos fin a la caza.

Navegamos toda la noche hacia la isla Hakluyt, pero no pudimos desembarcar allí por culpa de la galerna. Descansamos al abrigo de los acantilados de Northumberland y cuando la tormenta remitió, continuamos viaje. Tras cruzar el fiordo Whale entramos en la bahía Olrich, un paraje que nos sorprendió como ningún otro de Groenlandia. Enseguida se dispersó la expedición a la búsqueda de renos que se suponían numerosos aquí y a las pocas horas ya teníamos diecisiete a bordo del barco.

Hemos terminado de construir la casa, que promete ser muy acogedora. El Falcon regresará a su hogar mañana, llevándose las últimas noticias que podremos enviar a nuestros seres queridos en mucho tiempo.

Todo apunta a que nos irá muy bien, que Peary tendrá el éxito esperado. Nadie puede predecir el futuro.

¡Y pensar que esta
enorme extensión, aparentemente
sin vida, amplia, blanca y casi inabarcable
por el ojo, es la encarnación de una de las mayores
fuerzas de la naturaleza; unafuerza a la que
solo las férreas costillas de la propia
madre Tierra puede resistir!

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

NOTAS

1 Aunque en la actualidad reciben el nombre de «inuit», he querido mantener la terminología de la época de Josephine Peary.

2 Buque ballenero, a vapor, con el que viajaron a Groenlandia. (Todas las notas que siguen son del traductor).

3 Godhavn es la principal población de la isla Disko, una de las de mayor tamaño en la costa oeste de Groenlandia.

4 Las ericáceas (Ericaceae) son una familia de plantas perteneciente al orden de las ericales.

5 «Picaninny» es un término utilizado en América del norte para referirse a razas de piel oscura.

6 Montaña escarpada, de roca que se eleva 546 metros en la isla de Kulorsuaq al noroeste de Groenlandia.

7 Ave caradriforme de la familia Alcidae. Es uno de los miembros de menor tamaño de la familia. Habita las costas rocosas del Atlántico norte.

8 Fabricada a partir de esquisto de una variedad de piedra de talco, una roca metamórfica conocida también como piedra de jabón o *soapstone* en inglés.

9 Las *kapetahs* son sobrecamisas de piel, ceñidas, con capucha.

10 Palabra local para referirse a los parásitos.

11 Se refiere a Arturo, la tercera estrella más brillante tras Sirio y Canopus, y una de las que forman Alfa Centauri.

12 En inglés, Ptarmigan Island.

13 Guillemot es el nombre común para varias especies de aves marinas, propias de las regiones del norte, de la familia Alcidae o Auk.

14 Se conoce como glaciar colgante a la masa de hielo que se origina en lo alto de la pared de un valle glaciar y desciende hacia la superficie del glaciar principal, deteniéndose abruptamente, generalmente en un acantilado.

15 En lengua de los inuits, un pico montañoso rodeado de un campo de hielo.

16 Los Samee, o Sami, son una etnia del norte de Suecia.